ACANTILADO

Clara Pastor

Erietta



CLARA PASTOR

ERIETTA



ACANTILADO
BARCELONA 2026

CONTENIDO

I — II — III

Agradecimientos

A Simón.

I

I

Las islas, cuando acaba el verano, son lugares extraños. Las luces de los puertos y las que iluminan las casas de veraneo dejan de ser una constelación festiva que salpica el aire cálido por la noche; se repliegan en núcleos cercados por la oscuridad, y lo que el estío emborrona y decora vuelve a sus formas originales. La vida se adelgaza con cada casa que se cierra para el invierno. Los que se van regresan a aquello que dejaron en tierra firme y de lo que tal vez buscaban evadirse en las islas de otros. Los que se quedan se sumen en el silencio de las noches largas, rodeados por las extensiones marinas que los separan de lo que sucede fuera del único lugar que conocen o que en algún momento eligieron.

También las personas podemos dejar que las luces y el ruido nos distraigan durante un tiempo de lo que somos. Pero nuestra verdadera naturaleza acaba asomando, aunque sea por una rendija frente a la que no sería difícil pasar de largo.

Para mí, ese instante sucedió en un jardín, un jardín que había amado, aun sabiendo que nunca me pertenecería. En la quietud y el frío de una tarde de finales del invierno, vi un pájaro posado en la rama más alta de un avellano. Empecé a acercarme despacio, movida por la curiosidad de saber de qué especie era; con cada paso hacía crujir la grava y temía que alzara el vuelo antes de alcanzar a verlo de cerca. Estaba vuelto hacia el sur, como si oteara el punto del horizonte por el que debían llegar los demás. También yo miré en esa dirección; no fue más que un segundo, pero cuando volví a buscar la rama, el pájaro había desaparecido.

Vi alargarse las sombras hasta que el sol se hubo escondido detrás de la hilera de colinas que bordeaban el llano a poniente. Y aún volví a recorrer la avenida de los tilos, y dibujé una última cuadrícula alrededor de los árboles frutales. Al final estaban los dos cerezos que nos habían regalado cuando nos casamos.

Podía quedarme; si hubiera sido en los inicios del verano, tal vez lo habría hecho. La dulzura de la estación, la promesa de unas semanas lejos de todo tal vez me habrían detenido, igual que otros años. Pero la atención de ese pájaro

antes de que la noche empezara a caer como una nieve fue una especie de señal, el indicio definitivo de que debía marcharme.

No obstante, volví a la isla a la que habíamos ido todos los veranos.

La isla tenía forma de reloj de arena. En una de sus dos partes anchas estaba el puerto, una herradura casi perfecta protegida de todos los vientos. En el otro extremo, abierta al sur, había otra población poco visitada. Esa geografía que a vista de pájaro era clara, en tierra se volvía un enjambre de caminos y senderos de trazo indescifrable. Tanto podían desembocar en un campo de olivos rodeado de mar como en el patio de una casa en el que las gallinas picoteaban entre cerdos impávidos y bien alimentados. En ambos casos había que dar media vuelta y deshacer el camino.

Recordaba esa aparente desconexión entre sus parajes con la frustración del caminante que desea llegar a alguna parte y regresar, variando la ruta, al lugar de partida. Pero había conservado algunas visiones, fragmentos de aquellos paseos, como algo que, revisitado, me permitiría recomponer partes de mí misma que en los últimos años había extraviado.

Recordaba un sendero cubierto por el arco grisáceo que formaban las viejas encinas; andaba deprisa, siguiendo el vuelo irregular de dos abubillas hacia la salida del túnel vegetal que filtraba el sol de tarde. Me había vuelto una o dos veces, segura de que alguien me seguía; el hombre con el que me había cruzado en mis paseos y al que tomaba por pastor, aunque nunca lo había visto con un rebaño.

Estaban el camino del cementerio y la luz cegadora al salir de la capilla de bóveda estrellada un mediodía, y el extranjero con el que había hablado brevemente en la tienda del puerto una mañana que entré a comprar postales. Tenía el pelo blanco, pero su rostro era aún joven, y al acercarnos a la caja a la vez había insistido en que pasara yo primero.

«No se preocupe, a mí no me espera nadie», dijo.

Me demoré junto a la caja mientras pagaba, y una vez fuera fui yo la que alargó el encuentro con preguntas de cortesía. Escribía artículos de viaje para varias revistas y había ido a la isla para cumplir un encargo.

«Aunque espero encontrar tiempo para escribir algo mío algún día», agregó como si se disculpara. Ese día llevaba varias guías de las islas bajo el brazo y una edición barata ilustrada de los mitos griegos.

Que hiciera sus compras a la hora en que todos estaban en la playa o resguardados del calor en sus casas; la camisa y los pantalones cortos, lavados

muchas veces y sin planchar; la invitación a tomar un café allí mismo, en la taberna que había frente a la tienda; los signos visibles de su soledad, todo junto me conmovió, aunque no lo bastante para demorarme y que no me importara que los planes del día se truncaran por mi culpa.

Nunca le hablé a Claudio de esos encuentros, tampoco del silencio de los senderos por los que me perdía. De haberlo hecho, él habría adivinado una atracción, un anhelo de saber más acerca de aquellas personas, solas, en lugares remotos. Había protegido esas imágenes de otros ojos que no fueran los míos. «Lo que no cuentas es sólo tuyo»; había oído esas palabras en boca de alguno de los adultos con los que crecí, y como sucede con las cosas que oímos de niños, se me quedaron grabadas como una guía legítima de supervivencia.

Volver a la isla era mi forma de ponerme a prueba, de hacer honor a lo que me habían enseñado: que uno no logra huir nunca de nada, y menos de uno mismo. Deseaba volver a los lugares en los que me había sentido feliz sin que esa felicidad me doliera, y comprobar que, en efecto, lo que me rodeaba entonces no era más que un decorado. Quería, sobre todo, reencontrarme con aquellas cosas que no había compartido con nadie para entender por qué había sentido la necesidad de preservarlas como algo propio, inviolable.

Eso fue lo que me dije para darle una razón a mi viaje, pero en el transcurso de ese verano descubrí que la voluntad encubre razones que no nos confesamos. Regresé sola, pero lo hice a la casa de la playa frente a la que solíamos fondear. «La casa del jardín», así la llamábamos con Claudio.

—Es un jardín inglés—dije la primera vez que nos asomamos desde el borde de la playa—. Las plantas son mediterráneas, pero el modo de mezclarlas, como si fueran ramilletes de flores variadas, y que sea el sendero el que se adapta a su disposición caprichosa, es el de los *cottages* que vimos en ese viaje al sur de Inglaterra. Ni una línea recta, lo contrario que en Loira, te acuerdas, qué frío hacía.

A Claudio no le interesaban mis explicaciones sobre paisajismo, ni mis cábalas sobre quién había hecho construir una casa así en un lugar tan improbable.

—Un griego no, ninguno tiene este gusto. Es de un extranjero que la alquila.

—No creo. Es demasiado bonita.

Si ese jardín fuera mío no querría que lo pisaran unos extraños; si fuera mi casa odiaría que otros la invadieran con sus trastos, que usaran mis copas de

vino y la ropa de cama. Aunque era cierto que, tras cruzar el plumaje de las gramíneas que hacían de frontera entre el jardín y la playa, el porche tenía cierto aire de hotel. Media docena de tumbonas con almohadones azules en las que no parecía haberse echado nunca nadie flanqueaba el paso hasta la casa.

—Entremos y preguntemos—dijo, abriendo la cancela.

Claudio llevaba la cámara colgada al hombro, «para sacar ideas», solía decir.

—Podemos volver mañana, no parece que haya nadie.

La casa se veía vacía y las lamparitas del jardín estaban apagadas, pero la idea de que nos sorprendieran me avergonzaba de esa forma que tanto le irritaba.

—Ya estás otra vez con tus reticencias, siempre a medias. —Me reprochó mi desinterés por la vida de otros, la falta de curiosidad por saber cómo vivían, y dijo que en eso era igual que mis padres—. ¿No vienes?—Claudio sujetaba la puerta para que le siguiera.

Mis padres eran personas de pocas palabras; mi padre, porque aquello que comunicaban sus actos podía remitirse a lo que había aprendido de los suyos; mi madre, porque sus elecciones la habían llevado a desconfiar de lo que despachaba como «teorías». Me casé tarde, bien entrada la treintena, y eso nos salvó de dar y recibir consejos que habrían sido incómodos para todos. «No lo aguantarás», se limitó a decir mi madre después de las presentaciones oficiales. Para Claudio no era la primera boda; sin embargo, ella vio claramente que sería yo la que se iría.

En la agitación de los días que precedieron a la ceremonia, mi padre encontró el momento de decirme: «Cuando te sientas feliz, recuerda que esa felicidad ya estaba. No se la debes a nadie». Sus palabras me parecieron enigmáticas. No entendí entonces dónde nos colocaban a mi hermano y a mí, y a mi madre; pero en la fuerza con que me abrazó al decirlas había una continuidad, un lazo con algo que ninguno de los dos había construido, pero a lo que pertenecíamos.

«Lo más valioso nos es dado» era una frase que pronunciaba a menudo mientras mi hermano y yo crecíamos. A mi madre la entristecía. Si estaba presente, bajaba la vista con expresión desabrida, o se levantaba como si hubiera olvidado algo. Ella tampoco se había casado joven, pero sí «demasiado pronto». Uno y otro intentaron avisarme de dónde me metía.

Claudio había desaparecido en la parte trasera de la casa. Yo me quedé donde estaba, mirando hacia la playa, donde las ramas de los tamarindos se movían

con la brisa del atardecer, desprendiendo el olor seco a conífera que nos daba la bienvenida cuando atracábamos en esa bahía.

No creo que se deba entrar en una casa sin ser invitado. Lo dije para mí; Claudio ya no me oía.

Cuando abrí la puerta de la casa del jardín, aún oía nuestras voces, pero con los días se fueron haciendo más tenues. Resonaban como si fueran las voces de otros, discutiendo por cosas que se les habían olvidado.

2

Llegué una mañana de junio muy temprano, en el primer ferri que conectaba la isla con el continente. En el barco iba otra docena de turistas, sofocados y eufóricos, y las provisiones que abastecían la única tienda de ultramarinos del puerto. La tienda de Olympia era el sitio en el que inevitablemente recalaban los recién llegados para llenar sus despensas o para pedir indicaciones sobre los sitios de interés. Las guías destacaban un pequeño pero estiloso puerto con una primera línea de mar de casas coloreadas «a la italiana», una larga playa de arena blanca con los restos de un naufragio y una ermita ortodoxa habitada por un único monje.

Sentí una timidez repentina frente a la mujer joven de melena anaranjada a la que había visto muchas veces pero con la que nunca había hablado. La reconocí entre las fotografías que había colgadas detrás del mostrador, vestida con la toga negra y el gorro plano de las graduaciones, y en la más grande, la orla desde la que un centenar de rostros jóvenes se asomaban al mundo. «Universidad de Indiana», rezaba el encabezado. Pulsaba las teclas de la caja registradora con una agilidad prodigiosa, y sus ojos oscuros se movían rápidos entre los clientes que entraban y el grandullón que merodeaba pesadamente por las hileras de comestibles.

«¿Viene a por las llaves?—me preguntó sin levantar la vista—. Yannis, la llave de la señora. Ya haremos cuentas cuando vuelva para hacer la compra; ahora instálese tranquila».

Agradecí que, pese a haber deducido lo ineludible, sus imperativos me convirtieran desde ese momento en propietaria de la casa del jardín. Aunque

regresara sola y en el ferri de línea, para Olympia seguía mereciendo el trato de «señora».

La casa era más pequeña de lo que había imaginado. Detrás de las tres puertas francesas que se abrían al patio, había sólo tres estancias: la cocina, la sala de estar y un dormitorio. La decoración era sobria, incluso espartana. Dos sillones cómodos con fundas blancas y un banco de obra en la sala; una cama, una silla y un pequeño escritorio en el dormitorio, y en la cocina, los utensilios básicos para preparar una comida sencilla, sillas de mimbre y una mesa de carnicero como la que había en la casa de mis abuelos.

Es raro que los espacios reales se ajusten a los que hemos imaginado, pero fue lo que experimenté al entrar en la casa del jardín. No habría podido soñarla más exacta, ni había contado con que en ella reaparecieran también las presencias de mi infancia. La encimera de mármol gastado, con las manchas y asperezas que dejan los limones por un descuido de la cocinera; las grietas en la superficie de la mesa, ennegrecidas por el tiempo y el uso; así era la cocina de mi abuela, una mujer moderna que desconfiaba de todo lo nuevo.

Después de colocar mis libros en las estanterías de la sala, separándolos de las novelas y guías que habían dejado otros inquilinos, y de ordenar mi ropa en el armario, salí al patio. Era pasado el mediodía, la hora de más calor. Las cigarras llenaban los pinos que se encaramaban por la ladera en la parte trasera, y corrillos de abejorros zumbaban alrededor de los pomos de salvia y romero en flor.

Solíamos llamarla «la casa del jardín», pero de noche se transformaba en caracola; una caracola que retenía la luz del sol rato después de que desapareciera. Rodeada de oscuridad, la luz provenía de dentro, de las lámparas que alumbraban los rincones de la sala, la mesa de la cocina y, en el dormitorio, la esquina situada entre la ventana y la cama. Cuando íbamos a la isla en barco, al acercarse el crepúsculo experimentaba una vaga aversión, el encogimiento que sienten los niños cuando llega la hora de dormir en una casa ajena y cierran los ojos con fuerza para que el tránsito entre la noche y el día pase deprisa.

En cambio, en la casa del jardín demoraba el momento de irme a la cama. Después de cenar en el patio, iba de una estancia a otra sin propósito aparente, sin incidir en la disposición de los pocos objetos que no había elegido ni

colocado yo, como si transitara por un medio acuoso levantando las mínimas olas posibles, constatando que podía habitar un espacio en el que casi nada era mío.

Durante la primera noche un velero fondeó frente a la playa. Cuando amanecí, sus ocupantes aún dormían, y en las otras dos casas, la del embarcadero y la que descansaba al pie de la colina del lado opuesto, tampoco había señales de vida.

Nada se movía bajo la luz aún pálida, sólo una figura abría un camino nítido desde la orilla hasta el centro de la bahía con brazadas lentas y regulares. Era una mujer, por la delgadez de los brazos y el cuello que sostenía la cabeza lisa y menuda que emergió a la superficie al detenerse a pocos metros de la proa. Se mantuvo quieta unos segundos, mirando hacia la sierra donde despuntaban los primeros rayos de sol. Luego regresó, deslizándose sin apenas alterar la tersura del agua.

Era una mujer de cierta edad; los pies se movían sobre los guijarros de la cala con cuidado, pero los movimientos del torso, enfundado en un bañador negro, y de los brazos al recogerse el pelo eran seguros y dúctiles como los de una persona más joven. Se agachó para coger la toalla que había dejado en la orilla, y se secó la nuca y la cara antes de envolverse con el albornoz blanco que había sobre la baranda de piedra de la escalera por la que se ascendía a la casa.

«¿Subes ya?—preguntaba una voz oculta por el emparrado del patio—. El té está listo».

La cabeza de una niña asomó por encima del muro. Cargaba con un gato que entre sus brazos de alambre parecía inmenso. La mujer le pasó la mano por el lomo, desde las orejas hasta el nacimiento de la cola; dijo algo que no alcancé a oír, y luego las dos desaparecieron bajo la pérgola que cubría la mesa donde la niña debía de haber puesto la mesa para el desayuno.

Era la casa de dos plantas con postigos azul pálido en la que alguna vez me había fijado desde el mar y al pasar frente a ella cuando tomaba el sendero que conducía a la playa de guijarros. Sin llegar a distinguir las palabras, flotaba hasta mí la voz de la niña, como un tintineo de cristales en el aire transparente. La mujer contestaba con voz pausada, y me pareció que había una tercera persona, que no hablaba, pero cuyos movimientos se intuían por una sombra que de cuando en cuando interceptaba la luz que se colaba entre las hojas del

emparrado. Sentí de pronto el anhelo de formar parte de esa vida que desde el silencio de mi jardín imaginaba alegre, y la premonición de que en esa casa vecina me esperaba algo insospechado que aún no había tomado forma.

En ese momento, una figura se lanzó desde la proa del velero y rompió la superficie del agua. Era yo, hacía apenas un año, sólo que entonces no me habría detenido a observar qué sucedía en la orilla.

3

En el puerto había una hora en que el tráfico de los últimos bañistas se juntaba con el primer turno de la cena. Algunas mesas de las tabernas seguían ocupadas por grupos de gente vestida con ropa de playa que tomaban café y refrescos, pero los manteles blancos de papel iban ganando terreno, y el olor al fuego de las parrillas se entremezclaba con el del pescado que se exhibía a los paseantes indecisos. La taberna que estaba frente a la tienda de Olympia era siempre la más concurrida.

Al pasar, vi al viejo de párpados morados que recordaba de otros años sentado a la mesa de la entrada. A esa hora solía estar solo o con el que deduje era su hijo, un hombre de mediana edad al que daba órdenes como si aún fuera un chiquillo. Su mujer, asombrosamente menuda, se reunía con él para la cena; parecía imposible que de ella hubiera salido el metro ochenta de masa que gritaba a los camareros, reprendía al hombre de las bebidas y se apresuraba a saludar a los clientes a los que su padre le señalaba como importantes con un gesto de la cabeza.

Recordé cuánto nos habíamos divertido Claudio y yo espiándolos una noche. Ella, doblada sobre el plato de mejillones como un ave rapaz, separaba las dos valvas con los dedos huesudos mientras su marido contemplaba con aire perezoso los movimientos de la sala. Con el segundo plato salía de su letargo. Se abalanzaba sobre la inmensa bandeja de pescado con la rapidez de los reptiles, como si lo que contenía tuviera aún que cazarse.

—Pero se cansa pronto, el aire del trópico es muy fatigoso.

Claudio se había reído con mi alusión a los dragones de Komodo.

—Él será el dueño, pero manda ella.

Al pasar por delante recordé las palabras de Claudio; era cierto que sentado allí solo, sin su mujer, parecía más pequeño, más indefenso y hundido en la silla. Captaba todo cuanto sucedía a su alrededor con los ojos entrecerrados, sin mover el torso ni apenas la cabeza, pero de pronto se volvió hacia mí como si se hubiera sentido observado.

Aparté la vista rápidamente, temiendo que pudiera dirigirse a mí de forma desagradable, molesto por la indiscreción con que lo escrutaba. Bordeé el puerto y tomé el camino que se encaramaba por la costa entre abetos y pinos, cuyo aliento resinoso creaba la ilusión de tener los pies en una tierra de mar caliente y los sentidos en otra más fresca. El camino serpenteaba junto a las pequeñas calas vecinas al puerto, y en una de ellas descansaba una barraca con un porche de cañizo muy cerca del agua.

Unos niños trajinaban con cubos y salabres en las rocas más próximas a la barraca, y, frente a ella, una pequeña embarcación de no más de cuatro metros cabeceaba en el leve oleaje del rompiente. Me acerqué unos pasos más para contemplar la vista desde allí, por donde tantas veces había pasado de largo.

Los niños removían algo en uno de los cubos, y al aproximarme vi que era un pulpo que se retorcía en el palmo escaso de agua. Puede que ya estuviera muerto, que fuera el efecto del palo que empujaban dibujando eses entre los tentáculos inertes lo que hacía parecer que aún se enroscaban alrededor del instrumento que alargaba su tortura. Entonces, uno de ellos, el más alto, lo sacó del cubo y, agarrándolo por dos tentáculos, lo zarandeó frente a los otros.

Recuerdo que grité «¡Basta!» mientras se lanzaban el pulpo entre ellos como si ardiera, hasta que uno, cansado del juego, lo dejó caer sobre la roca, y entre risas se dispersaron por las rocas armados con sus salabres en busca de nuevas víctimas.

—Me pregunto si alguna vez habrá salido algo bueno de estas masacres infantiles. —Reconocí enseguida al hombre con el que había hablado en la tienda hacía unos años—. Perdone, no quería hacer broma con eso, veo que le disgusta de veras—añadió, levantándose detrás de la barca.

Le pregunté si era su barco, aprovechando la distancia que nos separaba para disimular la absurda costumbre de conmoverme en los momentos más inoportunos.

—Si se le puede llamar «barco», sí. Se supone que debía enseñarme la costa, pero tiene un motor caprichoso.

—En eso no puedo ayudarle, no sé nada de motores. Aunque debería.

—¿Cómo es eso?, ¿es usted mecánica?

—No me haga reír. Es sólo que después de tantos años navegando…

—Ah, entonces ha estado usted en la marina.

Era cierto que ese hombre, con su pelo blanco y despeinado, me daba ganas de reír, pero sentí de pronto un gran hastío por el acto reflejo de recurrir al pasado reciente; de explicarme y explicarle que siempre había ido a la isla por mar, con mi marido, que ya no era mi marido, y que como él era un navegante experto, yo no me había molestado nunca en aprender nada.

—¿Sabe qué?, olvídelo.

—Bien, como quiera. —La brusquedad de mi tono no le hizo perder el aplomo—. Será mejor que me aplique al motor, entonces, aunque no tengo muchas esperanzas de impresionarla. Tampoco hoy.

Él también me había reconocido, y pese a que debíamos de formar una estampa de lo más cómica, con el agua a media pierna, sujetando la embarcación para que el retroceso de las olas no la fuera arrastrando mar adentro, era como si al reencontrarnos en el mismo sitio hubiéramos burlado el paso del tiempo.

Tiró una, dos, tres veces muy seguidas del cordón de arranque, pero el motor apenas soltó una tos afónica la primera, y nada las otras dos.

—Está completamente ahogado. No sé si dejándolo descansar un rato podrá arrancarlo, pero ahora seguro que no.

—Vaya, es usted una experta. Cualquiera se atreve a llevarle la contraria.

—Deje que le ayude. Agarre por ese lado y a la de tres la subimos del todo a la arena—dije, colocándome a estribor.

Nunca habría imaginado que dirigir una maniobra, por simple que fuera, pudiera darme tanta satisfacción. Recuerdo mi impaciencia con los movimientos de él, más inciertos que los míos, y una añoranza intempestiva de aquellos hombres solventes en todo lo que conllevaba fuerza y habilidad manual o física.

De pie en la orilla, el hombre me observaba con una atención que era casi afectuosa, y empecé a notar el hormigueo de la prisa.

—Bueno, voy a seguir mi camino. No quiero que se me haga de noche.

Hablé yo primero, y me pareció que él iba a decir algo que cambió al adelantarme.

—Bien, la acompaño un rato, si me permite. Hasta la gasolinera que está en lo alto, para avisar al mecánico. Es allí donde me alquilaron la barca.

Subimos por el sendero que regresaba a la carretera y anduvimos el uno junto al otro y en silencio unos metros. Le pregunté si volvía a la isla todos los veranos, si conocía otras y si alguna le había gustado más.

Me disculpé por la cantidad de preguntas al darme cuenta de que podía resultar impertinente, y de que quizá le había hecho las mismas la otra vez.

—En absoluto. Espero no parecerle parco en mis respuestas, no es por reserva o falta de interés. Anda usted muy rápido.

El hombre me seguía el paso, pero al girarme hacia él vi que unas gotas de sudor le resbalaban por la sien y que tenía las mejillas encendidas por encima de la barba. Habíamos llegado a la explanada donde se abría la vista hacia el mar. Al fondo se veían las montañas de tierra firme, nítido su perfil, pero sin relieve, tocadas por un resplandor rosado.

—Es bonito divisar tierra desde tierra, y uno entiende lo del mar color vino. No lo he visto en ninguna otra parte—dijo él.

Asentí, como si lo más natural fuera evocar la *Odisea*, y en ese momento—con la brisa peinando las ramas de los olivos en un tiempo que era el nuestro, pero también el de otros viajeros anteriores, más intrépidos que nosotros—lo era.

Habíamos llegado al final del llano, quedaba delimitado por una fila de cipreses y una valla metálica que la separaba del mar, aparentemente endeble pero infranqueable, como ya sabía por otros intentos de adentrarme en el campo desde la costa. Alargamos el recorrido, siguiendo el trazado irregular de los cipreses, y al llegar a la valla descubrimos el vertedero que había al otro lado. Cajas de cartón deformadas por la humedad, envases de plástico, botellas con etiquetas descoloridas, electrodomésticos destripados y piezas de coche oxidadas formaban montículos que en el extremo se deslizaban hasta la orilla.

—Todas las islas tienen sus secretos bien guardados—dijo mientras contemplábamos la escena—. Pero eso usted ya lo sabe.

Sentí el impulso de agarrarme de su brazo y darnos juntos la vuelta para no ver más la desazonadora trastienda de la belleza que nos había sobrecogido hacía apenas unos instantes.

—Vamos, también tiene otros. —Retrocedió unos pasos, y ahora era yo quien le seguía.

—¿Como cuáles?

—Una granja de ocas para colmar los caprichos de los turistas más finos. O el vino local con sabor a resina. ¿Lo ha probado?

Lo había probado, muchas veces, cenando en las tabernas de ese puerto y de otros. Y había visto las bolsas grises, negras y azules amontonadas alrededor de los contenedores demasiado pequeños para acomodar la basura que dejaban los que estaban de paso para que otros se deshicieran de ella. Las ocas dispersas por el corral polvoriento en el que desemboqué un día que me había perdido no descansaban; no era el calor lo que las mantenía pegadas al suelo, los pies palmeados abiertos bajo el peso de sus vientres enfermos.

—¿Cree que nosotros también lo estamos?—pregunté, y él supo a qué me refería.

—¿Enfermos? De la vista, tal vez. Miramos, pero no vemos.

Hacía rato que el sol se había escondido, pero sus restos permanecían en las copas de los olivos, en el asfalto caliente y en los cristales de sus gafas, y en la otra margen de la carretera estaba la gasolinera donde el hombre debía dar cuenta de la avería.

—Vendré mañana temprano, desde el pueblo es un momento—dijo cuando pasamos junto a la gasolinera. Los chicos habían desaparecido de la playa. Sólo estaban la barca y la barraca, juntas y solas, varadas en la arena—. En mala hora se me ocurrió hacerme a la mar—añadió al dejarlas atrás—. Aunque desde allí no se ve la basura, y si hubiera sido un navegante más hábil, tal vez no nos habríamos reencontrado.

Pero ninguno de los dos hizo alusión al día que nos habíamos conocido. Volví a preguntarle por su estancia en la isla, si tenía previsto quedarse mucho tiempo y si había ido a descansar o tenía algún trabajo que hacer allí.

—Llevo toda la vida escribiendo para otros, y he pensado tratar de hacer otra cosa. Pero me repito.

Esas palabras, «he pensado tratar de hacer otra cosa», me conmovieron, seguramente porque reconocí mi propósito expresado sin pretextos ni disfraces. Me volví para mirarle, pero él tenía la vista clavada en el suelo, concentrado en el paso entre toda una vida y esa otra cosa que quería acometer.

—No debería ser tan difícil. Aunque eso de cambiar de envoltorio a partir de cierta edad no es evidente. Ya ha visto el resultado con la náutica.

—Es una forma bonita y simple de decirlo.

Mi respuesta no casaba ahora con su predisposición a reírse de sí mismo, y habíamos llegado a la plaza de la bellasombra, donde la luz amarillenta de las

farolas vencía los restos del día que se desvanecían en el cielo. No quedaban turistas en bañador, y los niños correteaban alrededor de las mesas donde los padres empezaban a cenar.

El viejo del restaurante llamó a Olympia desde donde estaba sentado, «¡Olymipiiikki…!», con una voz que sonaba extrañamente melosa viniendo de él, al que sólo había visto callar o dar órdenes. Olympia se inclinó, «¡Pappoúú…!», le dijo casi al oído, dejando que el apelativo se despegara de la melena hirsuta que se apartaba para teclear en la caja registradora.

—Perdone, me he distraído y no le he preguntado más por su trabajo aquí.

—No se preocupe. —El hombre volvía a mirarme de ese modo, con una mezcla de curiosidad y afecto—. Se ha hecho tarde, y si no tiene prisa, me gustaría invitarla a cenar. Quiero decir, si no la espera nadie.

Hablaba más seguido que antes, como si se arrepintiera de cada frase nada más pronunciarla y quisiera arreglarla con la siguiente.

—Me encantaría, pero tiene razón, se ha hecho tarde y debería llegar a casa antes de que anochezca. —Acumulando sinsentidos, aún añadí—: Aunque no me espera nadie.

Mis titubeos debieron de tranquilizarle, porque, a pesar de la decepción—no había sido una mera formalidad, no tenía ganas de despedirse; de todo eso me estaba dando cuenta y, sin embargo, era tarde para rectificar—, sonrió.

—No se preocupe—volvió a decir—, tal vez en otra ocasión.

—Sí, me encantará—repetí, y le tendí la mano para despedirme.

—Hasta la vista, pues.

Recuerdo que me di la vuelta unos pasos más allá y le dije adiós con la mano.

—¡Por cierto, soy Gilles!—gritó él, usando las suyas de altavoz.

—¡Yo Fiona!—repuse, poniendo las mías sobre el pecho.

Al hacerlo golpeé sin querer a la mujer que avanzaba en dirección al restaurante, tanteando el suelo con precaución, como si en uno de los pasos temiera perder las sandalias de tacón adornadas con pedrería que cubrían sus pies nudosos, demasiado grandes para el cuerpo que apenas se intuía bajo las capas de ropa, el collar, los pendientes triangulares y las pulseras de oro que colgaban de ella como de una lámpara veneciana.

Cuando me di la vuelta a mitad del tramo de escaleras que salía de la plaza, Gilles seguía de pie donde lo había dejado, pero miraba hacia el mar, de espaldas a mí. La mujer había ocupado la silla junto a su marido y, una vez

sentada, en posición estática, no se apreciaba hasta qué punto estaba encorvada.

Al iniciar el descenso hacia la playa desde lo alto de la colina, una luna finísima se acostaba sobre los cerros del otro lado de la bahía y despuntaban las primeras estrellas. En casa de mi vecina brillaba una única luz en el patio, y la del interior se filtraba tenuemente entre las lamas de las contraventanas. Unos días después supe que se retiraba temprano, pero no para acostarse. No soportaba el anochecer a la intemperie; a esa hora necesitaba estar dentro de casa.

4

Cuando volví a toparme con Gilles ya había conocido a Paul. Había alquilado la casa del embarcadero.

«Así que seremos vecinos», dijo, tendiéndome la mano para ayudarme a salvar el escalón que separaba su patio del pequeño muelle en el que había desembarcado una familia de locales.

El padre enseñaba a pescar a su hijo en el extremo mientras la madre vigilaba a las dos niñas que chapoteaban en la orilla mojándose el bajo de los vestidos. En otro tiempo esa imagen del tedio familiar habría avivado el desasosiego que sentía al acercarse la hora de regresar a un lugar que no era aquél al que habría deseado volver. Pero el tacto frío de la arena y la forma de herradura de la bahía lo ahuyentaban, y la mano de Paul, sobre todo la mano seca y morena que me tendía, disipó la duda de estar en el sitio equivocado.

Me ofreció una cerveza, me preguntó si era mi primera vez en la isla, y al responderle que no, pero en cierta manera sí, el interrogante de sus ojos oscuros me invitó a seguir hablando.

Así acabé contándole que había vuelto para demostrarme que podía hacerlo, que era capaz de regresar a una casa vacía y no sentirme desamparada, y que la libertad compensaría haber prescindido de una vida que a muchos les parecería regalada.

«Sé a qué te refieres. Hay regalos envenenados, y uno puede acabar viviendo una vida prestada». Eso dijo, «vida prestada», y si entonces no me estremeció esa expresión tan manida, que resumía una intimidad que yo misma había

desvelado, fue por la cerveza y el cigarrillo. «Yo también estoy separado», añadió, expulsando un aro perfecto de humo y siguiéndolo con la vista mientras éste se contoneaba, abriéndose hasta que dejó de ser un círculo y un pretexto para no mirarnos.

He olvidado casi todo de nuestros primeros encuentros, qué decía yo y qué respondía él. O, más bien, es como si en esos encuentros convergieran otras experiencias anteriores y una larga trayectoria de esperanzas no consumadas. Recuerdo sus manos de prestidigitador dando unos golpes al paquete de cigarrillos para hacerlos salir de uno en uno, y cómo lo encendía, ladeando la cabeza para apartarse de la llama. Cuando yo salía a nadar por la mañana, los postigos de su casa aún estaban cerrados, pero al volver de mi paseo a última hora de la tarde, me esperaba la familiaridad reciente de su figura leyendo en el patio o moviéndose en el interior iluminado.

Esa primera semana nos vimos todos los días, y muy pronto se creó ese efecto de similitud que hace que en todo se hallen coincidencias. Nos habíamos casado el mismo año, hacía sólo unos meses que nos habíamos separado, y hacerlo había sido impostergable; ambos teníamos la sensación de que no habían sabido vernos tal cual éramos y sólo nos señalaban aquello que faltaba, que no ofrecíamos.

«Parece increíble que sea tan fácil entenderse—dijo una de las primeras tardes que nos vimos—. Tan increíble como es sentir que no conoces a la persona con la que vives». A menudo se quedaba pensativo, pero según descubrí más tarde, ese aire reflexivo casi nunca se correspondía con lo que sucedía en el momento, sino con algún otro pensamiento o cálculo que tenía lugar en otra parte.

Navegábamos por nuestro pasado, como si el mero hecho de tenerlo nos colocara en un presente compartido, y lo hacíamos siempre a la misma hora, siempre en su casa. Era yo quien se acercaba, acudiendo sin cita a un lugar en el que estaba segura de ser bienvenida. Y me gustaba ver mi casa desde allí. Tenía un aire festivo, con las luces que recorrían los senderos estrechos entre las plantas, y la que dejaba prendida en el salón, vertiendo su calidez sobre las sombras que iban borrando los contornos del porche. La casa me esperaba, y yo posponía el momento de recogerme en ella escuchando a Paul, con el cosquilleo que se siente en los dedos cuando empiezan a calentarse, sólo que olvidando por completo el frío, como si nunca hubiera existido, ebria del

sentimiento de haberlo ganado todo sin esfuerzo, dejando simplemente que las cosas sucedieran.

Paul solía hablar de su trabajo. Siempre le había atraído el mundo de los artistas, y después de ocuparse de otras cosas—las finanzas, a las que se refería con un gesto de desdén, echando la cabeza atrás como si se sacudiera el agua del pelo—, por fin había podido dedicarse de pleno a aquello que le llenaba. No dejaba de ser irónico que fuera su suegro quien lo había hecho posible. Eso dijo, de pasada, pero sin dejar de remarcar que era un reconocido arquitecto y excelente fotógrafo, de modo que lo del arte no le venía de nuevo.

Me daba la impresión de ir siempre un poco por detrás de lo que me contaba, pues él pasaba deprisa sobre las partes que consideraba irrelevantes, justo aquéllas en las que yo me detenía tratando de encajar las piezas de la historia que relataba. Pero en lugar de preguntar, decía cosas como que debía de ser una satisfacción enorme poder participar del trabajo de los artistas con la misma pasión que ellos, o sobre la buena fortuna que es para el creador encontrar a alguien que entienda su arte y además sepa venderlo. Por el modo en que había hablado de las preferencias de los coleccionistas, las oscilaciones del mercado y la necesidad de posicionarse en él de tal forma que ambos te favorecieran, primero pensé que se refería a los artistas en tercera persona. «Eres muy generosa. A los artistas se nos suele echar en cara el egoísmo, la incapacidad de vivir para algo más que no sea nuestra obra».

No hizo falta deshacer el entuerto. Si Paul se dio cuenta de mi equivocación, la pasó por alto, y yo me adapté rápidamente al cambio de perspectiva. Apenas pintaba, lo daba por una etapa superada; seguían interesándole los materiales, pero sólo en tanto que ilustraban el concepto de vacuidad. Paul trabajaba sobre el vacío: la idea de que el objeto se define por el espacio que lo rodea.

Escucharle me producía una especie de vértigo, la sensación de estar acercándome a algo que no entendía y que había eludido por mi propia estrechez de miras. Claudio solía decir que hay que conseguir que el mundo gire a tu alrededor, y que quien no lo logra está destinado a gravitar en las órbitas de los demás. Trabajar sobre el vacío parecía justo lo contrario: la humildad de aceptar esas órbitas y dejarse moldear por ellas.

Paul era el tipo de hombre que Claudio creía que me gustaba; alguien en quien me habría fijado si él no hubiera existido. Habría mostrado la misma seguridad frente a Gilles, pero con él quizá habría sido más cauto en sus apreciaciones. Claudio desconfiaba de la modestia, pero sabía ver cuándo era

genuina; y mis silencios cuando él la calificaba de «virtud a medias» desembocaban en una profusión de comparaciones destinadas a probar que era el recurso del que se servían aquellos que no habían llegado a gran cosa. «Personas a medio hacer», las llamaba.

Creemos que el mero hecho de desplazarnos operará un cambio en nosotros, pero allí adonde vamos nos siguen los hábitos y lo que nos hemos acostumbrado a sentir como deseos, y ambas cosas nos llevan a lugares parecidos a aquél en el que estábamos. Hay una resaca en los cambios. Animados por la novedad, no nos damos cuenta de que sólo el paisaje es distinto; seguimos viéndonos desde fuera porque sigue importándonos cómo nos verían aquellas personas de las que nos hemos ido.

Irse de una persona, si eso es posible. Yo lo había hecho, aunque Claudio seguía estando presente en mi trato con las nuevas a las que conocía. Había regresado a la isla con la intención de estar sola, pero en pocos días había congeniado con dos de sus habitantes. A Claudio no le habría pasado por alto que los dos eran hombres, como si eso confirmara un hecho al que yo permanecía ciega.

Nos veíamos en casa de Paul, hasta el día que lo invité a la mía. Era tarde, yo había dejado pasar la hora a la que solía levantarme, como un actor que ignora la señal que da el pie a su salida a escena. Paul había entrado a buscar más cervezas, salió con ellas en la mano, y fue entonces cuando le dije que echaba de menos cocinar.

—¿Te gusta la cocina?—me preguntó, revolviendo en los cajones. Había llevado las cervezas, pero no el abridor, y el paquete de cigarrillos que buscaba estaba en la mesa.

Me apresuré a decir que sí, pero que en los últimos años no había tenido ocasión de hacerlo, y que a veces temía no ser capaz de cocinar nada, que se me hubiera olvidado todo.

—¿Harías eso por mí?—pregunté cuando volvió a sentarse.

—Lo que quieras, sólo que no sé a qué te refieres.

La voz distraída de Paul me hacía dudar si había escuchado algo de mi respuesta y de si yo no estaría usando la cocina como excusa para seguir hablando, de lo que fuera, con tal de seguir un rato más bajo el olor dulce de la bignonia.

—Dejar que te prepare una cena para comprobar que no estoy del todo oxidada—dije pese a todo.

—¿Oxidada? No se me ocurre una palabra más alejada de lo que eres y de lo que desprendes.

Paul hablaba así, con mesura, avanzándose a mi impaciencia y apaciguando el encogimiento que me causaba su cercanía. Quedamos para el jueves siguiente, y desde entonces empecé a contar los días, deslizándome hacia una dicha que no me había atrevido a desear tan pronto.

—Pero eso no significa que tengas que irte ahora. Yo no cocino, pero deja que hoy te invite yo.

Esa noche, mi vecina no me vio volver a casa. A esa hora solía estar en el patio—la había observado mientras volvía andando por la orilla—regando o examinando alguno de los tiestos que había sobre el murete de piedra que daba a la playa. Cuando lo hice al amanecer, antes de entrar en el jardín de casa levanté la vista hacia la suya y la vi de pie en lo alto de la escalera. Me saludó, cruzando el aire violeta con el brazo envuelto en el albornoz blanco, y yo levanté el mío arreglándome luego el pelo.

«Como una promesa marchita», dijo cuando ya nos conocíamos.

5

En pocos días, la isla se había llenado, y a los turistas que se habían instalado en ella se sumaba el tránsito de los locales que iban a pasar el día en fin de semana. Su presencia escondía los rostros conocidos en las terrazas y aumentaba la actividad en la tienda de Olympia. Sólo ella permanecía impertérrita, y sólo en el trato con su marido se notaba el afán de atender a todos los clientes sin perder a ninguno.

—Yannis, aquí, ayuda a la señora con sus compras—dijo al tiempo que me cobraba.

—No es necesario, de veras, es poca cosa—objeté, pero Yannis ya había cogido las bolsas y me esperaba en el umbral—. No se preocupe, puedo sola—insistí, y, cediéndome el paso, regresó al interior a la espera de nuevas instrucciones.

La idea de regalarme un café helado con la que había salido de casa se disolvió en el calor amarillo del entoldado.

—No me diga que siempre le pasa lo mismo. Cuando se le ocurre una idea brillante, descubre que otros han tenido la misma. Es sábado…—Gilles sonreía con los brazos extendidos, ofreciéndose a un nuevo traspaso de mi carga. Le pregunté cómo lo había adivinado mientras él me quitaba las bolsas suavemente de las manos, y, acercándome el codo para que lo acompañara, añadió—: Deje que la invite.

Le seguí y aproveché para mirarle; alto y ancho de cintura, con la camisa arrugada por fuera del pantalón, un intento de última hora por ocultar su despreocupación por el cuerpo, y el pelo lo bastante largo para poder recogerlo en una coleta. Así se lo habría descrito a Claudio, amplificando los detalles que le harían reír, buscando esa connivencia respecto al género humano, la levedad de las apariencias que nos recordaba que nosotros estábamos a salvo, juntos y a salvo de las pequeñas miserias. Sólo más tarde tal vez me arrepentiría de haber utilizado las de alguien a quien apenas conocía para demostrarle que los años con él me habían curado de mi debilidad por los desposeídos.

Gilles encontró una mesa, la única que no estaba ocupada en el salón de té, un poco retirada de la primera línea del paseo que lindaba con la arena.

—Aquí estaremos bien, y son bastante amables. Pero no se fíe mucho del nombre, es más una cantina para nostálgicos del muesli que un verdadero *tea room*. —Descargó las bolsas, se echó el pelo hacia atrás y saludó a una mujer joven sentada unas mesas más allá, que respondió con un gesto entusiasta de la mano—. A menos que prefiera otro sitio—añadió, porque seguíamos allí de pie, yo mirando a la chica, él esperando a que me sentara.

La camarera fue enseguida, charló un rato con Gilles y le preguntó si serían dos de lo mismo.

—Veo que ha hecho aquí su sitio. Qué envidia—dije cuando hubimos pedido los frapés.

—¿Envidia?—Gilles me miraba sorprendido—. ¿Por qué iba a darle envidia? Estoy seguro de que estarían encantados de que viniera todas las tardes, si no tiene un sitio mejor adonde ir. Eso hago yo. Cuando me canso de vagabundear, o cuando la pensión se pone demasiado ruidosa, vengo aquí. Es una de las desventajas de estar en un lugar sin casa.

—Supongo que sí. Pero si la llevas siempre a cuestas, corres el riesgo de encerrarte en ella.

Nos llevaron los dos vasos altos con el café helado; estaba delicioso, amargo y dulce a la vez y muy frío.

—¿Eso le ocurre a usted?—siguió preguntando Gilles, y dio un sorbo al suyo sin dejar de mirarme por encima del borde.

—Creo que sí; este café es una muestra de ello. Jamás en siete años me decidí a pedir uno. O era demasiado tarde o demasiado temprano, nunca era el momento adecuado.

—Quizá en un local menos distinguido no se habría atrevido. Aunque es posible, por qué no. Uno puede especializarse en negarse los placeres más inofensivos.

Mientras hablábamos, la chica que conocía a Gilles se había levantado; indicó con la mano que se iba y me dio la impresión de que dudaba de si acercarse a nuestra mesa. Sonreí instintivamente, aunque el saludo no iba dirigido a mí. Me fijé en sus dientes, blancos y prominentes, que parecían tener prisa por llegar a alguna parte, al igual que sus ojos pequeños y ávidos, atentos a muchas cosas al mismo tiempo. Gilles se había quitado las gafas, y cuando le avisé de que se estaban despidiendo de él, la chica ya había decidido ir en dirección opuesta a nosotros.

—Ah, sí, Giselle, compañera de pensión—dijo, poniéndoselas a tiempo para verla abrirse paso entre la gente—, y periodista cultural, sea lo que sea eso.

—Es muy joven; sorprende que se pueda escribir sobre cultura con tan pocos años.

No lograba identificar qué era lo que me resultaba a la vez familiar y antipático en ella.

—La osadía de la juventud—replicó Gilles con un filo de ironía que no había mostrado hasta entonces—. Pero no me ha dicho a qué se dedica usted, o a qué se dedicaba—puntualizó, aludiendo discretamente a nuestra conversación anterior.

Le conté que en los últimos años había hecho algunos trabajos como asistente de fotografía, pero que siempre había querido escribir. La parquedad con la que me había acostumbrado a hablar de mi actividad laboral se sumaba al pudor de que me preguntaran acerca de algo sobre lo que había pensado mucho, pero de lo que no había hablado con nadie, o sólo para defenderme, como cuando Claudio me preguntó al separarnos qué pensaba hacer con mi vida.

—¿Y ahora?—Gilles seguía mirándome por encima del vaso, apurando su café.

—Ahora temo no tener nada que contar.

—Entiendo. Desconfiamos de aquello que más deseamos por no saber si seremos capaces de alcanzarlo. En cambio, lo que nos importa menos lo realizamos de forma casi automática, pensando que esos trámites acabarán llevándonos a lo que creíamos más verdadero en nosotros. Y así podemos dejar pasar años, o toda una vida.

No prosiguió enseguida, y cuando lo hizo me dio la impresión de que trataba de aclarar el sentido de lo que había dicho sin excederse en los particulares de su propia experiencia.

Me habló de su incapacidad para acomodarse a una vida que estaba muy lejos de todo cuanto había imaginado en su juventud. Del sentimiento de fracaso, del remordimiento que comportaba renunciar a ella y del vértigo de que todo hubiera sido en vano; de no saber hacer nada con ello. Desde el laberinto de lo inconcreto pero aprehensible, conjuró la imagen de un hombre todavía joven cuya existencia se había partido en dos al verse tan apartado de lo que siempre había deseado ser.

Habló largo rato sin mirarme, y al levantar la vista parecía un poco avergonzado. No me había fijado hasta entonces en sus ojos, castaños y muy redondos.

—Siempre quise ser pájaro—dijo; en las ramas de los árboles de la plaza se agitaban multitud de gorriones, apurando los últimos rayos de sol—. Pero un día me vi convertido en árbol, un árbol seco que seguía soñando con tener alas.

Sus ojos de avellana me miraban ahora con una cercanía que me hacía querer protegerle.

—Sonríe…—continuó como si fuera una pregunta, y él sonreía también, echándose el pelo atrás con las dos manos—. Quién sabe, quizá los pájaros sean los sueños de los árboles, y yo me estoy poniendo insoportablemente lírico. Qué apuro…

—No diga eso. Es una imagen muy bella.

—Tal vez, pero no era mi intención confesarme, y la estoy entreteniendo. —Gilles pagó la cuenta y, poniéndose las gafas, dijo—: La veo mejor sin ellas.

Volvía a ser la misma hora que al despedirnos hacía unos días, y sentí la misma prisa por regresar a un lugar impreciso.

«Se ha hecho tarde y debería llegar a casa antes de que anochezca…». Gilles recordaba las palabras exactas con las que había declinado su invitación.

—Mis habilidades no han mejorado desde que me encontró varado en la playa, pero el motor está arreglado. Si tiene ánimo para soportar las digresiones de un árbol desterrado, puedo llevarla.

Dividida entre el deseo de que la tarde se alargara y el apremio de que la noche no me alcanzara lejos de casa, dije que no era necesario, que por tierra era sólo una cuesta a la que ya estaba acostumbrada. Pero seguí andando junto a Gilles, que avanzaba despacio con una bolsa en cada mano, dispuesto a variar el rumbo si cambiaba de opinión.

—Debe saber que siempre me ha parecido que la montaña ofrece más recursos que el mar—dijo cuando llegamos al pantalán donde amarraban las lanchas auxiliares.

Gilles saltó primero y, tratando de asentar su peso en el balanceo precario de la barquita, me tendió la mano para ayudarme a subir. Dudaba de si arrancar el motor primero, de si era mejor poner las bolsas en popa o en proa. Yo observaba sus movimientos vacilantes y esmerados, anticipando el momento de doblar el cabo y ver abrirse la vista al estrecho entre la salida del puerto y el continente, con sus montañas al fondo y, del otro lado, la isla a poniente.

Al dejarlo atrás y entrar en mar abierto, me sobrecogió el recuerdo de estar en el mar a esa hora, mezclado con el ruido del motorcito que tosía, apenas abriéndose paso entre las olas picudas que levantaban las ráfagas de viento. Nos mojábamos, lentamente y a rachas, no por la velocidad, sino, al contrario, porque íbamos despacio y eso hacía imposible sortearlas; la comparación con la mano experta de Claudio cuando recorría esa costa con él era atroz.

—Veo que a usted sí le gusta el mar. —Gilles miraba al frente a través de los cristales salpicados de sal con una bravura infantil que me hacía querer protegerle, otra vez.

—Muchísimo—fue lo único que alcancé a decir, callando a tiempo algo que delatara cualquier rastro del pasado que me estaba ahogando.

Dijo que para él era algo completamente nuevo, que nunca hasta entonces había visto la tierra desde el mar, y que ni siquiera estaba seguro de poder acostumbrarse a que le gustara; yo respondí algo sobre cómo por mar todas las costas acaban pareciéndose, y que no se penetra en ninguna.

—Puede que baste con atreverse a hacer otra cosa—dijo apartando la vista del horizonte un segundo para mirarme.

Pero estábamos llegando a la entrada de la bahía y me apresuré a indicarle el extremo más cercano de la playa, opuesto al del embarcadero donde estaba la casa de Paul.

—Acérquese a la orilla, no es necesario que amarre. Puedo saltar desde allí.

Gilles objetó que me mojaría, pero era una protesta débil, anticipando quizá las dificultades de un retroceso, o intuyendo la prisa que subyacía a mi cortesía.

—Como quiera. Pero siento dejarla así, con el agua a media pierna y cargada…

—No se preocupe, de veras. Bastante ha hecho con traerme hasta aquí. Y con invitarme a ese café que no había probado. —Todo sonaba, en efecto, a cortesía apresurada en la quietud de la bahía, con el patio de Paul al fondo, que ya había visto que estaba a oscuras—. Gracias por todo. No quiero entretenerle y que se le haga de noche.

—Está anocheciendo, sí. Gracias a usted, Fiona—dijo con una dulzura extraviada, que recuerdo así ahora, pero que en el momento sólo agradecí porque me liberaba.

Gilles debió de notarlo porque no se atrevió a mencionar la excursión a las cuevas por mar de la que habíamos hablado, ni a bromear sobre la posibilidad de que me debiera una cena.

De hecho, cuando volví a acordarme de él ya se había marchado.

6

La isla tenía—además del vino áspero, las cuevas de arena blanca y la ermita—otros distintivos menos publicitados. La playa de cantos rodados era uno de ellos. La incomodidad de las piedras y la persistencia del viento alejaban a los turistas, por lo que era raro encontrarse con más de una o dos parejas, que tras la caminata para llegar allí se quedaban a pasar el día.

El sendero que ascendía por detrás de la casa de mi vecina era uno de mis paseos preferidos, al que deseaba regresar cuando llegábamos en verano. Las laderas empinadas que bajaban hasta la costa del otro lado estaban salpicadas de cabras, en lugares imposibles de transitar para los humanos. Solíamos verlas desde el mar, a pleno día, pero en cuanto el sol se escondía también ellas se hacían invisibles.

Allí fue donde volví a encontrarme con el pastor sin rebaño. Cuando me lo crucé, el fresco de la noche aún impregnaba el paso angosto por el que descendía, y me sorprendió que alguien viniera desde la playa, donde no había más que costa desnuda. Andaba mirando el suelo y no se dio cuenta de mi presencia hasta que me detuve unos pasos antes de encontrarnos en la estrechez del sendero. Al verme, el hombre se paró frente a mí y dudó, desprevenido. El reconocimiento no era parejo; sus ojos claros, casi transparentes, lo evidenciaban. No obstante, me miraba de frente, sin huir, y tuve la ilusión pasajera de que podríamos hablar.

Me hice a un lado, pero en el instante que precisé para no perder pie, el hombre ya había empezado a trepar monte arriba, esquivando los matojos, hacia el cielo.

Salí a nadar desde la playa, bordeándola hasta llegar al islote que había en el extremo más alejado, donde se decía que Ulises había dejado sus tesoros antes de presentarse en su antigua casa disfrazado de mendigo. Lo rodeé y descubrí que su altura disimulaba el perímetro y la distancia que lo separaba de la orilla, haciéndolo parecer más estrecho de lo que era. Me encontré de pronto en la cara que daba a mar abierto, de un azul oscuro sin fondo, nadando entre los escollos afilados que lo cercaban protegiendo la entrada de una cueva.

Había sentido otras veces el vértigo de la lejanía, el aviso de la corriente fría y el temor de no haber medido bien las fuerzas para volver a la playa. Pero, sin detenerme, el ladeo cada tres brazadas me bastaba para reconocer un punto que me indicaba cómo deshacer el camino. Acelerando el ritmo, ahuyentaba las imágenes de dioses latentes, ninfas despechadas y tumbas hundidas, y cuando las recordaba, empapándome del calor de la madera ardiente de la cubierta, me parecían risibles.

Pero ese día tuve miedo. Miedo de que nadie velara mi recorrido, de que nadie notara mi ausencia si no volvía. La figura esquiva del hombre y sus ojos de vidrio se me aparecían como el anuncio de algo terrible que no descifraría hasta que fuese demasiado tarde, y quedaría engullida por las profundidades de esa cueva, una alhaja más de algún dios astuto y despiadado. «Tengo que llegar, nadie me espera, por eso mismo tengo que llegar, nadie me espera»: pegada a ese estribillo salvé las olas y el pánico que provoca la mitología cuando de pronto parece posible.

Al llegar a la orilla, dos gaviotas de pico rojo se habían adueñado de mi toalla. Mientras me acercaba, una de ellas alzó el vuelo; la otra se quedó

rezagada, pisando entre las rayas blancas y azules como si buscara algo en el rizo. Alcé la vista para seguir los arabescos de su compañera, y entonces vi al hombre con el que me había cruzado, encaramado a una roca en lo alto de la colina, un ángel de piedra de los que custodian las tumbas en los cementerios. Levanté el brazo, absurdamente, como quien ha burlado una temeridad, y me pareció que él hacía lo mismo antes de dar media vuelta y desaparecer hacia la bahía.

Ese fue el día que conocí a Erietta y a la niña que había visto desde mi jardín la primera mañana. Estaba en la parte trasera de la casa, agachada sobre unos tiestos, y al escuchar mis pasos en la pinaza se volvió.

—La he visto pasar a primera hora. No estaba segura de si regresaría o pasaría el día en la playa. Son camelias, no les gusta el calor—dijo, tirando de una hoja seca que había en la parte baja del arbusto sin flores—. A mí no me importa, y mis huesos lo agradecen. —Hablaba un inglés perfecto, y de un modo que parecía que nos hubiéramos despedido la tarde anterior—. Pase, conocerá a Aggeliki. Solemos pasar el domingo juntas.

Abrió la cancela de madera del mismo azul pálido de las contraventanas y la cerró detrás de mí para que la siguiera. Cruzamos el lateral sombrío de la casa hasta el patio, donde el sol y las hojas de parra dibujaban islas de luz sobre una mesa redonda de mármol.

—Qué maravilla. Tiene usted un jardín precioso—dije, tras alabar la vista—. Me había fijado muchas veces desde el mar, pero desde aquí es otra cosa.

—Desde el mar, ¿cómo así?—Tenía los ojos muy azules, y al interrogarme parecía que una gota de mercurio se moviera en su interior.

Respondí que solíamos amarrar ahí enfrente los veranos, con mi marido, con el que era entonces mi marido.

—¿Y veía el jardín a esa distancia? La he visto en el suyo estos días, pero, a decir verdad, los barcos no me interesan mucho. —Y con eso despidió mi respuesta y mi pasado como quien dispensa un trámite innecesario—. Aggeliki, ven a saludar, tenemos visita.

Estando a su lado vi que no era muy alta, pero que, pese a la edad que delataban la piel fruncida de los antebrazos y las manchas de las manos, se mantenía muy erguida. Tenía el cabello fino pero abundante, y el recogido en la nuca le confería un aire de bailarina anciana.

—Estoy aquí, Erietta.

Reconocí la voz, menos aguda de lo que sonaba en la distancia, y oí por primera vez el nombre de mi vecina. La niña no era el dibujo infantil que había visto de lejos, sino una criatura flaca y desgreñada, sentada en el suelo con las piernas abiertas alrededor de lo que parecía un fardo de trapos.

—¿Cómo va nuestro invitado?—preguntó Erietta, y tampoco en este caso hubo presentaciones.

—No sé, nunca he cuidado un mochuelo.

—Pero tienes alguna experiencia con pájaros, y el mochuelo no deja de ser un ave. Acérquese a ver—me dijo Erietta, atrayéndome hacia la niña.

En un rincón del nido improvisado había agazapada una nube de pelusa grisácea de la que sobresalían dos ojos amarillos, cuya expresión desafiante no se correspondía con su tamaño.

—Qué maravilla—dije en voz baja, y me pareció que Erietta daba un respingo, sospechando de un entusiasmo que se repetía.

—Cuando intento cogerlo me pica. Y se niega a comer nada.

Junto a la cría había depositado algunos insectos—un escarabajo pequeño, media docena de hormigas rojas y carnosas—y unos pedazos de pan blanquecinos que parecían mojados en leche. Aggeliki le acercó uno, pero el polluelo, con un movimiento sorprendentemente enérgico, le hincó el pico en la mano.

—¿Ves?

—¿Y gusanos?—sugerí—. Puede que los insectos le resulten demasiado duros.

—Si no llueve no hay.

Aggeliki contestaba rápido, molesta por tener que responder a preguntas cuya respuesta intuía que todas sabíamos.

—Tal vez encuentres en la parte de atrás, donde están los tiestos a los que no les da el sol en todo el día. Pero ahora, a desayunar—dijo Erietta dando por zanjada la cuestión, y ambas obedecimos—. Siéntese, póngase cómoda. La vista desde tierra es siempre más grata que cuando una se ve obligada a contemplarla desde un barco. Sólo he viajado por mar para llegar a los sitios—añadió, desapareciendo en la penumbra del interior—. Nunca deja de sorprenderme que la gente pueda hacerlo por puro gusto.

Aggeliki la siguió, y, procedente de lo que debía de ser la cocina, oí el chasquido de un horno que se cerraba, de un cajón que se abría y el choque

metálico de los cubiertos al juntarlos en una mano.

Me acerqué al muro encalado que se veía desde la playa y lo rodeé hasta la esquina del patio que quedaba cubierto por la espesura de una inmensa macrocarpa cuyas raíces habían levantado las losas de piedra. Desde ese rincón sombreado, el contraste con las zonas del patio que quedaban al raso, donde las plantas grasas, los geranios y las petunias aguardaban estoicamente la puesta del sol, formaba una unidad armónica. Las manchas de musgo de las zonas más húmedas y las macetas de distintas formas y tamaños, todas de barro, daban al lugar el aire al mismo tiempo propio y descuidado que sólo se encuentra en los jardines de muchos años.

Aggeliki sacó los platos y los cubiertos, y mientras ponía la mesa Erietta fue sacando fuentes de fruta, quesos y embutidos, y una cesta con una hogaza de pan moreno que cortó, reclamándonos de nuevo a la mesa. Me preguntó por la casa, si era cómoda y si estaba a gusto en ella, también por mis excursiones por la isla y los lugares que conocía.

Escuchaba mis respuestas, y cuando algo de lo que le decía le llamaba la atención, indagaba hasta que aclaraba los particulares que le interesaban. Cada tanto se dirigía a Aggeliki para hacerla participar de la conversación, y los monosílabos de la niña se fueron dilatando en contestaciones más extensas y espontáneas, en un principio dirigidas a Erietta, pero poco a poco a las dos, haciéndome sentir que ninguna de las tres era una extraña.

Erietta era de esas mujeres difíciles de situar en una genealogía. Costaba imaginarla madre; sin embargo, como abuela sí era posible. Una abuela distante, pero que compensaba ese aparente desapego de la abnegación propia de los buenos maestros que saben estimular la curiosidad de los niños sin envolverlos en capas de excesivo calor o empeño.

—Aggeliki está un poco enfadada, quizá lo haya notado—dijo cuando ésta se explayaba en el relato de un desencuentro con una de sus primas—. Este año ha terminado la escuela primaria y para cursar la secundaria tendrá que ir todas las mañanas al continente.

Una nube cruzó el rostro de la niña, y con un eco de mis anteriores «Qué maravilla», empecé a decir que eso era estupendo, pero Erietta me interrumpió a tiempo, evitando un posible lugar común que nos desviara del rumbo hacia el que quería encaminar la conversación.

—No estoy segura de que Aggeliki esté muy de acuerdo con eso.

—¿Cómo así?—pregunté con la naturalidad de quien ensaya una nueva coreografía, seguramente tal como había previsto Erietta al desvelar el motivo de su descontento frente a una desconocida.

—No quiero ir.

—A Aggeliki le parece que no tienen nada que enseñarle en esa escuela—tanteó Erietta, haciendo sonrojar a la niña.

—No es verdad—dijo ésta entre dientes—. O sí, pero no porque no quiera aprender, sí quiero. Sólo que aprendo más contigo, o con Giorgi. Además, no me gustan mis compañeros.

—Pero si cambias de escuela, conocerás a gente nueva. —Al decirlo, me pareció ver un brillo de aprobación en los ojos de Erietta, que ahora desprendía un racimo del plato de uvas para llevarse una a la boca.

—Están dulcísimas. Pruébelas—dijo, ofreciéndome una de las suyas.

No era raro que la niña presintiera que la escuela no podría igualar el estímulo y la cortesía que se imponían discretamente en ese lugar; desde luego, en ninguno aprendería a sobrellevar una conversación incómoda como si se hablara del tiempo o de repostería.

—Eso mismo le digo yo. Entiendo que las niñas de por aquí la aburran; al fin y al cabo, una está obligada a convivir con personas que no ha elegido. Pero siempre existe la posibilidad de un encuentro inesperado y cordial, ¿no cree?—agregó, dirigiéndose a mí.

Respondí que sí, y que hacía días que quería acercarme a su casa para presentarme, porque aunque el comentario de Erietta fuera calculado, su efecto fue de una sinceridad espontánea.

—Y aun así, ha hecho falta que nos encontráramos cuando usted volvía de su paseo para que sucediera. A saber cuántos días más habría tardado si no la hubiera invitado a entrar.

Sentí que Erietta aludía a una reticencia de la que yo misma no era consciente, no porque observara algo en mí que resultara especialmente revelador, sino por años de observar los comportamientos humanos desde esa casa solitaria.

Aggeliki nos escuchaba con la atención de los niños cuando la conversación prosigue al margen de ellos. Miraba a Erietta y luego a mí, escuchando lo que decía, atenta a la reacción de la otra, hasta que, interrumpiendo a una de las dos, preguntó lo que tal vez a solas con Erietta no se atrevía a expresar.

—¿Giorgi fue al colegio?

Durante un segundo me pareció que Erietta dudaba antes de responder que no, pero que eran otros tiempos. Aggeliki permaneció callada, y se hizo una pausa en la que lo natural habría sido preguntar quién era Giorgi.

—Pues yo quiero ser como él, no quiero ir—insistió, débilmente.

—Ya hemos hablado de eso. Sabes que no es posible, y que no te conviene. Aquí podrás seguir aprendiendo las cosas que él te enseña, pero no puedes no ir a la escuela.

El tono de Erietta era ahora más conciliador y afectuoso, como si las razones de la niña de alguna forma la incumbieran. Aun así, sus palabras eran definitivas.

Dispuso el resto del queso y los embutidos en el plato que había quedado vacío, y envolvió cuidadosamente las rebanadas de pan con el paño de lino con el que lo había sacado a la mesa, como si esperara la llegada de otro huésped y quisiera cerciorarse de que no encontrase vestigios que lo hicieran sentir inoportuno o fuera de lugar.

—Le pediré que me ayude a recordárnoslo—dijo, doblando la servilleta y recolectando las migas que habían quedado junto a su plato.

Rehusó mi ofrecimiento de ayudar a recoger, y aludió de pasada a la costumbre de ofrecer visitas guiadas de la propia casa.

—Como si fueran templos del buen gusto a los que sólo unos pocos tienen la suerte de acceder. Las flores son la excepción. Toleran nuestro envanecimiento mientras viven, y se ríen de él al morir.

Quería mostrarme sus hortensias. Andaba muy ligera, casi como si no tocara el suelo, pero en la atención con la que miraba los tiestos traslucía el celo que ponía en cuidar todo cuanto la rodeaba.

—Es difícil que crezcan en un clima tan caluroso—dijo cuando llegamos a ellas—. Fue todo un triunfo conseguir que se aclimataran, son tan delicadas...

Detrás de los pinos brillaba la hoja plateada del mar, aún intacta. La vista desde allí era la misma que desde mi casa, pero los metros que la elevaban por encima de la playa le conferían una cualidad aérea que la separaba del paisaje.

Le pregunté si Aggeliki había aprendido inglés con ella o si era habitual que los niños allí lo hablaran tan bien. A pesar de la cercanía que me parecía sentir entre nosotras, la prudencia me impedía preguntarle directamente por ella.

—Es una niña muy lista. Conozco a su madre desde que tenía su edad. Y es distinta, se impacienta con los otros niños. A veces temo que crezca siendo demasiado solitaria. Para mí es un regalo tenerla, aunque intento que nuestra

relación no la aparte en exceso de las cosas que una debe vivir a sus años. —Sonreía, al mismo tiempo concentrada y abstraída, orillando las alusiones directas a su propia vida—. No me canso de mirarla.

No supe si se refería a la vista o a la niña. Anduvimos juntas hacia Aggeliki, que volvía a estar sentada junto al mochuelo. El ave ahora tenía los ojos cerrados, pero un ligero temblor en el pecho daba muestra de que seguía aferrado a la vida.

—Podrías probar con un algodón mojado en leche—dije, agachándome junto a ella—mientras no encuentres gusanos.

—Los pájaros no toman—replicó Aggeliki, y mirando a Erietta se apresuró a añadir—: Aunque ya intentamos darle ayer. Y puede que ni siquiera viva…

Habría querido decir que con sus cuidados viviría seguro, pero en aquel espacio no había lugar para el optimismo pueril ni las medias verdades. Me sumé a la contención de Erietta, sin ser consciente entonces de que su silencio era la manifestación de un firme propósito de tratar a todos por igual, fuera cual fuera la edad y la especie a la que pertenecieran.

Erietta me acompañó hasta la puerta trasera bordeando la casa, y al despedirnos me dijo que esperaba verme pronto.

—Vuelva cuando quiera—dijo, tendiéndome la mano, y antes de soltármela lo repitió, pero de distinta manera—: Me gustará mucho que venga a visitarme a menudo.

Aunque no sé si Erietta sabía que así sería, desde ese día nos vimos casi a diario. Y con ella empecé a desprenderme de la costumbre de mostrar sólo aquello que se correspondía con una idea preconcebida de mí misma. Regresando a casa por el sendero, vi que la casa de Paul estaba abierta y que una figura se movía en el interior, como alguien que ahueca las almohadas o busca apresuradamente las llaves antes de salir.

Cuando fui paseando hasta su casa al final de la tarde, Paul no estaba en el patio. El mismo hombre al que había visto unos días antes vigilaba sus cañas desde una silla plegable en el embarcadero y las estelas acumuladas de los barcos que volvían a puerto chocaban monótonamente contra el cemento. Me acerqué confiada, pero al llegar al escalón oí la voz de Paul en el interior de la casa y me detuve. Quizá porque las luces del patio no estaban encendidas o

porque en la mesa había vasos usados y varias colillas en el cenicero, tuve la sensación de que estaba de paso, y me sentí de pronto inoportuna.

Volví sobre mis pasos, queriendo borrar mi presencia tan cerca de su casa y al mismo tiempo deseando que me viera antes de que me alejara lo bastante para que dudara de si había ido en su busca. La confusión me hacía andar más deprisa de lo que uno pasea, y cuando me llamó, me aterró que se hubiera dado cuenta.

—No estaba segura de que estuvieras en casa. O de que no fueras a salir…—añadí, contradiciéndome.

Paul estaba de pie en el linde del patio con las piernas cruzadas y las manos hundidas en los bolsillos. Me miraba sin verme, como si el hilo de sus pensamientos discurriera aún por otra conversación que había dejado a medias.

Nos sentamos en el escalón del patio frente a los colores que se diluían lentamente sobre la bahía. Le conté que había conocido a Erietta, y mientras hablaba el muslo de Paul palpitaba al compás de una música que yo no oía pero que me hacía hablar más deprisa de mi encuentro con Gilles, de su barquita averiada, de la impresión que me había causado Erietta, de las extrañas mutaciones de Aggeliki y de la novedad de regresar a una casa que sentía sólo mía.

—Cuántas cosas, y qué bueno que estés tan a gusto con todo—dijo, y yo respondí recurriendo a expresiones que no parecían mías, como «¿Y tú en qué andas?», o diciendo que en los últimos días no habíamos coincidido.

Había estado bastante ocupado, no todo lo encerrado que habría querido, pues lo que había esperado yendo a la isla era justo desconectar de todo. Preparaba una exposición y, como siempre, había mil urgencias de última hora: las negociaciones con la galería, las peticiones de los clientes y el manejo de la prensa.

—Y todo tiene que ver con la obra, claro, con articular un discurso que resulte convincente.

Paul encendió un cigarrillo y me ofreció uno, y a mí no se me ocurría nada que decir, porque me daba la impresión de que entre esa cantidad de cosas por resolver la obra en sí era lo de menos.

—Imagino que será difícil trasladar ese discurso a un texto…—aventuré.

—Así es, en eso estamos—dijo, dando una larga calada y expulsando el humo en aros perfectos—. La chica que lo escribe ha venido a la isla para revisarlo conmigo.

—Qué casualidad, creo que la he conocido. ¿Se llama…?—No recordaba el nombre, pero sólo podía ser ella, y al disolverse el último aro lo recordé—: Giselle, ¿es ella?

—Sí, pero ¿cuándo la has conocido? Lleva apenas un par de días en la isla.

—Estaba en la misma terraza donde tomé el café con Gilles y lo saludó.

—¿Gilles?

—Sí, el hombre que me trajo en barca.

—¿En barca? ¿Con Giselle, hasta aquí?

Respondí que no, que Giselle no había ido con nosotros, que sólo la había visto en el café cuando saludó a Gilles, porque se alojaban en la misma pensión. Pero Paul parecía molesto, como si de pronto estuviéramos discutiendo.

—De todas maneras, no sé por qué tiene tanta importancia.

—No tiene importancia, claro que no. Me ha sorprendido que os conocierais, eso es todo—dijo, sacando otro cigarrillo y dándole unos golpes contra la esfera del reloj de pulsera—. Vamos demasiado retrasados con los textos para que ande por ahí de paseo.

—Estás cansado—dije, poniendo la mano sobre la suya.

—Sí, la verdad. Y me temo que hoy no soy buena compañía—respondió, llevándose el cigarrillo a los labios—. Perdona, ¿quieres?—añadió, palpándose el bolsillo.

Dos veces me había ofrecido y las dos veces había declinado; Paul no se acordaba de que yo no fumaba, o muy poco, y sólo cuando bebía. Pero esa tarde no me invitó a tomar nada. En lugar de eso, dijo: «Vamos, te acompaño», y fuimos bordeando la orilla hasta mi casa. Recuerdo que me cogió de la mano, y que cuando llegamos frente a la entrada del jardín, había recuperado la suavidad encerada que me atraía y cohibía a partes iguales.

—Nos vemos pronto—dijo antes de dar un paso atrás.

—El jueves. No faltes, y no te enfades. Parece una chica muy lista y estoy segura de que no pierde el tiempo.

—¿Quién?

—Quién va a ser, Giselle, la de los textos sobre el vacío.

Paul sonrió atusándose el pelo.

—Ah, sí. Eso espero—respondió.

La oscuridad no me dejaba verle el rostro y ya no estaba atenta a si la mención a Giselle volvía a turbarle. Podía contar los días hasta el jueves por el

mero placer de hacerlo; Paul y yo ya nos despedíamos como aquellos que no necesitan concertar una cita para encontrarse. Al entrar en casa, busqué su figura volviendo por la orilla, pero no estaba, y cuando me acosté, las luces del patio seguían apagadas.

7

Los despertares en mi nueva casa eran como regresar a algo que había soñado hacía mucho tiempo y había permanecido guardado entre papeles de seda para ser vivido algún día. La luz entraba por la ventana abierta, y la cortinita de hilo temblaba tímidamente con la brisa hasta que el primer rayo de sol se posaba sobre las hojas del limonero. Nada se movía, sólo la pareja de mirlos que aparecía todas las mañanas. Saltaban de rama en rama, hablándose con notas impacientes y aflautadas. En ocasiones, uno se posaba en el alféizar dando vueltas sobre sí, mirando hacia el interior ciego, y yo volvía a cerrar los ojos y los escuchaba, superponiendo mis recuerdos de otros amaneceres a la placidez de hacerlo en mi propia cama.

En el barco a menudo me despertaba aturdida, con el calor batiendo las escotillas cerradas. Unas veces, Claudio aún dormía, ovillado como un anacardo en su lado de la cama; otras, trabajaba en el escritorio, y al verlo de espaldas a mí lamentaba no haberme despertado más temprano para aprovechar la libertad de esa hora en la que él estaba ocupado.

Animosa y culpable, con las gafas y el gorro de nadadora en la mano, me acercaba al escritorio y le preguntaba cómo había dormido. Enfrascado en las notas de su diario—que yo sería la primera en leer, decía para incitarme a que le preguntara si aparecería en sus memorias—, Claudio no respondía; o si era yo la primera en salir del desorden de las sábanas para entrar en el baño, registraba las pruebas de mi huida con expresión de fastidio.

—En lo que te levantas y desayunas yo salgo a nadar, y si quieres vamos luego a la playa. ¿O prefieres que nos movamos?

—Pensaba ir al pueblo, quiero comprar algunas cosas.

—Si me esperas, te acompaño…

Pero ya era tarde. Claudio adivinaba siempre mis deseos más simples, y el hecho de que rara vez coincidieran con los suyos le otorgaba una especie de

triunfo. «Lo sabía», decía el brazo que apartaba la sábana para levantarse, o la espalda que permanecía vuelta en la silla cuando le besaba la sien antes de girar la pesada palanca que abría la puerta del camarote.

En los inicios, esos gestos me detenían. Pero primero el deseo y luego la voluntad de no defraudarle se fueron apagando. Muy pronto, entre las muchas sentencias sobre mi forma de ser, Claudio me había declarado incapaz de amar verdaderamente. «Vives ensimismada en un ideal de la pareja y crees que eso basta para formarla. Pero el amor se construye con vivencias comunes, y tú vives demasiado ocupada en lo tuyo, en todo lo que tienes que hacer y cumplir para ser tú misma. No amas ni necesitas a nadie».

Durante un tiempo, esa imagen que proyectaba me espoleaba a demostrar lo contrario. Nos vestíamos deprisa, como si hacerlo a la vez y en el mismo cuarto nos uniera; íbamos juntos en la lancha rápida hasta el continente, y recorríamos las tiendas del muelle en busca de hojas de afeitar o de alguna prenda de ropa deportiva que no necesitábamos.

Pero ¿y si en lugar de eso Claudio decía que me fuera a nadar, que me esperaba, y al regresar al barco veía que la lancha auxiliar no estaba? Si pasaban las horas y no volvía, si se hacía la hora de comer y seguía sin aparecer, yo, muerta de hambre, empezaba a sentir que el día se escurría y que esa mala decisión de la mañana era irreparable.

Claudio llegaba contento y comido, o hambriento y cargado de bromas y obsequios para la tripulación. Se hacía preparar los quesos que había comprado o desempaquetaba un artilugio para asar verduras que quería estrenar de inmediato, aunque hiciera muchísimo que había pasado la hora del almuerzo. «¿Ves qué día desperdiciado?, ¿ves lo que te has perdido?», decía su indiferencia aparentemente inofensiva.

Un día volvió con una planta de albahaca. «Para ti, pequeña, porque sé que echas de menos la tierra. Y para las ensaladas», añadió, dirigiéndose a María, la cocinera. A Claudio le gustaba porque era apacible y mullida, «como un pan recién horneado», decía. María cogió el tiesto que le ofrecía y lo puso en la mesa de la cubierta.

«¿Cómo ha ido tu baño?», preguntaba Claudio si seguía allí cuando yo volvía. Entonces respiraba aliviada, le contaba que había llegado hasta la salida y que fuera el mar estaba un poco picado. «En la playa estaremos mejor, vamos cuando quieras»; las frases me salían atropelladas, demasiado seguidas. David nos preparaba la lancha con toallas, agua y la sombrilla, que Claudio se

empeñaba en clavar entre los guijarros que, confabulados con el viento, la torcían. Claudio sentado en su silla plegable con un libro, yo tumbada a su lado, las últimas gotas del baño secándose entre el frío y la reaparición del calor que volvía a empujarte al agua. «Eres la roca caliente a la que llego», solía decirle, y en esos momentos era completamente feliz, posada en la punta de un alfiler.

En mi nueva casa abría y volvía a cerrar los ojos varias veces antes de levantarme. Dejaba que las lanas del alba se esfumaran, luego que el sol empezara a dorar la cal de los muros irregulares. Las imágenes se evaporaban como las gotas saladas sobre la piel al salir del agua, dejando sólo la mesa y la silla vacía, y la cama, demasiado estrecha para dos personas. «¿Cómo cabes aquí con el abuelo?», le preguntaba a mi abuela cuando nos sentábamos juntas en la suya. En la casa de verano, por la ventana de su dormitorio también entraba el olor de un limonero, amargo y ácido, y un poco de pastel, decía yo, haciendo asociaciones con la corteza que rallábamos en la mesa de la cocina para los bizcochos que horneaba antes de que mi hermano y yo nos levantáramos. El que había frente a la ventana de mi dormitorio en la isla tenía frutos y flores, algunos recientes, tersos y pálidos, otros con la piel ocre y arrugada.

Unos días antes de la cena con Paul, le pregunté a Erietta si me enseñaría a preparar los dolmades. Un verano había vuelto a casa con varios tarros de hojas de parra en conserva y la intención de buscar la receta en uno de mis libros de cocina, pero los recipientes quedaron en la despensa, y nunca llegué a preparar el plato que nos permitiría regresar a Grecia cuando las hojas trajinadas por el viento se acumularan en la entrada, anunciando la llegada del otoño.

—Compre las hojas ya cocidas; hervirlas en casa es engorroso, y siempre quedan duras—dijo, invitándome a pasar.

Había tomado a Erietta por una cocinera experta y minuciosa, seguramente por el cuidado con que disponía la mesa y el placer evidente con que te ofrecía lo que había en ella.

—Todo fachada. Hay que saber preparar un buen caldo, y cómo hacerlo durar muchos días. El resto se hace solo.

Así descubrí que la cocina no le interesaba, más allá de su valor nutritivo y de la satisfacción que pudiera proporcionar a otros; ella con muy poco se daba por

alimentada. Estábamos solas, Aggeliki no iba todos los días y era raro que lo hiciera por las tardes.

—Se queda con su madre, está sola; y aunque parece una niña distante, se ocupa mucho de ella.

—La he visto—dije, entendiendo lo que había querido decirme la mujer que se me había acercado en el puesto de verduras esa mañana.

Repetía el nombre de la niña cruzando las manos en el pecho. El escote de su vestido negro dejaba ver una medalla dorada con la imagen de un ángel inclinado sobre la silueta de una niña. La palpaba con la mano y luego la extendía hacia mí para hacerme comprender que Aggeliki era hija suya. Tenían el mismo pelo alborotado y fino enmarcando las mismas facciones, que en la madre se habían ido arrugando y pegando al hueso alrededor de los ojos, almendrados y muy oscuros.

Erietta me contó que la madre de Aggeliki era hija de la familia adinerada del pueblo, pero que vivía apartada de ellos. Su marido la había abandonado apenas nació la niña. Se marchó al continente y nunca habían vuelto a verle, aunque algunos aseguraban que vivía en la ciudad más cercana y que tenía otra familia.

—Así son las cosas por aquí. Todo el mundo cree conocer la historia de cada uno, pero nadie pregunta. Y cuando alguien se va o muere, la vida sigue su curso imperturbable, como si nunca hubieran pisado esta tierra. Lo mismo vale para el que se queda: si elige hacerlo es cosa suya. Supongo que como en todas partes—añadió con la misma imparcialidad que Aggeliki al decir que el mochuelo quizá no sobreviviría.

Deduje que su llegada a la isla había sido más o menos casual, y que la razón de que una estancia que debía ser provisional se convirtiera en permanente no era la misma que en un principio la había atraído.

«A lo largo de una vida suceden tantas cosas… y casi nunca las que esperábamos. Pero aquello que deseamos ardientemente de muy jóvenes acaba cumpliéndose en la edad tardía. Basta con recordar el ardor de ese deseo para entender que ése era nuestro destino», me había dicho en una ocasión.

No recuerdo si fue ese día; pronunciaba esas apreciaciones fortuitamente, sin que existiera una correspondencia clara con aquello de lo que hablábamos. Si ésta hubiera sido evidente, habrían sonado como sentencias o aforismos citados a conveniencia para enfatizar la importancia de una enseñanza. Pero Erietta tenía la habilidad de entretejerlos en la red que desde nuestro primer encuentro

me fue envolviendo, y en los huecos de lo que no precisaba fui reconociendo los míos. Me entretenía en la descripción de las relaciones de causa y efecto, de los hilos que parecían conectar una cosa con otra; pero sus preguntas o silencios me llevaban siempre al entramado que bordeaba el agujero, allí donde todavía no había encontrado la respuesta.

—Ahora dígame: ¿para quién son los dolmades? No pretenderá que crea que quiere aprender a hacerlos para su exmarido...

Tuvo la delicadeza de dejar que me sonrojara sola, y cuando volvió de la cocina con una botella de vino dulce su rostro permanecía serio.

—En casa nunca faltaba. Mi padre lo traía de sus viajes, y he conservado su costumbre de tomarlo cuando cae el sol. Es importante saber dónde estás a esa hora. Lejos de casa puede ser un momento terrible.

Le hablé de Paul, de cómo nos habíamos conocido, y algo confusamente de sus trabajos sobre el vacío.

—Sobre el vacío, nada menos. —Al levantar la copa para llevársela a los labios, un destello irisado se desprendió del cristal violáceo con forma de campánula.

No sabía explicarlo bien, supongo que porque yo misma no acababa de entender en qué consistía.

—Lo ha explicado perfectamente, es sólo que me pregunto si existe otra cosa. ¿Qué hacemos todos sino tratar de poblar la oquedad que sentimos en nuestro interior y de encajar las piezas de aquello en lo que nos hemos convertido? Pero que a esos tanteos se les llame «arte»…—Erietta rellenó las copas con cuidado de que el líquido espeso no sobrepasara sus bordes irregulares—. Pero veo que le gusta. Es un hombre apuesto, sin duda. —Y al decirlo pareció recordar un hecho lejano, y como si quisiera avisarme de algo agregó—: Tiene dos hijos pequeños, estuvieron aquí el verano pasado.

Levantamos las copas a la vez y bebimos en silencio, envueltas por el crepúsculo que empezaba a apoderarse de las cumbres al otro lado de la bahía. Todo cuanto nos rodeaba estaba inmóvil. Sin embargo, las nubes altas corrían empujadas por un viento imperceptible, replicando los contornos de las islas que en ese mar están lo bastante cerca para que no se abandone una sin divisar otra.

—Sea como sea, la cena será un éxito, estoy segura—dijo al fin Erietta, con una gentileza que a veces quedaba eclipsada por el laconismo de sus comentarios o el aparente desinterés de sus silencios—. Y yo recordaré cómo se

preparan los dolmades. Vuelva mañana y los haremos juntas. En la cocina es más fácil aprender viendo; en realidad, como en casi todo.

Cuando nos despedimos, el día había rendido sus colores; sólo quedaba luz en las esquinas del cielo. Me di la vuelta antes de doblar el recodo del sendero que luego se escondía para bajar hasta la arena. Erietta seguía de pie junto a la entrada y descruzó los brazos apretados alrededor de la cintura para decirme adiós con la mano.

—¡He olvidado hablarle de mi excursión al cementerio!—grité desde donde estaba.

—¡Mañana se lo recordaré, tendremos días!—respondió su silueta, y la voz se quebró ligeramente con el esfuerzo de salvar la oscuridad que nos separaba.

—Tendremos días—repetí en voz baja, y miré instintivamente hacia la casa de Paul, que de nuevo parecía estar vacía.

Antes de entrar, corté una flor de lavanda. «Pon bajo la almohada aquello que más deseas», solía decir mi abuela. Así olería el reencuentro, pero también el arrepentimiento que empezaba a sentir por el anhelo de continuidad que nos vuelve ciegos y vulnerables.

8

Descubrí el cementerio la primera vez que amarramos en el puerto, tarde, después de un día entero navegando. Los primeros años, *Gretel* viajaba con nosotros, y con la excusa de que ella necesitaba pasear, saltábamos las dos a tierra antes de estar propiamente en ella, apenas amarrados los dos cabos que precedían a la maniobra completa. Los artilugios necesarios para asegurarnos una noche tranquila sin riesgo de que el viento que podía levantarse en plena noche nos moviera, los trámites con las autoridades más o menos rigurosas del puerto y el acicalamiento del barco: el baldeo, la colocación de los almohadones y el encendido de las luces, dentro y fuera, que lo convertía en un escaparate goloso para los paseantes que mataban el tiempo en los muelles. En esos momentos yo no servía para nada, y cruzarme con una de esas miradas curiosas me hacía sentir ajena a todo lo que me rodeaba.

«Daos prisa. —Claudio daba instrucciones rápidas y concisas a los marineros —. Pensad que a esta mujer le va la vida en tener que pasar un segundo más

sin pisar tierra». Lo decía con humor, pero con un fondo de verdad que invalidaba cualquier protesta. Claudio desconocía muchas partes de mí, pero las que consideraba malas las tenía perfectamente medidas. «En esa perra pones la entrega que ni soñarías dedicar a una persona», solía decir, a veces con un rastro de amargura que me hacía dudar de si no tendría razón. «Como siempre, exageras», respondía yo, atenta a si en su expresión ganaba la benevolencia o un claro reproche de abandono.

Juntas nos encaramábamos por las calles empinadas, levantando el hocico ambas hacia el olor seco de las higueras empapadas de sol y la dulzura etérea de los jazmines. «Los perros en estas islas son seres remotos y resignados. Nos miran como fantasmas tristes, sin codicia, pues los perros, al contrario que los hombres, desconocen las comparaciones con sus semejantes», pensaba con mi afición a las analogías.

Sola y en tierra, con *Gretel* husmeando a mi lado, exorcizaba los demonios de esos diálogos breves y definitivos que quizá habían tenido lugar una sola vez, pero cuyos ecos retumbaban en mí como algo siempre reciente, siempre recriminatorio y amenazante. Y era cierto que únicamente con *Gretel* lograba expresar la ternura que se iba quedando encerrada dentro de mí y que con el paso del tiempo sólo se manifestaba en muestras de afecto sinceras pero acartonadas.

Esa tarde entramos en el cementerio por la reja entreabierta y, serpenteando entre las lápidas, recuperamos el aliento tras la subida. En el punto más alto estaba la capilla, no más grande que una alcoba, con los racimos de velas eléctricas parpadeando tras los cristales de las tras hornacinas. Permanecí de pie en la entrada, bajo el cielo estrellado pintado en el techo, *Gretel* sentada muy recta a mi lado, y al bajar vimos salir la luna.

Volví al cementerio una mañana y lo hice sin prisa, como regresaba entonces a los lugares por los que había pasado con el apremio de emplear bien el tiempo prestado. A *Gretel* le habría gustado hacerlo sin el imperativo de llegar a un destino preciso. La echaba de menos, pero de manera distinta a las personas, cuyo recuerdo suele concentrarse en el crepúsculo o el alba, cuando la luz nace o muere; la echaba de menos igual que se extraña una parte de uno mismo o los lugares que hemos amado y a los que sabemos que es imposible volver.

Así fue al detenerme aquel día en la entrada, bajo la sombra de las dos acacias que la flanqueaban, y darme la vuelta para contemplar la herradura del puerto. Sentí el hueco a mis pies como me había sucedido otras veces, cuando los detalles de algo que había vivido con ella se repetían como si volviera a ser el mismo día. Pero *Gretel* no se había quedado rezagada, husmeando un resto de basura o desenterrando su pasado cazador frente a una gallina temeraria en la entrada de un patio. No llegaría, era inútil que la esperara. Con los animales, la comprensión de que se han ido es definitiva, y las conjeturas sobre el más allá se convierten en una cadena de absurdos irresolubles.

Las ramas dibujaban una filigrana de encaje en la tierra; donde acababa la sombra se imponía el raspar monótono de las cigarras, anunciando el calor del día. Subí entre las tumbas, las más antiguas, lápidas de piedra en las que ya no se leían los nombres. Según ascendía, se ordenaban en hileras más apretadas de mármol blanco, algunas con fotografías, otras con un aro de metal donde colocar un recipiente con flores. Las que lo tenían lleno era con ramos de plástico desteñidos; sólo había una con flores cortadas, de las que quedaban los tallos y algunas hojas resecas. Era la tumba de una joven fallecida hacía más de treinta años: «Era una rosa y como rosa vivió | el tiempo que viven las rosas, | el espacio de una mañana», rezaba la inscripción. Junto a ella, la de un extranjero; era una lápida sencilla, igual que las otras, con un nombre y una fecha: «Hans Humboldt (1907-1973)». No hacía tanto que había muerto, y me pregunté si Erietta lo habría conocido.

Subí hasta la capilla, pero la añoranza de *Gretel* me impedía entrar, como si hacerlo fuera una traición al instante que había compartido con ella bajo la cúpula azul tachonada de estrellas. Bajé deprisa por el sendero que bordeaba el campo sembrado de tumbas pensando en Erietta. Nada, ni siquiera un cementerio, puede ser lúgubre si uno desea la compañía de otro y es correspondido. Es la costumbre lo que nos hace felices a seres metódicos y rutinarios… A todos, si se atrevieran a reconocerlo.

Hablaba sola, en voz alta, hasta que llegué a la salida, y bajo el sol aplastante del mediodía sentí el pudor de que alguien pudiera oírme. Con *Gretel*, cuando esto sucedía, me daba la vuelta para llamarla, y entonces era sólo una mujer regañando a su perro. Como si la esperara, ralenticé el paso, mirando por encima de los muros bajos que separaban las casas de la carretera, casas pequeñas de una sola planta con tejados a cuatro aguas.

Era raro ver a alguien en los patios a esa hora, pero en una casa que destacaba por el estucado color crema de las paredes, por su altura y porque desde el porche arrancaba una extensión de césped artificial que bordeaba la piscina, había una mujer sentada en una tumbona de playa. Vestía un pantalón floreado y una camisa sin mangas que dejaba al descubierto sus brazos bronceados y muy arrugados. La inmensa pamela le cubría el rostro, pero las manos que pasaban las páginas de una revista eran las manos futuras de Olympia, con las uñas pintadas y el interrogante del dedo meñique arqueado sobre el objeto que agarraban.

Encontré a Erietta expurgando el parterre más cercano a la escalera que bajaba a la playa; a sus pies, una cesta de mimbre en la que depositaba las malas hierbas.

—Tréboles y agrios, tiernos y festivos, pero son los peores; a su lado no hay quien viva—dijo—. Viene usted muy acalorada. Espero que no sea por una mala noticia, porque hoy es el gran día, ¿no? ¿Ha traído las hojas?

Tenía que serlo, pero Paul había pasado por mi casa el día anterior para aplazarlo al sábado. Prefería dejar terminado el trabajo antes de vernos.

—Vaya, un hombre ocupado. Incluso en vacaciones. —Erietta se detuvo bajo la sombra del emparrado y, girándose ligeramente hacia mí, añadió—: ¿Sabe?, me irritan los cambios de planes, la informalidad. A veces pienso que es porque me estoy haciendo vieja, porque *soy* vieja. Pero creo que siempre fui así, desde niña. Supongo que por eso entiendo a Aggeliki y su enojo por tener que adaptarse a que las cosas no sean como ella cree que deberían ser. Me parece que a usted también le pasa, y me temo que tendrá que acostumbrarse. Quizá por eso me es tan grata su compañía. Hacía tiempo que no hablaba así con nadie.

—Para mí también lo es la suya—fue todo cuanto alcancé a decir antes de que mudara, como era frecuente en ella, de las fugaces manifestaciones de una intimidad casi ingenua a los asuntos prácticos.

—Quiero enseñarle algo, pero antes cuénteme, puesto que no hay que cocinar hasta mañana, por qué viene tan radiante. Los dolmades mejoran si se preparan la víspera, me acordé después de verla. También de la receta—dijo, soltándome el brazo y entrando en la cocina—. La aprendí de una vieja amiga, la primera que tuve al llegar a la isla. Tal vez la única.

Reapareció con una bandeja y dos vasos de agua helada con limón. En Erietta, la hospitalidad era una predisposición, no una espera. Fuera la hora que fuera, parecía estar siempre lista para recibir visitas.

Le hablé de mi visita al cementerio y del extraño remordimiento que sentía frente a las fotografías de los difuntos en las lápidas. Ver su rostro los volvía inexplicablemente cercanos, como si se tratara de personas que hubieran llamado a nuestra puerta y habíamos ignorado.

—Y si en la tumba no hay flores…—Erietta exprimió el medio limón de su vaso con los dedos—, si en la tumba no hay flores, eso significa que se han ido para siempre. Todos morimos dos veces: cuando dejamos esta tierra y cuando nuestro recuerdo se extingue en la última persona que nos conoció.

Escuchó educadamente mis recuerdos de *Gretel* y de haberme sorprendido hablando sola, como si aún estuviera conmigo. Para ella, los animales no eran distintos a las plantas; ni los unos ni las otras estaban más vivos por ser apéndices de las personas que los cuidaban. Y tampoco consideraba que el descubrimiento de la soledad o las tentativas de profundizar en ella tuvieran nada de excepcional o meritorio. Pero cuando mencioné la casa que me había llamado la atención por ostentosa, la escalera doble que ascendía desde el patio y las balaustradas que acompañaban su recorrido, noté que atendía como si lo que describía pudiera revelarle algo que había estado esperando.

—Era la mujer del dueño del restaurante, estoy segura—concluí tras esbozar el aspecto de la mujer que leía en la tumbona.

—¿Le parece?—preguntó Erietta, resiguiendo una veta oscura del mármol con el dedo—. Me acuerdo de esa casa, pero no de que fuera tan fea. Quién sabe… Tampoco sus propietarios debieron de serlo tanto en otro tiempo, antes de que la codicia se adueñara de ellos. El recodo donde se construyó la casa era de los más bonitos y recogidos del pueblo, aunque ahora su falso jardín y la piscina arruinen la vista del puerto. Es la desdicha sostenida durante años lo que nos afea. —Su mirada se ensombreció, y rodeaba el vaso con las manos, como si en la frialdad del cristal buscara atenuar los sentimientos que se agitaban en su interior.

Le pregunté entonces por la tumba de Hans Humboldt.

—Era un alemán grande, pacífico y triste, como tantos hombres que han vivido una guerra. Nunca supe por qué vino a parar aquí exactamente. En esos años tenía poca paciencia con las historias de otros, estando quizá demasiado

absorbida por la mía. Pero se fue quedando, primero por lo que fuera que buscaba, después porque ya no tenía a dónde regresar. —Erietta seguía sujetando el vaso sin mirarme, y me pareció que al hablar de ese hombre dejaba ver algo de su propia vida—. Bebía—añadió, como si eso explicara muchas cosas—. Debería conocer a Gilles—dijo entonces.

Respondí que lo había conocido, al poco de llegar; le conté nuestro primer encuentro, mencioné sus evocaciones de la *Odisea* frente a la gasolinera y cómo había insistido en acompañarme a casa la tarde que tomamos café en el puerto.

—Es muy agradable. Quedamos en ir juntos a ver el barco hundido, pero no se ha dado la ocasión.

—Entiendo, le parece agradable pero aburrido. Y tiene razón, hay personas así; hombres, sobre todo, a los que parece que el aura del fracaso los persiga.

De nuevo tuve la sensación de que había algo más, una correlación, una similitud, que debía descifrar yo sola.

Lo que quería enseñarme era una flor. En el arbusto que crecía en la parte trasera se había abierto uno de los capullos.

—Las más apreciadas son las rojas, la camelia japónica, seguramente por algún emperador y su afán por distinguir a una de sus concubinas. Pero la blanca es la más hermosa. Y que una flor de invierno se aventure a florecer en pleno verano… ¿No es raro que ahora sean estas flores las que espero todo el año?—Erietta la contemplaba con los brazos cruzados sobre el pecho; habría podido ser Aggeliki protegiendo al mochuelo en los suyos—. De niña, mi madre solía llevarme al jardín botánico. Yo la seguía entre los arriates de plantas aromáticas marcadas con pequeños carteles amarillos, por la rosaleda y por las interminables hileras de árboles frutales, impaciente por llegar a los invernaderos. «Aquí crecen las plantas exóticas», decía, y por su forma de decirlo se notaba que había un desdén. Pero yo le tiraba de la mano para que entráramos, porque allí me reencontraba con los olores del verano. Las plantas exóticas eran las que llenan los tiestos aquí, las únicas que crecen sin cuidados. Y ahora las que echo de menos son las que cambian de color, la fiesta otoñal de rojos y amarillos. Puede que allí donde nos trasplantamos nos convirtamos sin quererlo en flores de invernadero.

De camino a casa traté de reconstruir la relación de Erietta con las personas de las que habíamos hablado. No parecía que sintiera un apego especial por

ninguna de ellas, y, sin embargo, había algo desconcertante en su mesura, un deseo de ponerlas a salvo de un juicio demasiado mordaz, demasiado terrible.

«Ignoramos casi todo de lo que sucede en el interior de las personas, pero hay que procurar no rellenar esos huecos con interpretaciones, casi siempre tontas, casi siempre equivocadas», había dicho en algún momento Erietta, y era cierto que ella lo cumplía. Su ingenio era siempre pasajero, ondeaba por la superficie sin ánimo de penetrar las honduras que configuran la naturaleza íntima de cada individuo.

Pero una vez a solas me pregunté si ese desprendimiento era posible con las personas a las que creímos amar y hemos perdido, o con aquellas por las que nos sentimos rechazados. Quizá lo fuera si estaban muertos, o tan lejos de nosotros que era como si lo estuvieran. Sólo así se podía lograr la ecuanimidad que había empezado a admirar en ella. Pensé que así sería Erietta con sus hijos, o con una historia de amor, siempre que hubiera transcurrido el tiempo suficiente.

9

El sábado amanecí con la certeza de que Paul no vendría a mi casa. No obstante, seguí escrupulosamente los pasos que refutaban mi tendencia a ensombrecer aquellas cosas que más deseaba que se cumplieran. Desde niña había perfeccionado el arte de imaginar el peor escenario posible para asegurarme de que sería capaz de soportarlo. Paul iría porque no había sabido decir que no, por pena; o yo resultaría ser una cocinera menos apta de lo que mi entusiasmo prometía.

Pasé el día basculando entre esas dos posibilidades, pero cuando encendí las luces del jardín y puse el ramo de retama y ciprés en la mesa, lo hice sin atender a lo que ya sabía. Desde el sillón, que extrañamente aún no había ocupado, se veían el porche y el sendero que atravesaba el jardín hasta la arena por el que entraría quien llegara a la casa. «Hay que procurar que el anochecer no nos alcance en un lugar donde las ilusiones difusas puedan dolernos»; recordé las palabras de Erietta cuando me despidió en la puerta de su casa la tarde que le había hablado de Paul. Pero esa noche podía permitirme sentirla caer sin inquietud o añoranza, porque eran los días más largos del año y en

cualquier momento oiría los pasos de Paul sobre la grava, la razón vidriosa de mi felicidad.

Las notas de los grillos se amplificaban cada tanto con las pisadas que me parecía percibir, pero que al levantar la vista no se materializaban. Primero pensé que no habíamos fijado una hora; luego, que un imprevisto le había retenido. Pero cuando al fin me levanté, las estrellas se veían claras y el reloj marcaba las once y media. Apagué las velas y dejé la mesa como estaba. Los platos y las copas, las fuentes de comida que esperaban en la cocina eran lo único que no había sucedido en mi imaginación; y aunque me hubiera animado a cruzar la playa, decidiendo por el camino si furiosa o despreocupada, en la casa de Paul no había signos de vida. Esa noche no había luna.

Es extraño cómo las faltas de otros pueden hacernos sentir que algo en nosotros las causa, y evitamos los lugares donde ese defecto se hizo patente. Al levantarme no salí al patio; fui directa a la cocina y tomé el sendero que salía de la parte trasera del jardín y subía hasta las últimas casas del pueblo, hacia el cementerio.

La tarde anterior había visto el velero azul bordeando el cabo con las dos velas desplegadas, recibiendo la entrada del viento para tomar rumbo al puerto. A su llegada, se impondría a la escala de los pequeños barcos de pesca, las embarcaciones de alquiler, los entoldados de las tabernas y los tejados que asomaban entre el desorden de huertos y solares en construcción.

Llevé la fuente del asado intacta hasta el cementerio, la deposité junto a la entrada y me senté en el banco de piedra, a la sombra de las acacias. Los gatos no tardaron en aparecer, y mientras desmenuzaban los pedazos de carne, separándolos pulcramente de los huesos de las costillas, sentí que no fuera *Gretel* la que se relamiera con el manjar inesperado. Se habría abalanzado sobre él sin darme tiempo a dejar la fuente en el suelo y, royendo el costillar rebanado, me habría mirado, saciada y atónita por su buena suerte.

Como el día en que la impaciencia de sus patas delanteras rascando el borde de la cubierta la hizo resbalar y caer entre el casco y el muelle, en el abismo angosto del que por unos segundos parecía imposible sacarla. Fue Claudio, tumbado de bruces en el cemento, quien la rescató, mascullando que no podía haber un animal más estúpido.

Volví a pasar por la casa de las balaustradas. Desde allí se veía el barco, largo y perezoso, amarrado en el muelle que reservaban a las grandes embarcaciones. Los que ese día estaban en el puerto habrían observado su llegada, como otros años nos habían observado a nosotros, sólo que ya no existía un nosotros, y yo había confiado en que ese año Claudio se mantendría alejado de la isla a la que íbamos juntos todos los veranos.

Recordé la prudencia de Erietta al hablar de esa casa y de sus dueños. No es que no viera su fealdad, pero la excusaba, remitiéndose a un tiempo mejor, antes de que algo se estropeara en ellos. Cuando Claudio y yo estábamos casados, ninguno de los dos había tenido esa generosidad. Demasiado ocupados en sentirnos incomprendidos, nunca enfrentamos el hecho de que lo que descubríamos en el otro, quizá también en nosotros, no nos gustaba. Pero en el fondo sabía que Claudio también volvería a la isla. Ambos éramos previsibles; en eso nos parecíamos.

Es sólo una cuestión de tiempo que aquello que deseábamos deje de interponerse en lo que fue. Cuando sentimos que el presente nos abandona, recurrimos cobardemente a un pasado hecho a la medida de nuestras frustraciones. Pero también eso dejará de pasarnos. Esperamos demasiado… Hablaba con Erietta, o con Claudio, eludiendo la desilusión de la noche anterior como un malentendido que se hubiera dado entre dos viejos amigos.

Cuando salí al patio, aún inmersa en mi monólogo, con un plato bien cargado de berenjenas y dolmades, Aggeliki me miraba con curiosidad desde el murete de piedra donde estaba sentada.

—Es muy bonito—dijo sin aludir a mi locuacidad inexplicable, y miré detrás de mí, pensando que se refería al conjunto de lo que a mí también me agradaba y había empezado a sentir como mío—. El ramo—puntualizó con aplomo—. A mí también me gusta coger flores. Mi madre las pone en el centro de la mesa, como tú.

Le pregunté si tenía hambre, y ella me respondió con otra pregunta:

—¿Has ido al cementerio? Erietta me dijo que seguramente te encontraría allí, pero he preferido esperarte en casa. Hace muchísimo calor—añadió con la compostura de una dama inglesa observando la climatología.

—Ven, ayúdame a sacar las cosas—dije, poniendo el plato en la mesa—. Hay más de todo, también limonada.

La había preparado previendo la posibilidad de que la noche se alargara y acabáramos mezclándola con ginebra y hierbabuena; en mala hora el nombre,

pensé con Aggeliki siguiéndome hasta la cocina.

—Erietta también lo hace—dijo mientras le alcanzaba los vasos.

—¿Limonada? ¿O los dolmades?

—No, hablar como si hubiera alguien en la casa con ella.

—Te debe parecer una locura. Supongo que es lo que nos pasa a las personas cuando vivimos solas. Nos acostumbramos a que no haya nadie escuchando.

—Bueno, yo no vivo sola y también lo hago, pero con los animales. Aunque no sé si eso cuenta como hablar sola.

—¿Eso hiciste con el mochuelo?

—Sí, a él le hablé para que viviera. —Aggeliki hablaba sin mirarme, concentrada en la disposición del plato, de una manera que me recordó a mí misma preparando la cena para Paul.

Nos sentamos a la mesa, igual que habíamos hecho otras veces en casa de Erietta, y de pronto me sentí inmensamente afortunada por su visita; pero con Aggeliki, igual que con Erietta, no había lugar para las frases de agradecimiento, hubieran sonado lánguidas y falsas.

—Estoy encantada de que estés aquí, Aggeliki—dije a pesar de todo, y ella sonrió, dispuesta a saltarse la norma del silencio respecto a la manifestación de los propios sentimientos.

—Mira—dijo, poniendo el dedo índice en el borde del jarrón que habíamos hecho a un lado para que no nos estorbara—, debiste de traerla con las flores.

Una mariquita recorría la cerámica amarilla con el paso incierto de los insectos, que con su apariencia lenta y sosegada sorprenden a quien quiere cogerlos antes de que alcen el vuelo.

—En el aire pierden sus colores y no hay quien las vea. Cuando era pequeña, les hacía casas con cajas de cerillas. Les ponía lechuga y pieles de fruta, comida y postre. —Y, como de vuelta de su ingenuidad, agregó—: Pero eso era antes.

—Yo hacía lo mismo en casa de mis abuelos, en una casa muy parecida a ésta. Imaginaba que así se quedarían, si podían entrar y salir a su antojo, siempre volverían.

—Sí, yo también lo pensaba, pero no les gusta. Si las pones dentro no saben salir, y a la que las ayudas con el dedo salen volando.

—Como ahora…—La mariquita abrió las alas y se transformó en una mota incolora bajo el calor cimbreante que nos rodeaba, más allá de nuestra sombra privada—. ¿Te gusta el dulce?—Sin esperar respuesta, me levanté para ir a

buscar la tarta de limón—. A mí sí—dije desde la cocina—. Pero no me gusta comerlo sola, sólo el chocolate.

—A mí también—dijo Aggeliki, y entonces era sólo niña, desde los pies, que apenas tocaban el suelo con la punta, hasta sus ojos atentos y cándidos, que miraban la tarta golosamente. Se llevó un trozo a la boca y se limpió la comisura de los labios con la servilleta con un gesto en el que se veía la mano de Erietta—. Está riquísima—dijo, aún con la boca llena.

Estuve a punto de hablarle de los gatos en la entrada del cementerio, pero no habría sabido hacerlo sin que las emociones del momento se enredaran en la relación de los hechos, y en el poco tiempo que hacía que conocía a Erietta había empezado a aprender a callar las palabras que no decían nada.

—Traigo algo para ti—dijo entonces, sacando un sobre del bolsillo de su vestido—. Olympia me pidió que te la diera, por si no ibas hoy a la tienda.

Reconocí el papel verjurado y las letras impresas en azul marino. Tal vez por eso Aggeliki me preguntó si eran malas noticias. Me miraba vigilante, como si no le fuera extraña la llegada de acontecimientos que uno espera pero no desea.

—Gracias, Aggeliki; no son malas noticias, no. Sólo unos conocidos que me avisan de su llegada.

Claudio iba a ir a mi casa, seguro de encontrarme allí. La tarde anterior no me habría importado. No le habría contado que yo también había conocido a alguien, ni que todo había resultado tan sencillo como siempre sostenía él que debían ser las relaciones entre hombres y mujeres. Pero Claudio sabría ver a través de mi reserva, y se sorprendería al descubrir que a mí tampoco me había costado dejar atrás nuestra vida juntos.

—Qué tonta—dije en voz alta.

—¿Por qué dices eso? ¿Pensabas que no vendrían?—preguntó Aggeliki, y su clarividencia me hizo reír.

—Pensaba que podían venir, pero no que lo hicieran tan pronto—respondí, y Aggeliki sonrió aliviada, acostumbrada a sortear los humores incomprensibles de edades a las que aún no había llegado, habituada como estaba a vivir entre mujeres que la cuidaban y que de alguna forma dependían de ella.

—Tengo que irme—dijo sin levantarse todavía.

—Claro. Aunque te llevarás lo que hemos dejado de la tarta.

Aggeliki alargó las manos para coger el plato, obediente y determinada como era ella, y como me recordaba yo de niña, sosteniendo el cesto para los higos

que mi abuela me tendía encaramada al muro de piedra seca donde yo no alcanzaba.

—Debe de ser raro cuidar una casa en la que no vas a quedarte—dijo, parada frente a la ventana.

Tal vez lo era, pero lo cierto es que no había imaginado el momento de irme, menos aún de volver a lo que había dejado. En las islas, la vida se achica, y todo lo que sucede fuera de ellas se desdibuja como una realidad lejana que no nos atañe.

—Sobre todo el jardín—prosiguió, con aire pensativo—. Aunque Erietta siempre dice que los jardines se cuidan porque no se puede hacer otra cosa, sin pensar en si son o no tuyos.

Fuimos juntas hasta la entrada, donde el camino que serpenteaba entre la grava se perdía en la arena.

—No vayas a verla hoy, no la encontrarías—dijo Aggeliki al despedirse—. Ha tenido que ir a un entierro y no volverá hasta la noche.

Al quedarme sola, leí la nota que había dejado en la mesa.

Estoy en el barco, llegué ayer por la tarde. Supongo que me viste desde alguna de tus alturas. Están también Sebastián y Rita, y Mara, todos deseosos de verte.

Reviví el singular hiriente; estuviéramos solos o rodeados de gente, Claudio nunca decía «nuestra casa» o «el viaje que hicimos».

No salí el resto del día. Al atardecer regué, como si fuera mi jardín y de mí dependiera que no pereciese, aunque el marido de Olympia se encargaba de hacerlo cada dos días. Y antes de que la noche se impusiera sobre la última luz, entré en casa para no verla vencer al día. «Igual que Erietta», pensé, imaginando cómo sería ese instante desde su casa día tras día. Había dejado una luz en el patio, y cuando apagué las mías antes de acostarme seguía encendida. Desde el dormitorio comprobé lo que había evitado ver durante todo el día: la casa de Paul, de nuevo abierta y con las luces del interior prendidas. Me pareció oír voces y música, pero cerré la ventana antes de estar segura.

Por primera vez desde mi llegada, volví a ser la persona que había sido durante los últimos años. Al día siguiente tendría que cenar con Claudio, con

Sebastián y Rita, y con Mara, que estaba deseando conocerme, y me reconocí en la mujer tensa y quebradiza que se sentía siempre al otro lado de la música y las ventanas iluminadas.

10

Esa noche soñé con un hotel junto al mar. Llegaba en bicicleta con mi padre, al que quería mostrarle ese lugar, en el que nunca había estado, pero que encerraba la promesa de algo que ambos deseábamos ver cumplido. Nos hacía de guía un hombre de mi edad que estaba a cargo del hotel. Andaba muy erguido, como hacen a veces las personas de baja estatura para realzar atractivos que no están muy seguros de poseer. Aunque habíamos sido invitados, su falta de interés mientras lo seguíamos ponía de manifiesto que no era cosa suya habernos convocado. Resaltaba las comodidades de las habitaciones, la categoría de sus huéspedes y el entorno privilegiado. Decía exactamente eso, «entorno privilegiado», y a mí me avergonzaban sus palabras porque sabía que mi padre las juzgaría igual de pueriles; pero sobre todo me avergonzaba su manera de andar unos pasos por delante y que no le importara que notáramos su indiferencia.

Mi padre y yo continuábamos la visita solos. Deambulábamos hacia los lindes del jardín, donde desaparecían los cuidados, y en el descenso hacia el mar volvía a su estado natural de arbustos y plantas silvestres. Veía entonces una multitud de diminutos caparazones de tortuga y me agachaba para coger uno, que en la palma de mi mano no era más grande que una moneda. «Tiene la belleza desamparada de las cosas que perecen antes de tiempo»; ninguno de los dos pronunciaba las palabras, pero ambos las pensábamos al unísono. Cuando me volví, con la boca llena de cáscaras que masticaba sin tragar, pero que tampoco sabía expulsar, mi padre ya no estaba; y estirando el duermevela antes de soltar el sueño, rogaba que nadie lo viera, que al menos él no se diera cuenta y sintiera que debía consolarme por algo que sólo yo había equivocado.

Nadé aún sin sol, rompiendo la superficie opaca del agua con brazadas siempre iguales, sin detenerme hasta que estuve fuera de la bahía. Podía seguir hasta el

islote, nadar hasta agotarme, invisible al peligro de los barcos. Los días más tristes, cuando una discusión nos había dejado en un callejón sin salida y Claudio se acostaba de espaldas a mí dándola por acabada, fantaseaba con la posibilidad de una muerte silenciosa y húmeda de la que nadie se daría cuenta. Demasiado tarde para las despedidas, sólo quedarían de mí algunas palabras y una trayectoria errática y anodina.

Cuando Claudio fue a recogerme, radiante, una hora antes de la convenida en el restaurante, yo tenía el cuerpo cansado, el remedio al que recurría para convencerme de que el día no había pasado en vano.

—He pensado que podríamos tomar una copa en el barco antes, y que mejor venir a por ti, por si cambiabas de opinión. —Era extraño sentir su abrazo incondicional después de haberlo sentido tantas veces condicionado—. Qué bonito está esto, más aún de lo que recordaba. ¿No me ofreces nada de beber? Lo que tengas, y un cigarrillo. Aunque ya no fumo, Mara dice que no me conviene.

—Nunca conseguimos ponernos de acuerdo.

—¿Respecto a fumar? Tú con tu obsesión por la disciplina puedes, pero el común de los mortales…

—Respecto a nada.

—No cambiarás nunca.

—Tú tampoco.

—Por suerte, ahora podemos reconocerlo.

—Como viejos amigos que ya no esperan nada.

Bebíamos a la misma hora que solíamos hacerlo en el barco, sólo que ahora, cuando más sabíamos el uno del otro, era cuando menos teníamos que decirnos, y ninguno de los dos tenía ganas de arriesgar una pregunta cuya respuesta habría resultado decepcionante.

—Mara te caerá bien—dijo al cabo de un rato.

—Estoy segura.

—Es muy fácil. Y ya me conoces, yo necesito que las cosas sean… eso, fáciles.

Por un momento me pareció que se justificaba, y eso me enterneció.

—Y está bien así. Para una vieja amiga, está bien así —respondí.

Claudio no tenía prisa por marcharse. Se sirvió más vino y lo movió dentro de la copa antes de beber. Todo parecía sorprenderle un poco; que tuviera vino en la nevera y copas en las que servirlo, como si hubiera anticipado alguna

carencia, una muestra de que el tiempo se había detenido en nuestro último verano.

—Podrías invitarme a cenar. —Lo dijo como si nadie le esperara, era una tentativa de que yo aceptara para luego dudar juntos de la conveniencia de anteponer nuestros deseos a lo que ya estaba decidido. Pero nos conocíamos demasiado, y fui yo la que miró el reloj.

Sacó la radio para avisar de que llegábamos, y mientras entraba en casa para recoger mis cosas oí que decía: «Sí, cariño, nos vemos directamente allí, la mesa está a nombre del *Christina*, como siempre». Al oír el nombre me di cuenta, quizá por primera vez, de que era cierto: el del barco no cambiaba.

Claudio tenía una sorpresa para mí. Un francés interesante, amigo de Mara desde hacía años, que había pasado varios veranos en la isla. Artista o galerista, no estaba seguro.

—He pensado que te gustaría conocerlo. Nunca se sabe…

Nunca se sabe, sí. Era algo que yo me había preguntado muchas veces, sentada en la lancha auxiliar junto a Claudio, en esa isla y en otras parecidas. «Quién sabe si éste no será nuestro momento más feliz», pensaba, apretándome contra él para que no se rompiera. Me estremecí imaginando a Paul en su papel de francés interesante, segura de que no había nada en esa cena que fuera a gustarme, ni siquiera yo misma.

—Nos conocemos—dije cuando nos presentaron.

—Sí, somos vecinos. Quién iba a decirlo, el mundo es tan pequeño…—Paul rodeó la mesa para darme dos besos.

—Por eso hay que portarse bien—dijo Claudio, riéndose, complacido con su acierto de juntarnos.

Rita no había hecho sino agrandarse, y en los ojos bovinos de Sebastián seguía encendiéndose una chispa de impaciencia cuando ella hablaba demasiado. «Para un poco, no dejas hablar», decía, y ella respondía al reproche con una pregunta dirigida al grupo: «Le molesta que lo diga, pero ¿tengo razón o no?».

No puedo decir que Mara era como esperaba; en realidad, había evitado imaginarla. Viéndola sentada entre Claudio y Paul, puntuando las ocurrencias de uno y los comentarios mundanos del otro con una caricia en la mejilla bien

afeitada o una palmadita en la mano morena que hacía bolitas con la miga del pan, era la despreocupación encarnada.

Bebimos, y después de las primeras dos botellas dejé de mirar por encima de las cabezas de Sebastián y Rita, temiendo otra coincidencia, como que apareciera la errante Giselle y le hiciéramos sitio en la mesa.

—Es un trabajo precioso y un privilegio poder dedicarte a lo que te apasiona. —*Precioso*, *privilegio*, *pasión*: Paul conseguía reunir los tópicos más trillados en una sola frase—. Pero eso Mara lo sabe, y encima es buena.

Me pregunté cómo había podido atraerme, y si él y Mara habían sido más que amigos, segura de que si así era, Claudio lo sabía y no le importaba. Le gustaba sentirse parte de una promiscuidad desenfadada y descubrir las intimidades cruzadas—así las llamaba—de sus conocidos.

—Trabajasteis juntos en la decoración del castillo de Aix, ¿no? Una maravilla. ¿Te acuerdas, Fiona? Estuvimos con Yvette y Bernard.

Asentí, y ya estábamos todos en ese pasado compartido, salvo Sebastián y Rita, que, aunque en esa ocasión no iban con nosotros, habrían podido estar, porque seguían a Claudio allá adonde los invitara. La mesa se iba estrechando en una afinidad que apenas despedirnos desaparecería, y la nube del vino me tentaba a jugar con las palabras. Me daban ganas de preguntarle a Sebastián si se acordaba de cuando nos burlábamos de la labor del estilista, ese que coloca las piezas de ajedrez al revés en el tablero; o a Rita si había cambiado de opinión respecto a los decoradores que te decían cómo tenías que amueblar el salón sin tener ni idea de cómo era vivir en él.

—Siguen en el mismo sitio—dijo Claudio, inclinándose hacia mí y mirando hacia la mesa de la entrada.

—Como dos cuervos.

—Dos cuervos viejos, que pese a que no se soportan siguen juntos. Aunque ella sabe que él tiene varios hijos bastardos diseminados por la isla.

—Porque la sangre puede más que el vino—respondí con una de sus frases favoritas, y Claudio se rio, moviendo la cabeza de lado a lado.

Cuando cenábamos en las tabernas, solíamos divertirnos imaginando las vidas de los que cenaban en las mesas vecinas, un juego con el que nos sentíamos dichosos y arropados, guarecidos de otras vidas posibles que habíamos logrado esquivar al encontrarnos.

—¿Has visto a su nieta?

—¿La de la tienda?

—Cada día se parece más a su abuela.

—Y el gigante de la puerta que recibe órdenes ¿será su marido…?

—¿De qué marido habláis?—preguntó Mara, apoyando su cabecita alegre y rubia en el hombro de Claudio, que, bajando la voz, contó la historia del Cuervo y su enrevesada familia, haciéndoles reír a todos—. ¡Parece increíble! —exclamó, no sé si maravillada por la inventiva de Claudio o porque de verdad se creía todo lo que decía.

Iba entendiendo por qué él me había dicho que era absolutamente «naíf», equivocando el término y alistándola de paso en las corrientes artísticas del siglo. Teniéndola ahora frente a mí, me produjo la misma tristeza que el día que Claudio me llamó para contarme que la había conocido.

Nadie quería postre. «Son horribles», puntualizó Mara, mirando a Paul con los ojos muy abiertos. «Ya sabes que nunca tomo», respondió él, ofreciendo un conocimiento valioso sobre sí mismo, y Mara se sumó con un previsible «Así estás». Si en lugar de decorar espacios escribieran guiones para películas, no lo harían mejor; empezaba a notar la resaca que todo ello me produciría cuando me quedara a solas.

Paul aceptó la invitación para tomar una copa en el barco, al parecer liberado del trabajo que lo había tenido tan ocupado.

—Ven con nosotros al menos, aunque no bebas—insistió Claudio entre el bullicio excitado a la salida del restaurante.

—Claro, David te acompaña en un momento. No vas a volver sola…—coreó Mara.

Pero rehusé de nuevo, no sé si con malos modos por lo insoportable que se me hacía la idea de marcharnos juntos luego.

—Como quieras. Pero llámame para saber que has llegado bien—dijo Claudio con el reflejo inane de preocuparse por alguien de quien ya no te preocupas a diario.

—No tengo teléfono, ¿recuerdas?

—Cómo no. —Claudio meneaba la cabeza otra vez—. Lo había olvidado.

—Cómo no—contesté, dejando descansar el último haz de coraje sin añadir «A ti que todo se te olvida».

Me pregunté qué pensarían el Cuervo y su mujer, observándonos de soslayo desde su silencio de todas las noches. Si sentirían alguna curiosidad por las

vidas de los extranjeros y hablarían tan impúdicamente de ellas como hacíamos nosotros de las suyas.

II

Rita y yo habíamos sido muy amigas, o eso creía. Amanecí pensando en ella, y me di cuenta de que si las circunstancias no nos hubieran juntado nunca nos habríamos elegido. Si hubiéramos ido al mismo colegio, yo le habría parecido pretenciosa y rara, y habría rehuido su compañía, suponiendo que ella y sus amigas me miraban con desconfianza. No había considerado esa antipatía instintiva hasta entonces, ni cuánto tenía de condescendencia la amistad que supuestamente nos profesábamos.

Sabía que había soportado algunos episodios de infidelidad antes de que yo los conociera; ella misma me los había contado, pero nunca para distinguirse como mujer sufrida, sino para señalar que todo eso había quedado atrás. «Tienes la suerte de haber llegado cuando lo que tenía que pasar ya había ocurrido. Claudio ha sido el único del grupo en separarse y lo hizo con todas sus consecuencias. Nunca fue infiel mientras estuvo casado y no lo será ahora». Aunque ésa nunca fue una de mis inquietudes, era su manera de ponerme a salvo de lo que seguramente había sido su única preocupación con Sebastián: que pusiera en riesgo la casa familiar y la vida que habían construido con sus hijos bajo la protección de ambas familias.

No envidiarla por nada de lo que tenía confirmaba la vaguedad de mis anhelos, que ella despachaba convencida de que aprendería a deshacerme de ellos. Era precisamente esa incomprensión afectuosa lo que más me acercaba a ella, porque lo que importaba no era que me entendiera, sino que tuviera la generosidad de ofrecer su propia experiencia como contrapunto a dudas existenciales que no compartía.

Recordándola frente a mí la noche anterior, envuelta en un chal que copiaba los aires étnicos de Mara, sentí un escalofrío. Nada de lo que había compartido con ella estaba allí. Seguía pidiendo hielo para aguar el vino que ella misma se servía y reconocí el gesto de palparse la barriga cuando se descartaron los postres. «Mi cinturón militar», lo llamaba, y encajaba las reprimendas de Sebastián y las bromas de Claudio con su buen humor inconmovible. Pero

había una solvencia nueva en ella, quizá la constatación de que en el juego de las sillas musicales ella tendría siempre su asiento.

O tal vez fuera sólo que ahora sus apartes cómplices iban dirigidos a Mara y que yo, hasta el último momento, había esperado un reconocimiento de lo que habíamos compartido; que al despedirnos propusiera que nos viéramos las dos solas antes de que se marcharan y pudiéramos retomar alguna de nuestras conversaciones, aunque no fuera ya para reírnos del deseo de juventud perenne de Claudio o de cómo la deferencia arisca de Sebastián confirmaba lo que Claudio no tenía reparo en expresar abiertamente. «Todos querrían ser como nosotros», decía yo. «Querrás decir como tú», replicaba ella. «Pues como yo, y eso incluye a tu marido». Pero su desafecto me había desarmado, y reviví su cautela hacia mí como un abandono injusto y calculado.

No fui a casa de Erietta hasta la tarde, esperando que se apaciguara la zozobra que nos hace parecer o taciturnos o demasiado habladores. Erietta no estaba en el patio, tampoco en las escaleras que bajaban a la playa, y no supe si avisar de mi llegada o si era mejor volver en otro momento. Era extraño estar allí sin ella, segura al mismo tiempo de que estaba, pero sin atreverme a llamarla. Mientras vacilaba de espaldas a la casa, como si eso hiciera menos intrusiva mi presencia, oí el sonido de las cuentas de madera de la cortina que protegía el interior del calor y las abejas en las horas de más sol.

—Ya no la esperaba, pero qué alegría verla. —Erietta apareció en la entrada y fue a mi encuentro, secándose las manos en un delantal que no le conocía—. Pero qué hermoso ramo, ¿ha ido hasta la playa?

Había ido, repitiendo el recorrido y el ramo, para convencerme de que no había un antes y un después de ellos. Al entregárselo, dije que resultaba un poco absurdo llevar flores a alguien que vivía rodeada de ellas.

—El absurdo de la ilusión, nada menos, de aquello que se entrega cuando está en su máximo esplendor. Las flores del jardín precisan de nuestros cuidados, pero los ramos tienen la belleza despreocupada de aquello que está destinado a perecer. Poco podemos hacer por ellos… ¿Sabe que desde que vivo aquí nadie me había traído nunca flores? —dijo, recibiendo el ramo y acercándoselo a la cara como una novia de veinte años.

En la mesa del patio había un montón de judías verdes y, al lado, un colador abollado en el que Erietta las iba depositando según les quitaba los rabos.

—¿Puedo?

—Debe—respondió, empujando unas cuantas hacia mi lado de la mesa, y era como si oyera la voz de mi abuela cuando decía que se piensa mejor con las manos ocupadas—. Entonces ¿la cena con su marido fue bien? Su exmarido; es tan odiosa la palabra que me resisto a usarla.

Mencioné la presencia de Paul de pasada, y la coincidencia de que fuera amigo de Mara, pero Erietta lo obvió, sin preguntar tampoco por la cena para la que habíamos hecho los dolmades.

—Van a casarse… Claudio y Mara—me apresuré a aclarar.

Erietta pasó la mano por la superficie de la mesa, alisando un mantel inexistente, y pasados unos segundos me miró.

—No deje que eso la entristezca—dijo.

—No me entristece, o no el hecho en sí. Es más la sensación de ser tan fácilmente… reemplazable. —La resolución que quería mostrar flaqueaba como una vela extraviada en un cambio de viento—. Y que a nadie le importe.

—A nadie le importa, es cierto. Pero a menudo nos obstinamos en echar de menos cosas que ya no queremos. Como a su amiga Rita—añadió, orillando los sentimientos que estaban en el centro de mi ofuscación.

—No sé qué esperaba, pero esperaba algo de ella. Supongo que sentirla tan indiferente y distante me desconcertó.

—Pero eso ocurre, también con las personas a las que creíamos muy amigas. Poco a poco se van envolviendo en una reserva que al principio no notamos y que ellos mismos desmentirían, hasta que un día nos damos cuenta de que nuestra amistad sólo formaba parte del paisaje. O de que quizá había algo en nosotros que siempre les molestó.

Erietta se miraba las manos, extendidas sobre la mesa, la piel fina que las cubría como la membrana de un pato. Más bien de un cisne; si fuera un animal, Erietta sería un cisne. Parecía cansada.

—Disculpe, no le he preguntado por el funeral—dije, tentada de poner una mano sobre las suyas.

Pero Erietta las movió antes de que me decidiera, llevándose una a la sien, con un aire ahora definitivamente fatigado.

—Fue todo muy repentino, pero no inesperado. Otro día se lo contaré—dijo, poniéndose en pie y ofreciéndome un brazo para que la siguiera—. Como usted y Rita, fuimos muy amigas, pero nuestras vidas se fueron separando y ahora apenas nos veíamos. Hoy ha enterrado a su marido.

Se quitó el delantal y lo dejó en la mesa con un gesto de coquetería entrañable, como si al acompañarme a la entrada de la casa alguien pudiera verla en su ropa de casa.

—Descanse, Erietta—dije por encima de su hombro en el liviano abrazo que nos dimos al despedirnos; y con una docilidad que me sorprendió, respondió que sí, que eso haría.

Esa tarde fui yo quien esperó a que desapareciera detrás del muro de la casa, y al alejarme por el sendero, volví a tener la sensación de que había alguien más con ella.

Fue la última vez que la vi llenando aún su vestido. Cuando regresé a la casa, su rostro y sus ropas se habían vaciado, y la fuerza que antes emanaba de ella se había reducido a un brillo tenue y lejano, que aparecía en sus ojos cuando los abría, y a la leve presión de su mano, que indicaba que me oía.

Guardo un recuerdo borroso de los dos o tres días que no fui a verla. Las cosas que ocurrieron, incluso mientras las vivía, era como si sucedieran en la memoria, o como si le pasaran a otra persona y yo me limitara a absorberlas para relatarlas con desenlaces que ya estaban anunciados.

Recibí otra visita de Claudio, un día a media mañana. Quería saber cómo lo había pasado en la cena, también qué me había parecido Mara, y me invitó a navegar con ellos. Decliné, y él insistió entonces en una cena de despedida en el barco, con Paul, añadió, dando por sentado que eso sería un aliciente.

—No me cayó especialmente bien—dije—. Aparte de que ya nos conocíamos.

Claudio me miró con curiosidad, pero no se atrevió a indagar más, y en lugar de eso me preguntó si era por Rita. La misma ceguera implacable respecto a las cosas que podían dolerme de él mutaba en una percepción aguda de lo que yo podía sentir como faltas en los demás.

—Ponte en su lugar, no es fácil para ella…

—¿No es fácil para *ella*? Es cierto; en cambio, para el resto es todo tan sencillo…—repliqué con un reflejo airado. Pero no tenía ganas de discutir, y Claudio tampoco.

—Déjalo correr, y ven a cenar mañana, de despedida—insistió con tono conciliador.

—Déjalo correr—repetí con una sonrisa que me hacía sentir mejor sólo por ser capaz de esbozarla—. Iré a cenar al barco mañana, y hasta seré amable.

—¿Irás sola?—preguntó sin rastro de ironía—. Me refiero a si quieres que venga a recogerte, o David, si lo prefieres.

Le dije que no hacía falta, que aprovecharía para dar un paseo por ese lado del puerto y me reuniría con ellos en el barco. Su seriedad me resultaba desconcertante y la atribuí entonces a un golpe de nostalgia.

Lo acompañé al linde del jardín y me quedé allí hasta que me dijo adiós con la mano, de pie en la lancha, justo al cruzar la riela donde el sol partía el agua en miles de espejos burlones, enfilando el cabo hasta doblarlo y desaparecer. Cuando nos despedimos, lo hice convencida de que acudiría a la cita, y de que lo haría de un humor distinto al del restaurante, envuelta en un chal—yo también los tenía—, segura ya del terreno que pisaba. Así es cuando nos imaginamos cómo creemos que deberíamos ser y olvidamos cómo somos; no es que no veamos los obstáculos en el camino, sino que pensamos tontamente que sabremos sortearlos, como las cabras.

Estaba aún bajo el efecto de la serenidad de Erietta, de un estoicismo que me había propuesto conquistar. Me acordé de Gilles y de pronto tuve ganas de volverlo a ver. Por la tarde bajaría a hacer algunas compras, y si no me encontraba con él por casualidad en el puerto o donde amarraba su barquita, iría a la pensión en la que se alojaba y lo invitaría a dar un paseo. Incluso sugeriría fijar día para nuestra cita pospuesta. Así de fantasiosas son también las geografías cuando esperamos encontrar a las personas en los lugares donde las recordamos y nos conviene que reaparezcan.

12

El puerto era un hervidero de gente, y en la entrada de la tienda de Olympia deambulaban varios grupos de turistas matando la última hora antes de coger el ferry. Decidí dejar las compras para más tarde y enfilé el paseo hacia la playa donde había encontrado a Gilles, esquivando a los bañistas que bajaban en sentido contrario. Habían pasado más de tres semanas y la playa estaba mucho más concurrida. Si estaba el grupo de niños al que había visto jugando a martirizar al pulpo, quedaba eclipsado por otros que entraban y salían del agua

y por los adultos que ocupaban la franja de arena con un despliegue de toallas y parasoles.

La barca de Gilles debía de estar entre el enjambre de embarcaciones que se enredaban cerca de la orilla, pero no supe identificarla. Seguí cuesta arriba sin detenerme, con el mismo paso apresurado que esa tarde, cuando por motivos que ahora era incapaz de precisar su compañía me había impacientado. ¿Qué era lo que había dicho exactamente al dejarme en la playa? Tampoco eso lo recordaba con claridad, sólo algo vago respecto al placer de compartir aquello que nos gusta con las personas con las que nos gusta estar. ¿Era tan trivial como eso, y había tenido la valentía de expresarlo con tanta claridad? La timidez de Gilles, en la que apenas había reparado, ahora se me aparecía como una manifestación candorosa del deseo de compañía, y el presentimiento de una ocasión perdida se iba sumando a la contrariedad de haber aceptado algo que no tenía ningún deseo de cumplir.

Pasé de largo por la gasolinera y el campo desde el que me había asomado a la costa con Gilles, y seguí hasta doblar la última curva de subida, donde la carretera se abría en un pequeño mirador antes de iniciar la bajada.

Al fondo se veían las ruinas de la pequeña ermita que Claudio y yo habíamos visitado una mañana, y pensé que podía ser uno de los sitios a los que ir con Gilles, de camino o de regreso a la cueva, tal vez almorzar allí, observando a los turistas desganados, y luego dar un salto hasta el cementerio, donde él me contaría sus pesquisas para un libro.

Llevaba un buen rato frente al mostrador de la pensión cuando me di cuenta del malentendido: agotado su inglés rudimentario, que comprendía apenas media docena de palabras—*fully booked*, *dinner at eight*, *breakfast not included*, y el precio del resto de los servicios que se pagaban aparte—, la patrona me tendía un bloc de notas y un bolígrafo.

—*Here, yes, yes, Giselle*—insistía desde el otro lado del mostrador.

—No, no—repliqué, haciendo un gesto casi violento con las dos manos—. *Gilles, not Giselle*.

No me había vuelto a acordar de ella y ahora volvía a mí su imagen saliendo del café o, entre sombras, de la casa de Paul, porque estaba segura de que era ella a quien había visto la noche después de que no acudiera a la cita. Rechacé el bloc dando las gracias con brusquedad y al salir volví a encontrarme con los colores del atardecer. Nunca dejaban de sorprenderme por tenues y delicados,

y presentí el sinsabor de estar en un patio ajeno a esa hora. Los pájaros chillaban, alborotados en los árboles de la plaza, y uno se separó del grupo y cruzó erráticamente el cielo, como si llegara tarde a alguna parte.

¿Y si ambos, Gilles y Giselle, estaban ausentes porque estaban juntos? En el café del puerto, sin ir más lejos, tomando un frapé. Podía pasar por allí de camino al barco y replicar la escena al revés: acercarme a su mesa y unirme a ellos. La sola idea me estremecía. También la de que mis cálculos de dejar dicho en el barco que no iría al día siguiente resultaran igual de errados y al llegar al muelle estuvieran aún en cubierta, haciendo tiempo hasta la hora de salir a cenar.

Siguiendo el río de gente hacia el puerto, llegué a la tienda de Olympia, elegí una postal con la fotografía de la cueva y el barco naufragado bañados por una luz irreal, y de pie junto a la mesa de la entrada escribí: «Claudio: no cenaré con vosotros mañana. Espero que lo entiendas y que tengáis una espléndida travesía». A donde fuera. Se la entregué a Olympia con el importe exacto, y esta vez agradecí su parquedad. Ni siquiera hizo falta que sugiriera que podían llevársela al restaurante.

«Se la entregarán en cuanto lleguen».

No podía tener más de veintipocos años, pero era ya la clara sucesora de su abuelo. Lo llamó levantando la mano con la postal, y, desde la silla que ocupaba en la entrada, él hizo un gesto a uno de los hombres que hablaban de pie a su lado para que se la llevaran al *maître*. Todo estaba claro sin que hubiera mediado palabra entre ellos.

De regreso a la bahía, volví a cruzarme con el hombre de ojos claros. Subía por las escaleras con las bolsas de la compra cuando me vi de pronto frente a él. Tuve otra vez la extraña sensación de familiaridad y al mismo tiempo de impotencia por no poder hablarle. Me hice a un lado, pero en esa ocasión él no se movió. En la media luz no veía la expresión de su rostro, sólo su contorno; las orejas, como dos alas menudas junto a los pómulos, y el cuello delgado que sobresalía por encima del de la camisa blanca; lo único que resaltaba en su silueta oscura. Noté entonces el tacto seco de su mano al rozar la mía para agarrar las bolsas y, sin decir palabra, dio media vuelta y enfiló las escaleras hacia la cima.

En la puerta trasera de la casa se detuvo y alargó los brazos hacia mí para entregármelas de nuevo.

—*Efharistó*—dije, enredándome con las asas y notando otra vez la calidez de su mano.

Él me miró fijamente durante un segundo, con la expresión que nos parece ver en algunos animales cuando querríamos comprenderlos, y oí, atrapado en su garganta, un sonido ahogado. Entendí entonces que no era el idioma lo que nos impedía comunicarnos, sino que el hombre era mudo y posiblemente sordo, porque no dio muestras de haber oído la voz que desde el jardín decía: «Fiona…, ¿estás ahí?».

El hombre pasó por mi lado sin tocarme, dejando una estela de olor a heno y cabra, y en lo que me entretenía con el cierre de la portezuela salió de la isla tenue que proyectaba la luz del patio y desapareció. Supuse que por donde habíamos venido, porque desde allí el camino sólo seguía hasta la playa y luego hacia la casa de Erietta. Pero no lo vi más; las sombras de los eucaliptos se lo tragaron, en la dirección que hubiera tomado.

Paul se levantó al verme entrar y se quedó junto a la mesa donde debía de haber estado esperándome.

—Estaba a punto de irme, pero me alegra que hayas llegado—dijo mientras nos acercábamos el uno al otro—. Quería verte—añadió, dándome un beso en la mejilla—. ¿Te ayudo con eso?

—No, gracias, lo haré luego—respondí, dejándome caer en una de las sillas —. Estoy muerta.

Y así encaminamos una conversación en la que ambos sabíamos que ninguno de los dos sería sincero, él diciendo que quería verme, cuando había dejado pasar días sin buscar la ocasión de hacerlo, yo atribuyendo mi hastío al cansancio físico. Venía a decirme que al día siguiente, temprano, llegaba su exmujer Charlotte y sus hijos.

—Siempre vienen a pasar unos días cuando empiezan las vacaciones. Quería que lo supieras, por si te sorprendía.

—¿Por qué tendría que sorprenderme?

La pregunta sonó desafiante, y Paul la dejó caer sin contestarla. Encendió un cigarrillo y permanecimos un rato en silencio, separados por los aros de humo que se deshacían, uno tras otro, como los eslabones de una cadena cada vez más desfigurada.

«¿Por qué no viniste el otro día?» era lo único que habría querido preguntarle. Paul seguramente habría agradecido cualquier alusión a la cena y a la casualidad de que conociéramos a las mismas personas. Pero terminó de fumar sin que ninguno de los dos cediera.

—Supongo que irás mañana a la cena. Pasaron esta mañana para invitarme y me dijeron que estarías. —Tenía las manos sobre las rodillas, como si estuviera a punto de levantarse, pero también dispuesto a quedarse si la conversación tomaba otro giro.

—Pensaba ir, pero no me veo con ganas—respondí, y apenas decirlo lamenté mi franqueza, no porque eso le decidiera a ponerse en pie, sino por haber dejado ver más de lo que quería.

—En fin, yo tampoco iré. Eso quería decirte también, por si te extrañaba. —Su presunción me hizo reír, como el alivio de constatar que lo que yo mostrara de mí era lo que menos le interesaba—. No quiero dejar a los niños y a Charlotte solos la primera noche.

—Podrías ir con Charlotte y dejarlos conmigo.

Me pareció que la sonrisa inescrutable de Paul se quebraba, pero fue sólo un instante. Se atusó el pelo y respondió que eso sería excesivo.

—Quién sabe—añadí en voz baja, agarrada a los restos de la nave que se hundía dentro de mí, deseosa de quedarme a solas, abrigada por las olas hasta que amaneciera y fuera un bonito naufragio del que nadie recordaría los pormenores.

—Nos vemos por aquí, cuando todo haya pasado—dijo, enganchando los pulgares en el borde de los bolsillos.

Y contesté que sí, maravillada por su habilidad para deslizarse sobre las palabras sin decir nunca nada que pudiera comprometerle.

Lo mío era pura supervivencia, lograr contener un minuto más las preguntas que brotaban como zarcillos inconvenientes. Gracias a ese golpe de verdad evité al menos acompañarle a la puerta sin decir un último y deportivo «Cuando quieras».

—¿Has visto alguna vez a un hombre alto y delgado que nunca habla?—pregunté cuando ya estaba casi en la entrada.

Paul se detuvo un segundo y, sin darse la vuelta, girando sólo la cabeza hasta quedar de perfil, respondió que no. Oí el chasquido de la puerta cerrándose detrás de él y en el silencio que lo siguió, alto y claro, percibí el vanidoso

equívoco. Paul había interpretado mi pregunta como un pretexto para retenerle.

No sé cuánto tiempo permanecí sentada en el mismo sitio, pero cuando entré en casa había pasado el suficiente para sentir frío pese a ser una noche calurosa, como todas en la isla. Era el mismo frío que esa tarde invernal que me despedí del jardín; mi jardín francés, plantado en hileras y rectángulos, las plantas aromáticas encerradas en enormes cuadrados de hierro.

Recordé la pregunta de Aggeliki, si no era raro cuidar una casa en la que sabías que no te quedarías. Ahora habría podido responderle que sí lo era, pero que esa extrañeza era una parte ineludible de algunas vidas.

Mientras la noche se iba cerrando a mi alrededor, fui sumergiéndome en las noches de mi infancia y primera juventud, las únicas de las que nunca me había ido, envuelta por el canto de los grillos y la dulzura aterciopelada que desprendían los tiestos de petunias y dondiegos de noche, la promesa de todo lo que estaba por llegar. Entonces nunca me impacientaba con mis fantasías, porque nada las contradecía. Si tardaban en cumplirse era por la falta de libertad que me imponían mis padres o por la distancia que me separaba de un amado aún desconocido; tampoco con las palabras de mi abuela cuando me decía que nos pasamos la vida saliendo a buscar lo que ya estaba, pero que eso no debía impedir que gozara de mi juventud.

Lo más valioso nos es dado: mi padre lo había aprendido de ella.

Habría dado mi mejor año de vida por que alguien a quien pudiera creer me dijera que aún era muy joven, que me repitiera lo que ella solía decirme y que hasta esa noche, sola en una isla ajena, no entendí. Por más que buscara, siempre volvería al lugar en el que había sentido que la felicidad era posible sin saber que ésa era mi fortuna, y al darme cuenta de lo mucho que lo había añorado mi único deseo sería que siguiera allí, como lo había dejado. Lloré como una niña por todas las cosas que no había llorado en años, por esa mujer en la que sin darme cuenta me había convertido.

Vi la luna alta en el cielo, y era otra vez la misma que aparecía cuando, sentada en el tejado, las rodillas apretadas contra el pecho, oía que me llamaban a cenar. Contaba mis pasos sobre las tejas, pronunciando el nombre del chico que me gustaba entonces en cada una de ellas, y me sentaba a la mesa

con los pies manchados de cal, soñando aún y contrariada, porque esa noche no quería otra compañía que no fuera la añoranza del porvenir.

Noté la bolsa con las compras a mis pies, mi cena, y pensé en Erietta saliendo con el delantal de la cocina, donde estaría preparando la suya. Al día siguiente a esa hora, Paul estaría en casa, celebrando la llegada de sus hijos, y yo los vería desde allí, sentados alrededor de la mesa, bajo la luz amarilla que los sacaba de las sombras. Me llegarían sus risas y el ruido de los platos cuando se levantaran para recoger; luego él y Charlotte se quedarían fuera fumando y bebiendo mientras los niños exploraban los alrededores de la casa o se peleaban por la cama que ambos preferían.

Tenía razón Erietta al decir que nos obstinamos en echar de menos cosas que ya no queremos. También Gilles al hablar del placer de compartir aquello que nos gusta con las personas que nos son gratas, y Aggeliki, al expresar cándidamente lo que otros debían de estar pensando sin decirlo: «¿Qué hace esta mujer tan lejos de todo, empeñada en hacer suyo un lugar al que no la une nada?».

Es lo que transmitía la mirada del hombre que me sobresaltaba en los caminos, arrancándome de mi ilusión de estar volviendo a alguna parte. Esos ojos a la vez atemorizados y fríos, su silencio obligado y el vagar de quien no tiene casa, algo que yo presuponía, no porque así fuera, sino porque no lo había visto nunca de otra forma que no fuera a la intemperie, solo y apresurado. Y su olor no era en verdad a heno y rebaño; también eso era una mezcla que pertenecía a mis recuerdos de las construcciones de piedra por las que pasábamos cuando salíamos a pasear por el campo con mi abuelo.

«No entres—solía decirme, adelantándose a la curiosidad que me provocaban los antiguos refugios para las ovejas hechas a mi escala—. Ahora están desocupados, pero allí donde ha habido ganado siempre hay pulgas y garrapatas».

Al cruzarme con él, había reconocido el tufo lanoso de las ovejas, pero no olía a heno: allí las cabras dormían al raso; lo que lo suavizaba era el olor a ropa limpia y asoleada, el mismo que salía de los patios de las casas en las calles traseras de puerto y del delantal de Erietta cuando se secaba las manos. Con la intensidad de las noches de insomnio, todo lo vivido en aquel lugar regresaba en una sucesión de instantes precisos y desordenados; y en la misma sucesión cayeron mis fantasías de adulta, como las escamas de un pez raspado por el cuchillo del pescadero.

Otra molesta metáfora marina, como no podía ser de otra manera. Porque allí, entre los recuerdos felices de mi infancia y juventud, antes de mis años con Claudio en los mares que él elegía, estaba el presente que me esforzaba por reconstruir.

Un amigo solía decirme que lo que me pasaba era que yo nunca había cruzado el espejo. «Lo quieres todo, navegar en una embarcación cómoda y que las conversaciones versen sobre la *Odisea*, y que todo te devuelva una imagen halagüeña». Esas palabras a las que no había dado importancia resonaban ahora con una insistencia sorda, entrelazándose con las de Claudio: «¿No te has preguntado nunca por qué siempre te fijas en los perdedores?». Mi «fascinación por lo estrambótico», así lo llamaba, recalcando esas dos palabras que yo odiaba con una voz sabia y pausada, a punto de rasgarse en una risa indulgente.

Pero ahí estaban mis perdedores, yo junto a ellos, despojada de mi disfraz, sus escamas desechadas tragadas por un agua oscura, y en la superficie, una presencia. Esa soledad era la única imagen que me devolvía el espejo.

Los sonidos de la noche me envolvían, claros y por separado. Las notas intermitentes de un grillo junto al muro, el chillido de una lechuza atravesando la negrura de los pinos, el aire que corría entre los tamarindos que me separaban de la playa y el lamer monótono del agua ganando la orilla y retirándose de ella. Las lucecitas dispuestas en algunos puntos del sendero, no resiguiéndolo, sólo iluminando sus recodos, me hicieron comprender qué era lo que tanto me había gustado de ese jardín al verlo la primera vez desde la playa. No era un jardín como los de allí, como los de cemento y piedra, en el que las plantas crecían en macetas. En ese jardín nacían directamente de la tierra, en ramos ordenados pero distintos todos, como en las estampas iluminadas de los cuentos de mi infancia y en los jardines que había visitado con mi madre cuando viajaba con ella a Inglaterra.

Era un jardín inglés, sólo que no olía a tierra húmeda y a madera, sino a tomillo, a citronela y a mar; y me recordaba a mi madre, cuando en esos viajes respiraba la abundancia comedida de su país, que a la fuerza debía de añorar viviendo lejos de él.

No recuerdo irme a la cama, sólo que me dormí enseguida, acunada por otros recuerdos más lejanos a los que se sobreponían las conversaciones con Erietta en la sombra de su patio. Pensar que al día siguiente la vería me

confortaba, como de niña lo hacían las palabras de mi abuela, y ahora mi nombre extranjero, el que me puso mi madre.

13

Vemos las cosas con los ojos del rostro, pero también con los de la imaginación. Confundimos algunas, otras nos las figuramos sin haberlas vivido. A la mañana siguiente, desde la ventana de la cocina, miré la casa de Erietta y la vi con más claridad que si hubiera estado allí con ella. Había vuelto del baño y acababa de cambiarse el albornoz por uno de sus vestidos. Luego entró en la cocina y vertió el agua en la tetera de loza azul justo antes de que hirviera; en lo alto de la escalera que subía desde la playa se había detenido para expurgar las hojas muertas de las hortensias, y mientras lo hacía notaba que la umbría de los pinos le enfriaba los huesos bajo la piel aún húmeda.

Seguía los movimientos de Erietta como había hecho la primera mañana que la observé, llenando el jardín vacío y la casa que nunca había visto por dentro con los hábitos que imaginaba tras aquellos que conocía.

En la casa de Paul sí había movimiento. La mesa del patio estaba puesta para el desayuno; un niño y una niña correteaban por la orilla y la voz de Paul los llamaba desde el interior. Vi salir a su madre, que con la cafetera y un libro se sentó en la silla de cara a la vista mientras Paul entraba y salía varias veces antes de dar un salto hasta la arena para hacer obedecer a los niños.

—¿No me habéis oído? Venga, a la mesa. —Su voz sonaba forzadamente aguda, como si en vez de mandarles les suplicara.

Persiguió al niño, que se escabullía retando al oleaje manso y a su padre, y cuando lo alcanzó lo agarró con el brazo y se lo colgó a la espalda boca abajo.

—¡Yo también, papá; yo también quiero!—chillaba la niña, metida en el agua hasta la rodilla.

—¿Tú también?—La respuesta de Paul también era un chillido, aunque su tono amenazante quisiera imitar el de un ogro. Se adentró unos pasos en el agua y agarró a la niña bajo el brazo que le quedaba libre—. ¡Tú ya pesas demasiado, princesa!

—Niños…

Sólo cuando Paul remontó trabajosamente el escalón del patio con su carga oí la voz de Charlotte bajo el sombrero de tela que le cubría la cara. El pareo anudado a la cintura dejaba ver un muslo ancho, y con la punta del pie movía la chinela roja como si quisiera dejarla caer para luego recuperar el equilibrio antes de que lo hiciera.

Sentados al fin alrededor de la mesa, envueltos en sus toallas de rayas, los niños querían otra cosa, y Paul entró a buscarla mientras Charlotte se servía el café. Había algo humillante en su transformación. La cautela que había mostrado conmigo me resultaba ahora igual de disuasoria que sus movimientos nerviosos, en contraste con la indiferencia deliberada de la madre de esos chiquillos consentidos. Como había ocurrido la primera noche, Paul era lo que mi imaginación sobreponía a él, y ahora reconstruía su vida sobre el cuadro de figuras cuyas expresiones no alcanzaba a ver, pero que ponía en evidencia aquello que su aparente discreción ocultaba.

Paseé hasta la parte del jardín desde la que mejor se veía la casa de Erietta. Distanciada de la decepción que me había causado la falta de atención de Paul, podríamos hablar sin rencor de las debilidades humanas, las nuestras en primer lugar, sin alusiones demasiado particulares. Impaciente por compartir el cambio que había obrado en mí la visión de Paul corriendo de arriba abajo para que todo estuviera bien—¿bien para quién, para la mujer de muslos anchos acostumbrada a que la sirvieran?—, decidí no esperar hasta la tarde, mi hora acostumbrada de visita. Dejé la taza en el fregadero y, con los tomates que no había tomado en la cena y un manojo de orégano, enfilé el sendero hacia su casa.

Pero no la encontré, como esperaba, en el patio o saliendo enseguida al llamarla. Se oían voces en el interior y ninguna era la suya; reconocí la de Aggeliki, que sonaba extraña en la lengua en la que aún no la había oído hablar. Discutían, me dio esa impresión, como sucede a menudo cuando uno oye hablar deprisa en un idioma que no entiende. Apartando un poco la cortina, me asomé al interior oscuro, en el que apenas distinguí una mesa y dos sillas a contraluz antes de que Aggeliki saliera a mi encuentro.

—Erietta está en el hospital—dijo, plantada frente a mí en el umbral.

Me rodeó la cintura con los brazos, haciendo sonar las cuentas de madera, y permaneció así unos instantes; luego se apartó, enderezándose como un junco que recuerda su postura después de una ráfaga indeseada.

—Se la llevaron anoche. Ha tenido…—dudó unos instantes, preguntó en griego a quien se movía en la estancia contigua a la cocina y añadió—: Un infarto. ¿Sabes?, cuando la sangre no llega bien al cerebro. —Cambiaba el peso de un pie al otro y su rostro reflejaba el más absoluto desamparo.

La llevé hasta el banco anexo a la pared de la casa y la senté en mis rodillas. Primero miraba al frente, pero su rigidez se fue aflojando hasta apoyarse contra mi pecho y dejar descansar los brazos sobre el regazo.

—¿Cómo fue?—pregunté, apartando el mechón de pelo que me impedía verle la cara.

—No sé, le pasó por la noche cuando estaba sola. Dicen que se golpeó la cabeza y que quizá eso haga que tarde más en despertarse. Pero que se pondrá bien. Lo hará, ¿verdad?—dijo, volviéndose hacia mí.

No se me ocurrían más que vaguedades, y veía ante mí el rostro de mi abuela, pálido y encogido como una granada caída del árbol antes de tiempo en el funeral de mi abuelo.

—No quiero que le pase nada malo. Sé que no es nada mío, pero la quiero más que a nadie en el mundo.

—Lo sé—respondí, incapaz de encontrar las palabras que expresaran que la entendía, aunque para mí no pudiera representar aún todo lo que era para ella.

Las voces del interior fueron aproximándose, se detuvieron cerca de la puerta, y una de ellas llamó a Aggeliki, que se deslizó reacia al suelo y entró. Dos hombres le preguntaban y daban instrucciones al mismo tiempo; la niña contestaba con monosílabos y, cada tanto, con una frase más larga que parecía explicativa. Los dos hombres salieron discutiendo y, detrás de Aggeliki, un tercero, al que reconocí por su forma de andar.

—Se preocupan porque Erietta no tiene familia—dijo la niña cuando dos de ellos desaparecieron detrás de la casa—. Como si fuera culpa suya.

Había recuperado el estoicismo que mostraba el día que la conocí, y el filo de impaciencia con sus semejantes que le había visto a Erietta.

—Te tiene a ti—dije, y otra vez parecía yo la niña, sorteando las adversidades sin medir bien los límites del coraje infantil.

—Y a Giorgi; él sí es familia. Aunque para esos hombres no cuente. —Dudó barriendo el patio con la mirada. Giorgi, si era el hombre al que había reconocido, el que me cruzaba en los caminos y que no hablaba, había desaparecido por otra parte, pues no iba con los que acababan de marcharse—. Y a ti—añadió, midiendo las palabras—. Porque vendrás a ayudarnos, ¿verdad?

Respondí que sí y que me quedaría todo el tiempo que hiciera falta, y así permanecimos, muy juntas, de cara al mar, hasta que los gritos de los hijos de Paul en el otro extremo de la playa nos sacaron de nuestras cavilaciones. La mañana que conocí a Aggeliki había dicho que no le gustaba la compañía de los otros niños, y ahora entendía por qué.

14

Erietta estuvo ingresada tres días, y la dejaron ir con instrucciones estrictas de que guardara cama hasta que el médico considerara que podía volver a valerse por sí misma, si es que ese momento llegaba. En el muelle la esperábamos Aggeliki, Giorgi y yo. El conductor del taxi nos ayudó a trasladarla de la silla de ruedas al asiento trasero del coche sin mediar palabra, y cuando en el embarcadero fui a pagarle, negó con un gesto de la mano, indicándome que alguien ya se había ocupado de ello; y así bajamos del coche, Erietta apoyada en el brazo de Giorgi, Aggeliki y yo siguiéndolos, en un cortejo lento y silencioso hasta la casa.

Era la primera vez que entraba en ella, sin que Erietta hubiera tenido ocasión de invitarme a hacerlo. En el dormitorio acerqué al cabezal la única silla que había y me di cuenta de lo poco que en verdad sabía de ella.

Por el ventanuco entraban los rayos de sol filtrados por las hojas de un limonero igual al que había frente a la ventana del mío. Allí se acostaba para dejar fuera la noche y veía amanecer todas las mañanas. Alguien había dispuesto un jarro de agua y un vaso en la mesilla de noche, seguramente Aggeliki, y sobre la abertura del jarro había un recuadro de lino bordado con una flor azul. Colgados en las paredes encaladas había tres más enmarcados, con distintos motivos de plantas y pájaros.

Me levanté para verlos de cerca, con cuidado de no despertar a Erietta, que parecía haberse quedado dormida. Pero al oír el crujido de la silla abrió los ojos, y tras unos segundos de confusión al verme allí, alisó la sábana que la cubría hasta la cintura y dejó escapar un suspiro.

—Me habría gustado enseñarle la casa en otras circunstancias, pero está visto que casi nunca nos es dado elegirlas; y ahora ya sabe cómo ocupo mis horas— dijo, alzando una mano hacia los cuadritos enmarcados.

—Mi madre desistió de enseñarme a bordar. Era demasiado impaciente; yo, no ella.

—¿Era inglesa?—preguntó—. También la mía—dijo antes de que yo respondiera, y volvió a cerrar los ojos—. Ella también se impacientaba conmigo. «No entiendo tu vida», solía decir. Yo tampoco entendía la suya. No soportaba a los griegos; sin embargo, se casó con uno. Aunque nunca vivimos aquí. Mi padre era el primero en decir que era imposible. «Vagos y tramposos hasta cuando duermen», nos recordaba mi madre todos los veranos. «Pues habrá que conformarse con vivir en un país de ornitólogos aficionados y coleccionistas de sellos», replicaba él para fastidiarla.

Erietta permanecía con los ojos cerrados, pero su expresión mudaba ligeramente cuando representaba las de los personajes que cobraban vida tras sus párpados.

—No era difícil provocarla. Papá lo hacía a todas horas, y yo, resistiéndome al orden que ella quería imponernos, incluso en verano. «Puros salvajes», decía él. «No como tú, que prefieres los pájaros de hilo a los que vuelan ahí fuera». Cuando mi padre le hablaba así, mamá se retraía, y no sé si entonces a él le apenaba haberle mostrado que ella era la causa de su propio invierno. Nunca sabemos… Más que hablarse, mis padres se escribían, y eso era para mí un misterio, como lo era que mi madre postergara el momento de abrir las largas cartas que él le enviaba cuando viajaba. Los pequeños sobres azul pálido podían permanecer días en la bandeja de plata donde dejaban el correo, pero la carta de mi padre era siempre la primera. Yo vigilaba que no quedara enterrada bajo las otras. También mi madre; cuando revisaba las cartas que habían llegado ese día, ponía la de mi padre encima del resto. Las leía a solas, sentada al secreter de su dormitorio. Una vez la sorprendí oliendo las flores cuidadosamente prensadas entre los folios. «¿Las reconoces?», me preguntó, acercándome el tallo marchito salpicado de diminutos puntos blancos. «Huelen a miel», dije yo. «Y a amores antiguos», respondió ella, colocándolas en el sitio exacto donde habían dejado su huella amarillenta en el papel. «Eso dice tu padre, que es la flor de los enamorados». Lo que abultaba en las cartas de mi padre eran alisos. Desde ese día, cuando nadie me veía, las olía para asegurarme de que seguían desprendiendo el olor dulce y silvestre de los amores que no mueren.

Las manos de Erietta se crisparon alrededor de la sábana y luego se aflojaron lentamente, como si despertaran de un sueño.

—Encerradas con nuestros pájaros y flores de hilo. Al final acabé aprendiendo a coser para remendar la ropa de Giorgi. —Al decir su nombre, Erietta abrió los ojos y trató de darse impulso con los codos para levantarse—. Ya lo has conocido—dijo al mirarme. Si no hubiéramos hablado en inglés, esa habría sido la primera vez que me tuteaba.

Pero no fue Erietta quien me habló de Giorgi, sino Aggeliki, una mañana que llegamos las dos a la vez para hacernos cargo de las cosas de la casa. Al entrar en la cocina, Giorgi, de espaldas a nosotras, fregaba los cacharros de la noche anterior. Su cuerpo largo, encorvado sobre el mármol gastado del fregadero, se mecía al ritmo del murmullo apagado que quería ser las notas de una tonada. Al tocarle Aggeliki el hombro, se sobresaltó, dejando caer la tapa de la cazuela. Dudó unos segundos antes de terminar de enjuagarla y dejarla a toda prisa en el escurridor, y luego hizo lo mismo con las dos cucharas y los platos de loza.

De pie con el trapo en la mano parecía confuso, con la cabeza gacha para no topar con la viga que reseguía la encimera; tenía la mirada de un pájaro atrapado y sus ojos iban de Aggeliki a la puerta, esperando algún signo que le indicara qué hacer. Ella le habló suavemente, cogiendo el trapo que colgaba de su mano inerte al final del brazo lampiño y moreno por el que la manga de la camisa había resbalado después de dejar los platos. Giorgi pasó junto a mí, escurriéndose para evitar el contacto como hacía cuando me cruzaba con él en los caminos, pero esta vez el olor a ropa limpia vencía a los de animal y campo.

—No está acostumbrado a las personas—dijo Aggeliki a modo de explicación, pero sin ánimo de justificarle—. Prefiere los animales, como yo. Bueno, excepto algunas—añadió mientras vaciaba el contenido de la bolsa de malla que llevaba colgada del hombro y dando por sentado que yo entendía que estaba entre ellas. Le pregunté si vivía allí y Aggeliki me miró sorprendida —. Claro, es su hijo. Creía que lo sabías.

Aggeliki terminó de ordenar los recipientes de comida, colocó la fruta en la fuente en la que Erietta guardaba los limones y, tras comprobar que todo estaba en su sitio, levantó la tapa de la tetera que había quedado por lavar junto al fregadero.

—Queda un poco, ¿te apetece una taza?—Como Erietta, sin esperar a que yo respondiera, puso dos en la mesa y lo sirvió con una destreza asombrosa—. Siéntate. Erietta duerme, nos llamará cuando nos necesite.

Aggeliki me acercó el tarro de miel, asegurándome que el té mejoraba mucho con un poco de dulce y removiendo el suyo para que la pasta cobriza se disolviera.

—La hace Giorgi, sabe mucho de abejas. Erietta está segura de que habla con ellas, por eso nunca le pican. La gente lo toma por tonto, pero no lo es; es sólo porque es mudo.

—¿Por eso no fue al colegio?—pregunté, acordándome de la conversación del primer día.

—No sé. Erietta nunca me lo ha contado—respondió Aggeliki—. ¿A ti te gustaba ir? A la escuela, me refiero.

—Sí, me gustaba. Pero yo no vivía en un lugar donde pudieran tentarme otras cosas. —Aggeliki, que apuraba los restos de miel del fondo de la taza con la cuchara, levantó la vista con curiosidad—. Cuando tenía tu edad, me parecía que lo que pasaba en los libros era más emocionante que lo que sucedía en la realidad. Vivía en una casa con muchos libros y todos leían.

Aggeliki se quedó pensativa, sopesando lo que acababa de contarle.

—En casa de los padres de Erietta también era así. Siempre dice que ella aprendió muchas cosas de los libros, y que enseñó a leer a Giorgi. No sé por qué no trajo casi ninguno cuando se mudó aquí. —Vaciló unos instantes, como si hubiera delatado una sospecha indebida—. Quizá porque cuando ya sabes suficiente no hace falta leer más.

—Puede ser. O quizá porque hay una edad en la que las cosas se aprenden más fácilmente. Mi padre solía decírmelo a menudo, y yo no entendía muy bien a qué se refería. Pero con el tiempo he descubierto que tenía razón.

—Eso es justo lo que me dice Erietta.

Aggeliki recogió las tazas y, con ellas en la mano, volvió a asomarse al dormitorio.

—Está despierta—dijo en voz baja—. Entra, estará contenta de verte—añadió, haciendo correr el agua en el fregadero.

Como otras veces, volvió a asombrarme la sencillez con que ejecutaba aquello que convenía hacer en cada momento, como si desde una edad muy temprana se hubiera esperado eso de ella, y pensé que sería hermoso ver cómo se iría resolviendo la tensión entre las fuerzas en apariencia opuestas de su resignación y su rebeldía.

Erietta se había incorporado y miraba plácidamente por la ventana. Me detuve un instante en la puerta, consciente de algo que entonces no identifiqué

y que tampoco sabría definir con precisión ahora. La visión inversa que había tenido hacía un instante con Aggeliki: la de Erietta en un pasado lejano, cuando todo lo que ahora se condensaba en el aplomo de sus gestos y su mirada estaba aún fragmentado en distintas pulsiones.

—Una vez tuve un pretendiente que me regaló una camelia. Era un bonito ejemplar, me llegaba más arriba de la cintura y estaba llena de capullos que prometían flores muy pronto. Sabía lo mucho que me gustaban las plantas y quiso regalarme una que floreciera de año en año.

Erietta hablaba sin apartar la vista de la ventana, pero se había dado cuenta de mi presencia. No eran los devaneos de una anciana distraída: hablaba para ser escuchada. Sus dedos se movían levemente, acompañando el ritmo lento de las palabras como si flotaran sobre las teclas de un piano.

—«Así tendrás flores todo el invierno, y cada vez que se abra una tendrás que acordarte de mí». Me dio tanta lástima cómo lo dijo, como si supiera que su única esperanza era la constancia de la espera. Las elecciones de la juventud son tan caprichosas; en el fondo, tan crueles… No consigo recordar cómo se llamaba…—El aleteo de sus dedos se aceleró, tratando de alcanzar el nombre que la eludía—. No consigo recordarlo. Pero las flores nunca se abrieron. Permanecieron cerradas como puños hasta que, muertas antes de nacer, cayeron a la tierra. También me regaló el libro de poemas. Está allí, en la estantería. ¿Te gusta la poesía?—Yo seguía de pie en el umbral y se volvió para mirarme. Me acerqué a la estantería, pero antes de darme tiempo a responder añadió—: No importa. Dime primero cómo te fue a ti con tus pretendientes. Cuando te dejé, tenías unos cuantos que te rondaban. ¿Llegaron a traerte flores? Espero que no tuvieras que ponerlas tú todas. Tal como está el mundo, no me sorprendería.

Sonreí con el libro en la mano, aliviada de ver que se acordaba de todo y de que su sentido del humor permanecía intacto, y respondí que Paul no se había presentado.

—El artista del vacío, nada menos… Solía decirse que los marchantes eran artistas frustrados; cualquiera diría que los términos se han invertido y que el artista es ahora un comerciante disfrazado.

Obedeciendo a los golpecitos de su mano en la cama, me senté a su lado. Erietta me escuchaba, concentrada en mis explicaciones, interrumpiéndolas cada tanto con una pregunta: «¿Cómo dices que era el chal de tu amiga? Pero,

dime, de verdad, ¿qué impresión te causó la nueva mujer de tu antes marido? Y ese hombrecito, Miguel o Sebastián, ¿qué fue lo que te dijo al despedirse?».

Al cabo de un rato me di cuenta de que nos reíamos como dos niñas; sus inquisiciones sacaban a relucir el aspecto más cómico de la historia, no sé si intencionadamente, pero, en cualquier caso, de forma efectiva.

—¿Sabes?, no hay mejor antídoto contra la nostalgia que volver a las situaciones que la provocan—dijo Erietta, dejándose caer sobre los almohadones y cerrando los ojos con una sonrisa complacida—. Por no hablar de las personas. Nada como verlas para recordar cómo son y dejar de soñar con ellas.

—¿De qué has sentido nostalgia tú?

Por un instante temí que la pregunta, hecha tan directamente, le molestara, pero prosiguió, como si también ella se situara fuera de su propia historia.

—De muchas cosas, pero en el pasado. Ahora sólo quedan las que no tienen remedio, y ésas está bien que permanezcan, forman parte de la vida. De mi padre; siento una añoranza inmensa de su presencia, de sus manos cuando me agarraba por los hombros para decirme algo que consideraba importante que entendiera. No eran consejos, más bien una necesidad de mostrar algo que había descubierto y quería legarme. Echo de menos la certeza de importarle a alguien cuya felicidad dependa en buena medida de ser correspondido.

Alisó la colcha con la mano, cerca de donde yo tenía la mía, pero sin llegar a tocarla, como si buscara a tientas la seguridad de la que me hablaba, con cuidado de no perturbar a aquellos que la habitaban.

—Mi madre era muy distinta…—Dudó unos segundos, buscando las palabras justas sin delatar los sentimientos encontrados que latían visiblemente tras su rostro sereno pero ahora grave—. Era dura—dijo al fin—. Con todos, pero más con las personas a las que quería. Carecía de ese apego a la vida, a lo que la rodeaba, y eso la hacía parecer… fría—agregó tras otra pausa—. Por eso se agarraba a las pequeñas cosas cumplidas, a aquellas que le hacían sentir el tiempo bien aprovechado. Si una no lo siente del todo feliz, que al menos el tiempo que pasa no lo haga en vano. Con los años lo he entendido, y que de ahí venía su aparente intransigencia con los que vivíamos cerca de ella. Pero sé que no te resultará extraño.

Sonrió de una manera que dejaba ver que podía estar aludiendo a cualquiera de las dos, y sentí esa reciprocidad como un lazo que nos unía. Yo seguía sosteniendo el libro y alargó la mano para que se lo diera.

—Mi pobre pretendiente decía que la mujer que había escrito esos poemas le recordaba a mí. Quién sabe, quizá entonces me parecía a ella—dijo, oliendo la tapa de cuero bermellón—. De eso también tuve nostalgia durante un tiempo; de no ser ya la mujer que habría podido escribir esos versos. Pero al no verlo más, no hubo ocasión de aclararlo. —Y dejando reposar el libro sobre el pecho sin abrirlo, añadió—: Y yo he acabado pareciéndome a mi madre.

Erietta se quedó callada; había vuelto a cerrar los ojos y dudé de si se habría quedado dormida. Me levanté para ver qué otros libros había en el estante. Eran sólo tres: la tragedia *Antonio y Cleopatra*, una biografía de san Francisco, ambos encuadernados en piel con los bordes de las páginas bañados en oro, y una edición ilustrada de las *Fábulas* de La Fontaine, tan usada que algunas de las páginas se soltaban al hojearlo.

Allí estaban, protegidas con papel de seda, las láminas a color del cuervo y la zorra, la de la encina y la caña, y en blanco y negro algunos pasajes intercalados en el texto. Las rimas evocaban la voz de mi abuela recitándolas, y luego, después de cerrar el libro, su mirada encendida animándome a repetirlas de memoria. Así había empezado a aprender francés, y hasta hoy las palabras que me suenan menos extrañas en esa lengua son *renard* y *corbeau*, precedidas del *maître* que tanto nos hacía reír.

—Son tan pocos…

Cuando oí la voz de Erietta había terminado de leer la fábula del cuervo y la zorra y me encontraba absorta en una de las láminas, en la que había un racimo de uvas doradas como las que recogíamos al final del verano.

—Pero no fue siempre así. Cuando regresé para quedarme, vine con una maleta llena. Ése era su favorito—dijo, señalando las *Fábulas*—. No se cansaba nunca de mirar las ilustraciones. Se impacientaba mientras yo le leía, apartándome las manos para pasar a la página donde estaba la que correspondía a esa parte de la historia. Siempre fue un niño impaciente, salvo con los animales. Podía pasarse horas al pie de un árbol observando las idas y venidas de los pájaros, esperando a que vinieran a comer de su mano. Y, como Aggeliki ahora, quería cuidarlos cuando se caían del nido.

Los ojos de Erietta traslucían una tristeza nueva mientras recordaba. Me senté a su lado y al poco apareció Aggeliki. Se acercó a la cama y, sin decir nada, retiró una de las almohadas con cuidado. Erietta levantó la cabeza

dócilmente, arreglándose el pelo con el mismo gesto que le había visto al recogerse el moño después de salir del agua.

—¿Está Giorgi contigo?—preguntó.

—No, ya se fue. Pero ha desayunado—respondió Aggeliki—. Y volverá por la tarde. Descansa mientras; yo me quedo contigo si quieres.

Erietta asintió y, volviendo la cabeza hacia la ventana, cerró los ojos.

—Léele el poema «A una joven…»—dijo—. No me acuerdo del título exacto, pero lo encontrarás. Asegúrate de que lo leéis juntas. —Y sus manos se aflojaron sobre el volumen para que Aggeliki lo retirara.

15

No recuerdo si fue esa misma tarde o uno de los días siguientes cuando, al llegar a casa de Erietta, no entré enseguida. Desde su caída, los días habían adquirido un ritmo nuevo. Seguía nadando a primera hora de la mañana, y cuando dejaba a Erietta, solía quedarme en la playa hasta pasada la hora de la comida. Antes de volver a su casa, daba un largo paseo, bien hacia la playa de guijarros que quedaba al otro lado de la colina, bien por el camino que arrancaba desde el embarcadero de la casa de Paul.

Después de la cuesta inicial, el sendero se abría hacia unos olivares donde a esa hora daba el sol de tarde. Los veranos anteriores nunca salía a pasear en esa dirección, por esos hábitos que una adquiere de regresar siempre a los mismos lugares. No sentía, en cambio, ningún deseo de ir al puerto o de recorrer la carretera hasta el cementerio, mis itinerarios habituales. Los rehuía de manera instintiva, aunque hacía días que Claudio y sus invitados se habían marchado.

Dejó una última nota para mí en la tienda de Olympia: «Sentimos no verte la última noche. Sé que seguramente estarás dolida por la actitud de Sebastián y Rita. No se lo tengas en cuenta. Puede que sea culpa mía, te lo explicaré a la vuelta».

Su mensaje me había intrigado al principio. Claudio no tenía por costumbre culparse de nada, pero el misterio fue mudando en una vaga aversión; en el sentimiento de que, por algo dicho con una intención que había caducado, el afecto que hubiera podido quedar de los años que había compartido con ellos se había truncado irremediablemente.

Ella es así, siempre lo supimos. Podía imaginar a Rita diciendo algo parecido; manifestando un juicio sobre mí que nadie había expresado, pero que el encuentro en el restaurante confirmaba. Éste aparecía de manera fortuita, como el estribillo de una canción pegajosa que nunca nos gustó; cuando pasaba por la parte trasera de la casa de Paul y veía la ropa tendida en el lavadero, o cuando entraba en el jardín y presentía el desajuste de estar ocupando la casa de otro; una casa que no habría podido permitirme si Claudio no me hubiera dejado un dinero después de separarnos, como si ellos supieran algo de mí que yo misma ignoraba.

Bajo el ritmo regular de mis pasos sobre la tierra reseca latía la pregunta de por qué había cambiado la isla de mi infancia por esa otra a la que no me unía ningún lazo de pertenencia. «No sé por qué tienes que irte siempre tan lejos…». El eco de las palabras de mi madre, en las que percibía un trasfondo de amargura, retornaba entonces como una pregunta mía. ¿Por qué tanta lejanía?, ¿de qué huyes? Eso parecía decir ella sin decirlo, lamentando quizá su propia renuncia. Sus interrogantes, aunque justos y bien intencionados, nunca me habían servido de nada, pero al entrar en casa de Erietta me di cuenta de que me hacía las mismas preguntas que solía hacerme ella, y que me costaba distinguir su voz de la mía.

Los tiestos estaban húmedos; Aggeliki habría regado, como hacía todas las tardes cuando el sol bajaba. Habíamos establecido una rutina tácita para que Erietta no estuviera nunca sola. Yo acudía por la mañana, cuando Aggeliki ya le había dado el desayuno, y volvía al final de la tarde para acompañarla mientras cenaba, frugalmente y con desgana. Los recuerdos más vivos pertenecen a esas horas, resguardadas del calor entre los gruesos muros de su dormitorio, que tenía algo de celda conventual.

Aunque era inevitable que se cansara, en esos momentos Erietta seguía siendo ella misma, entre las pausas en las que dormitaba o cuando dejaba reposar los recuerdos en silencio, con las manos sobre la sábana. Su discurso era lúcido aunque fragmentado; las pausas podían durar unos segundos o un espacio de tiempo suficiente para que yo leyera pasajes de los libros que aún conservaba. Pero cuando volvía, era siempre ella, anciana y niña al mismo tiempo, cándida o implacable, con un sentido del humor y una compasión por sus semejantes que la mantenían a salvo del sarcasmo y el sentimentalismo de las personas que se creen moralmente superiores.

Al anochecer era otra cosa. Todo lo que por la mañana era una anticipación festiva de la cercanía que tejíamos en el espacio al que nos limitaba su confinamiento se transformaba en la agitación de un animal obligado a entrar en un terreno incierto. Su deseo de protegerse de la llegada de la noche evitándola me había parecido una singularidad más de su forma de ser. Pero esos días comprendí que las costumbres de las que ahora se veía privada eran lo que hacía de su recogimiento un acto voluntario; la imposición de descanso la aprisionaba, negándole la satisfacción de las tareas cumplidas. Y mis intentos de aligerar su destemplanza sonaban falsamente alegres, la irritaban inhabilitándola para la compostura irónica a la que recurría cuando algo le desagradaba.

Esa tarde demoré el momento de entrar a verla. Me quedé sentada en el patio escuchando el arrullo de una tórtola. Era un canto triste y monótono que desde niña me desasosegaba. Me producía una sensación de destierro, una nostalgia de cosas desconocidas pero anheladas que sentía que no se cumplirían.

Recordé una de esas tardes largas en que mi abuela me buscaba para la cena. La oía llamarme desde el patio, al que se salía por la cocina en la parte trasera de la casa. Sentada en las losas, yo había visto ponerse el sol, y según descendía del cielo abierto a las copas de los acebuches y su disco quedaba fragmentado por las ramas entre las que se hundía, algo se hundía también en mi interior. No escuché los pasos amortiguados por el esparto de las alpargatas que mi abuela llevaba siempre en verano, y cuando al doblar la esquina me vio allí, desde donde era evidente que podía oírla, se enfadó.

—¿Se puede saber qué haces aquí? ¿No me oías llamándote? Estamos todos en la mesa esperándote, y tú tan campante…

En otro momento me habría reído o habría dado un salto y le habría rodeado la cintura con los brazos, segura de que ella me correspondería con una reprimenda cariñosa y se reiría conmigo. Pero esa congoja incomprensible me atenazaba y permanecí quieta y muda.

—Pero ¿qué te pasa, criatura?—Mi abuela se había agachado junto a mí y me agarraba la barbilla suavemente para verme la cara—. Si estás llorando…

Al atraerme hacia ella, perdió el equilibrio y nos quedamos las dos sentadas en un amasijo de brazos y piernas. No sabía cómo explicarle qué me sucedía mientras ella me mecía, estrechándome contra su pecho, que olía a lavanda y a verduras asadas.

—Creo que es la voz de ese pájaro, abuela. Parece que esté llamando a alguien que no le contesta—dije al fin, y al decirlo el nudo que sentía en la garganta se apretó—. Es como si tuviera miedo de que a mí tampoco me vayan a contestar nunca.

Mi abuela me abrazó con fuerza.

—No, no temas por eso—dijo—. Mientras sientas la belleza del mundo, de las cosas que te rodean, siempre tendrás una respuesta. Es lo que dice ese canto que te parece tan triste.

«U-uu, u-uu-uu», sonaba ahora en el aire azulado. Sin pensar, respondí con las mismas notas, pero no hubo respuesta. «U-uu», repetí, pero sólo oí un movimiento en las ramas, como si alguien pasara deprisa junto a ellas. La luz de la cocina estaba encendida; la mesa, puesta para tres, y de pronto era como si todo volviera a ser igual que el primer día que Erietta me había invitado a desayunar con ella y Aggeliki. Me había acostumbrado a cenar sola y a los pequeños rituales solitarios que precedían el momento de entrar en casa y dar por terminado el día. Pero con Erietta convaleciente, resultaba imposible mantenerlos.

Pasear por el jardín, servirme una copa de vino, leer o escribir, posponiendo el placer de aliñar las verduras que había comprado en el mercado, me parecían nimiedades egoístas y avaras; y, al mismo tiempo, renunciar a ellas me provocaba un sentimiento huérfano, de algo inacabado.

Erietta estaba sola en el dormitorio, vuelta hacia la ventana ya anochecida; en la mesita, la bandeja de su cena intacta.

—Otro día que se apaga—dijo, al notar mi presencia—. Otro día desperdiciado.

Recordé el estado en el que me había encontrado mi abuela, llorando por el canto de una tórtola y porque el día se iba sin haber dejado nada significativo. Dije que nada se perdía en un día, ni en cinco, pero nada más decirlo sentí que yo no era mi abuela, ni Erietta, por más que conservara su simpatía por las disonancias de los jóvenes, una niña de diez o doce años a la que se podía consolar con reflexiones difusas sobre lo que traería el futuro.

—No son cinco, son nueve. —Erietta levantó el brazo sin darse la vuelta—. ¿Ves esas piedrecitas que hay en la mesa? Llevo la cuenta, y súmale uno. Cuando me trajeron de vuelta, aún estaba demasiado aturdida para saber en qué día vivía.

Junto a la bandeja había un cuenco de cristal con guijarros blancos como los que yo recolectaba en la playa, y fuera de él, un número de ellos cuidadosamente apilado.

—Yo también solía recogerlos, cuando aún paseaba hasta la playa, con cuidado de que fueran perfectos, redondos y planos. Ésos son los días que llevo aquí encerrada. —Erietta apartó la vista de la ventana—. Nunca he estado enferma, y es un estado que detesto. —En el fondo de su mirada había un brillo desafiante—. No estoy preparada para ser una anciana, aunque a ojos de todos lo sea.

Dije algo sobre cómo la edad que tenemos no se corresponde necesariamente con la que sentimos, y que la parte más íntima de nosotros permanece intacta, aunque el cuerpo envejezca.

—Justo ahora, en el patio, se oía una tórtola. Quizá desde aquí, con la ventana abierta, también la oyeras. Su canto me recuerda tanto a mi infancia…

Me daba cuenta de que mis aportaciones no despertaban el menor entusiasmo en ella. Erietta se limitaba a no interrumpirme desde su silencio indiferente, hasta que me cortó.

—Eso es una tontería. No cantan nunca de noche. Te habrás confundido. A esta hora, a lo que hay que estar atenta es a las lechuzas. Se enganchan en los cables de la electricidad y una vez heridas es casi imposible que se recuperen.

Su sequedad me sorprendió, dejando el escozor de una reprimenda inmerecida. Sin duda, era la impaciencia acumulada durante todo el día lo que había precipitado su respuesta; la tórtola y la hora exacta de su canto eran lo de menos.

—Tienes razón, puede que todavía no sea capaz de imaginar lo que supone verse obligada a ser anciana. Pero creo que esos desajustes se pueden sentir a cualquier edad. Yo los percibo ahora en el temor a dejar de ser joven.

Hablé sin cuidado, sin pensar si la referencia a la vejez podía ofenderla o si mi tono se había contagiado de la dureza del suyo. Pero para Erietta, la determinación era un estímulo, y esperaba lo mismo de sus interlocutores.

—¿Cómo así?—me preguntó, incorporándose sobre los almohadones—. Eres muy joven para ese tipo de temores.

—La tarde de mi llegada…—empecé a decir.

—¿La tarde de tu llegada…?

—Salí a pasear por la playa hasta la casa de nuestro vecino. Al acercarme y ver que era un hombre joven, más que yo seguramente, y más atractivo de lo

que esperaba, empecé a contar mis pasos, a medir la distancia que me separaba de él. Veía mis pies, que la arena hacia parecer más morenos, y mis piernas, que en la media luz se veían largas y lisas. Pero mis rodillas, que al andar asomaban por debajo de la falda, me hacían dudar. ¿Cómo se verían de cerca, sentada bajo la luz eléctrica? O cómo tenía que colocarlas para que no arruinaran la manera en la que yo quería verme, tersa, joven y hermosa para ser admirada por eso, sólo por eso.

Erietta se había quedado callada, y me sentí expuesta y vacía por haber expresado algo tan banal.

—Como todas las mujeres jóvenes—dijo al fin—. Retén ese deseo todo el tiempo que puedas, no dejes que nada lo estropee. —Y con eso me cogió la mano que tenía en el regazo y permaneció así un rato.

Vi entonces que llevaba un anillo que no había visto antes, una banda ancha de plata con una piedra como las que había en la mesilla de noche sujetada por un aro fino de oro.

—Es un regalo de mi padre—dijo, adelantándose a mi curiosidad—. Cuando les comuniqué mi intención de quedarme, vino a verme. Era invierno, y pensé que por eso venía solo. Pero ella nunca quiso saber dónde vivíamos. A partir de entonces, sólo los vi cuando yo iba a Inglaterra, y también mis visitas se fueron espaciando. —Erietta separó los dedos para mostrármelo—. Parece una piedra de las de aquí, pero no lo es. La encontramos juntos en esa otra isla en la que veraneábamos, y mi padre la había conservado. Él fue quien me hizo ver que sin saberlo salimos a buscar lo que ya estaba.

Al otro lado de la ventana se oyó un rumor de ramas, más abrupto que el de la brisa moviéndose entre ellas.

—¿Ha llegado Giorgi?—preguntó, y volví a sentir esa sombra de inquietud que la recorría cuando él estaba presente—. Antes te he entendido, comprendo ese temor a perder la juventud. Es inútil que te diga que aún eres muy joven, porque nada de lo sucedido habría sucedido de la misma manera si aún vivieras con la despreocupación de los que ven todo el futuro ante ellos.

Me sonrojé, sabiendo que se refería a mis encuentros con Paul y al día que me vio regresar por la playa al alba.

—Hay una edad en la que empezamos a sentir las decepciones y nuestros actos nos parecen determinantes. Pero no fue siempre así…—Erietta cerró los ojos, y la presión de su mano sobre la mía se aflojó. Ya no hablaba de mí, sino de ella—. Antes de que las miradas se hicieran insoportables, mi casa fue un

lugar abierto, lleno de libros. Y quizá… de errores. Yo tampoco era tan joven entonces, tal vez por eso…

Esperé a que terminara la frase, pero no lo hizo, y Aggeliki entró antes de que las miradas y los errores se concretaran.

16

Los días que Erietta se vio obligada a guardar cama, Aggeliki y yo cenábamos juntas. La niña no quería dejarla sola, y aunque mi presencia no contribuía en nada al orden de la casa, sentía que era la única forma en que podía ayudar a llenar el vacío que se abría en ella al caer la noche. Ambas permanecíamos allí para acompañar a Erietta, pero en realidad suplíamos su presencia haciéndonos compañía la una a la otra, esperando que ella regresara. Aggeliki llevaba los platos que preparaba su madre, y mientras comíamos en silencio imaginaba a ésta cenando sola, esperando que su hija llegara, y acostándose las dos hasta el nuevo día, idéntico al anterior.

Esa imagen me provocaba una angustia que refutaba la visión idealizada de la vida campestre con la que había crecido, heredada de mi padre y mi abuela. En ella los días se sucedían ordenadamente; los hombres ajustaban sus ritmos a los de la naturaleza, y nada alteraba el pacto entre las horas de luz que dictaban las estaciones y un deseo innato de vivir obedeciéndolo. Jamás se me ocurrió que ese acuerdo respondiera a una obediencia forzada, a la falta de alternativas.

Pero lo que primero atribuí a la contrariedad de ver alterado mi apego a los pequeños placeres que estaba acostumbrada a concederme no tardó en manifestarse en esa otra realidad que intuía.

—Odio estar siempre esperando. —Aggeliki movía la cuchara en el plato de sopa que apenas había probado. No solía costarme sacarla de sus humores taciturnos, pero esa noche estaba especialmente abatida—. Ya sé que crees que es sólo porque soy una niña y que luego se pasa, pero no es eso. Es por saber que no hay otra cosa, ni cuando crezca ni nunca. —Aggeliki dejó la cuchara y apartó el plato—. No poder elegir nunca.

Tanteaba el terreno con un fatalismo del que ella misma no estaba segura, buscando que la contradijeran. Se lo había visto hacer con Erietta, cuando ésta la retaba a dar con el origen de su descontento.

—Pero ¿por qué dices que no puedes elegir nunca? Lo haces todos los días… —dije, tratando de imitar la forma en que Erietta desarmaba su negrura.

—No es cierto. Hago sólo lo que los otros esperan.

—Si te refieres a Erietta, no será siempre así…—empecé a decir, pero Aggeliki me cortó.

—No es por Erietta. Ella ahora también me espera, pero mi madre me espera siempre. Aggeliki, a qué hora vendrás, no te demores, estaba preocupada, es muy tarde… siempre lo mismo.

—Conozco esa sensación de estar llegando tarde sin saber bien por qué. O, bueno, sí, sólo porque alguien está pendiente de tu regreso. Eso te hace sentir que estás en falta todo el tiempo.

El ceño de Aggeliki se desfrunció, como una flor que percibe la humedad de la lluvia en el aire.

—Sí, es como dices. Desde que era pequeña…, bueno, más pequeña—se corrigió, y volvía a ser una niña que medía su forma de expresarse con el mundo adulto en lugar de esa mujercita en miniatura a la que se le escapaban las palabras de una niña—. Antes esperaba a mi padre y ahora sólo me tiene a mí. ¿Tú sabes algo de eso?

La pregunta me desconcertó, pero, al no saber nada de ello, pude responderle sinceramente que no.

—Yo tampoco mucho—dijo—, sólo lo que me contó Erietta. Ella lo conoció. Dice que era un buen hombre, pero que un día se marchó. Fue al poco de nacer yo. Era pescador y una mañana no volvió. —Aggeliki narraba los hechos con la precisión de quien traza el recorrido por un mapa muchas veces transitado en el que los detalles son meros accidentes en un paisaje difuso que no se puede aspirar a completar—. Nadie espera que vuelva, ni siquiera mi madre. Pero de todas formas llora; la oigo por las noches cuando está acostada.

—Y por eso ahora te espera a ti…

—Sí, y Erietta a Giorgi. Ella hace como que no, pero está siempre atenta a cuándo entra y sale él. Antes no lo hacía tanto, pero ahora que está enferma, pregunta por él a todas horas. A ti también te pregunta, lo sé.

—Hoy me ha preguntado, pero creo que porque algo la angustió de pronto. A mí no me conoce tanto como a ti.

—Quizá sea siempre así con los hijos—repuso ella con aire pensativo—. Tú lo sabrás si tienes.

Pero no era una pregunta. Aggeliki pensaba ya en otra cosa y, levantándose para recoger los platos, afirmó que nunca le había gustado la sopa.

—Mi madre dice que de bebé la escupía y pedía algo que pudiera masticar, pan o cualquier cosa. Lo que me gusta de verdad es el postre, como esa tarta que me diste en tu casa.

Sugerí que podíamos hacer una juntas y sorprender a Erietta.

—Eso estaría bien, seguro que le gustaría. O si no, comprar frambuesas. Son deliciosas. —La cara de Aggeliki se iluminó al decirlo—. Dulces y ácidas, suaves cuando te las pones en la boca y al morderlas un poco ásperas.

Terminamos de recoger la cocina, dejando el tercer plato intacto en la mesa.

—Él vendrá más tarde, cuando nos hayamos ido—dijo mientras acabábamos de secar los platos—. ¿Tienes que marcharte ya? ¿Puedo contarte algo antes?

El giro imprevisto que había tomado nuestra conversación me había hecho olvidar la prisa que acostumbraba a sentir por volver a mi casa, y respondí enseguida que sí.

Aggeliki se acercó silenciosamente a la puerta del dormitorio, la entornó un poco y retrocedió con pasos de musgo, como si bajo sus pies si extendiera un terreno muy delicado.

—Mejor vamos afuera—dijo en voz baja—. ¿Quieres que te sirva una copa de vino? Erietta siempre tiene. —Abrió el armario esquinero y sacó la botella de vidrio de la que habíamos bebido con ella—. También hay almendras de Catania, ¿sabes qué son?

Nos sentamos a la mesa del patio, saboreándolas entre los crujidos del celofán de una en una.

—Sucedió hace tiempo, pero no se lo he contado a nadie—dijo, ofreciéndome una última almendra antes de cerrar cuidadosamente la bolsa—. Pasó algo parecido a la primera mañana que viniste, pero no era un mochuelo; ésta era una lechuza adulta. Fue en invierno, cuando el día se acaba enseguida, y Giorgi ya estaba aquí. La oímos en el patio, agitando el ala contra el suelo. Giorgi no podía oírla, claro, pero era como si supiera que estaba allí. Salió al patio a toda prisa y la cogió, doblándole las alas como si fuera un pañuelo. Ella se quedó quieta, con la cabeza escondida en el cuello, sin picarle, y eso que cuando están heridas pican, no sé si porque les duele o por miedo a que les hagan más daño. Giorgi se la llevó para curarla. Le he visto hacerlo otras veces, en la casa donde vive cuando no está aquí. A veces me deja ir con él y me enseña cómo lo hace, y cómo las suelta si consiguen volver a volar. A veces no

lo logran, y algunas mueren, sobre todo las pequeñas, que no tienen recuerdo de haber volado. Entonces les hace unas cajitas pequeñas como ataúdes y las entierra en el monte. Pero no era ésa la parte que quería contarte. —Aggeliki dudó unos segundos, alertada por el instinto que tienen algunos niños de estar revelando algo que no debieran—. Pasaron unos días, y como Giorgi no había vuelto a enseñármela, decidí ir a su casa. No suelo hacerlo a menos que vaya con él, y las veces que he ido nunca lo encuentro allí. Pero ese día sí estaba. La puerta estaba entornada; es una puerta muy vieja, que hace ruido al abrirla, pero él no me oyó empujarla.

Una sombra de vergüenza cruzó su expresión y en la media luz me pareció que sus mejillas enrojecían.

—Y viste algo que no esperabas ver…—aventuré, temiendo que no se atreviera a seguir.

—Giorgi estaba sentado en la cama y miraba un punto fijo en el suelo. Desde donde yo estaba no veía qué era. Me acerqué un poco más, con cuidado de que no percibiera que yo estaba allí, y vi que era la lechuza. Andaba por el centro de la habitación, muy despacio, porque arrastraba el ala. Cuando se les rompen se vuelven inmensas, como cuando vuelan, sólo que rotas pesan porque no sirven para nada. Le lechuza hacía un ruido horrible, como si llorara, y se veían las gotas de sangre negra entre las plumas.

Volvió a interrumpirse. Era evidente que el recuerdo de la imagen la compungía, pero había algo más, un nudo de incertidumbres que se esforzaba por desentrañar.

—Sé cómo es—dije, tratando de concentrar su angustia en la parte que le era menos difícil expresar—. Una noche sucedió algo parecido en la casa donde veraneábamos con mis abuelos. Estábamos todos en el patio después de cenar y de pronto oímos un ruido entre los arbustos que había en el extremo más alejado.

—¿Y qué hiciste?—preguntó, echándose un poco atrás en la silla, distanciándose momentáneamente del paisaje que la perturbaba.

—La lechuza estaba enredada en las ramas, yo quería ayudarla, pero me daba miedo cogerla. Al final fue mi abuelo el que se atrevió a hacerlo. Creo que ese día, aparte de él, éramos sólo mujeres en casa y dijo que aquello parecía un gallinero. Siempre hacía bromas con eso. Tenía un gran interés por las gallinas.

—Ah, ¿sí?—Se notaba que le divertía la idea de un anciano observando gallinas, pero enseguida añadió—: Y entonces ¿qué hicisteis?

—Mi abuela entró corriendo a buscar una caja, mi abuelo se quejaba de que la lechuza le picaba en las manos, pero al fin logramos acomodarla en el interior. Era una caja de zapatos, me acuerdo como si la estuviera viendo ahora. Mi abuela decía que había que taparla para que no se escapara, y mi abuelo que no, que entonces no podría respirar. Hicimos unos agujeros en la tapa y pusimos la caja en el cuarto de baño, hasta que pudiéramos llamar al veterinario. Durante la noche me levanté varias veces para ir a verla. La primera abrí la tapa por una de las esquinas y me llevé un buen susto. La lechuza aleteaba en el interior golpeando los bordes; yo quería volver a tapar la caja, pero una de las alas había quedado fuera y temía chafársela al cerrarla. Las otras sólo me acerqué, con cuidado de no hacer ruido, y por uno de los agujeros alcancé a verla, muy quieta en un rincón. Cuando llegó el veterinario y abrió la caja, ella seguía en el mismo sitio. Le agarró el ala, estirándola para ver la parte de abajo. La lechuza dio un chillido y le picó con fuerza en la mano, pero él le dio en la cabeza con la que tenía libre y volvió a quedarse quieta, con el ala abierta como un abanico.

Me estremecí al recordarlo. Mi abuela había tenido que sujetarme, enfurecida por el dolor que esas manos supuestamente expertas le infligían. Pregunté si se moriría, y el veterinario respondió que era probable, porque poco podían hacer por un animal del que sabían tan poco.

—¿Vivió?—preguntó llanamente Aggeliki—. Puedes decírmelo. —Yo debía de tener entonces los mismos años que ella, pero era evidente que su experiencia la había preparado para cosas que yo a su edad ni tan sólo había imaginado—. Lo más seguro es que no—dijo—. Yo tampoco sé si la de Giorgi sobrevivió.

Volvimos a quedarnos en silencio, cada una en su recuerdo, distinto pero igual de inquietante; y quizá fuera eso, el reconocimiento de un mundo adulto y ajeno, lo que impulsó a Aggeliki a proseguir.

—Giorgi la miraba arrastrarse por el suelo desde la cama. Ella lloraba, como si pidiera que la salvaran, y él seguía quieto con las manos encima de las rodillas, sin hacer nada.

Aggeliki tenía las suyas apretadas en el regazo, el rostro inmóvil, como petrificado. Pero de pronto las lágrimas empezaron a rodarle por las mejillas, lentas y persistentes, como la lluvia cayendo por la superficie de una ventana que deja ver a ambos lados sin participar de lo que sucede en ninguno de ellos.

—¿Sabes lo peor de todo? Que Giorgi estaba completamente desnudo.

Me miró y volvió a abrírsele la expresión en un interrogante. Esperaba alguna respuesta de mí, algo que disipara el malestar de esa visión y su secreto.

—No sé, Aggeliki—dije, imaginando la repulsión que había impregnado sus ojos de niña, en el fondo, no tan distinta de la de cualquier adulto al verse ante algo que nadie debía presenciar; y como sucede cuando nos vemos liberados por el desconcierto de otro, el suyo inició un camino hacia la claridad.

—Yo tampoco sé qué hacía ahí desnudo, ni me importa—dijo con vehemencia—. Pero que se quedara ahí quieto, dejando que la lechuza sufriera, arrastrándose sola por el suelo... Eso es lo que no entiendo, que quiera siempre salvar a los animales y se ponga tan… tan furioso cuando algo les hace daño y que cuando nadie le ve pueda ser tan… cruel.

La fiereza de sus palabras, el tono repentinamente inquisidor y la precisión con que las elegía dejaban ver la influencia de Erietta. Se lo había oído cuando hablaba de la gente del pueblo, de su primitivismo brutal, de su falta de compasión hacia sus vecinos; también al marcar distancias con los que llegaban de fuera cargados de fantasías sobre la vida en el campo, montados en sus barcos o invadiendo las casas vecinas con su ruido y sus niños malcriados.

Cuando lo empleó para barrer la desconsideración de Paul al no presentarse el día de la cena o la frialdad de Rita, su clarividencia me había reconfortado. Pero al escucharlo en el discurso de una niña, revelaba una severidad desmedida, aquella a la que recurrimos para defendernos de las cosas que no nos gustan o que no entendemos.

—Giorgi no esperaba que lo vieras. Quizá estaba vistiéndose cuando entraste…

—Pero yo no entré. Él estaba allí quieto, como esperando algo.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, flotando como mariposas nocturnas en el círculo de luz que nos unía; más allá, las linternas de los barcos de pesca cabeceaban en la entrada de la bahía bajo las siluetas negras de las colinas.

«Ésa es la historia», parecía decir el suspiro de Aggeliki, y permanecimos en silencio, esperando que algo en nosotras también amainara. Volvió a abrir la bolsa de catanias, deslizó dos hasta la abertura y me ofreció una.

—Erietta me preguntó por la lechuza. Nunca me pregunta adónde voy, y casi nada de lo que hago cuando no estoy con ella. Pero es porque ella *sabe* sin que se lo diga. Le conté que la había visto, y que aún no volaba. Pero la parte

de Giorgi no. ¿Y sabes qué me dijo? Que los pájaros tienen la suerte de no morir nunca de viejos.

Aggeliki me miraba, de nuevo curiosa y circunspecta, con la espalda pegada a la silla.

—¿Tú qué crees?

—Nunca lo había pensado. Pero es cierto, y mejor así.

—Sí, porque un pájaro, si no tiene alas…—Las piezas de lo que quería expresar se unían visiblemente tras su expresión concentrada, buscando equivalencias improbables y, sin embargo, certeras—. Un hombre sin un brazo, o hasta sin una pierna, o que no habla, puede vivir. Pero un pájaro, si no puede volar, es mejor que muera. —Bajó la vista con el pudor de verse sorprendida apropiándose de un pensamiento que no era suyo—. Eso me dijo Erietta un día.

Su presencia planeó sobre nosotras como antes la de Giorgi sentado en el camastro de su refugio, y desde el mismo sitio donde lo había oído antes llegó de nuevo el arrullo de la tórtola. Hacía apenas una hora, Erietta me había dicho que era imposible que cantaran de noche, que estuviera atenta a las lechuzas.

—¿Sabes?, no tienes que parecerte a nadie.

Como otras veces, el temor a que algo se quebrara y sólo alcanzara a tocar la cáscara tras la cual desaparecía se interponía al deseo de abrazarla.

—¿Quieres decir a Erietta?—Aggeliki me miraba con los ojos muy abiertos, apartándose el pelo de la cara, como si con la frente despejada pudiera captar mejor lo que trataba de decirle.

—En realidad, pensaba en tu madre.

—¿Por estar esperando algo que no llega?

—Algo que no llega, sí. —Volví a acordarme de mi abuela, de la dulzura con que sabía expresar las cosas más inasibles, o las más difíciles de decir—. Ella tuvo a tu padre, ahora te tiene a ti; sin embargo, tú…

—¿Quieres decir que puedo elegir no esperar a nadie?

—Eso mismo. Sólo descubrir quién eres ya te dará suficiente trabajo.

Y entonces hizo algo que sólo se repetiría una vez, el primer día de escuela, cuando la despedimos en el muelle. Levantándose impulsivamente de la silla, se sentó en mi regazo y me rodeó el cuello con sus brazos delgados, escondiendo la cabeza en mi hombro unos segundos.

«Mientras sientas la belleza del mundo, no temas», me había dicho mi abuela. La tórtola, si seguía ahí, se había quedado callada.

17

La mañana siguiente encontré a Erietta levantada. Hojeaba el periódico local y había separado una hoja. Me dio los buenos días, visiblemente satisfecha de su desobediencia.

—Sí, ya sé que debía esperar a la visita del médico, pero no aguanto un día más en esa cama.

Me ofreció una taza de té. En la mesa había, además de la suya y otra usada, una tercera.

—Te esperaba. Después de tu sesión de natación, claro. Para mí se ha acabado, al menos durante un tiempo, pero esto…—Cruzó el aire con la mano para abarcar todo cuanto nos rodeaba, y al dejarla descansar de nuevo junto al paño de algodón sobre el que había depositado la tetera vi que llevaba puesto el anillo—. No hace falta esperar a una ocasión especial para llevarlo. En realidad, para nada. No es de hoy. Me gusta revisarlos cuando ha pasado algún tiempo —dijo, alisando la hoja que había estado leyendo—. Había olvidado esa absurda guerra. Todas lo son, pero ésa fue por un territorio que nunca le había importado a nadie. Durante unos días, los noticieros no hablaban de otra cosa, y ahora… ahora ya nadie se acuerda. Mira esos pobres chicos, sacrificados por una idea.

Me tendió la hoja para mostrármela y pasó a la sección de noticias locales.

—Ahí está, como todos los años cuando se acerca el verano: la preocupación espuria por poner remedio a la acumulación de basura.

Me preguntó si yo leía el periódico, y respondí que no, sin tener otra explicación que no fuera que prefería leer otras cosas.

—Haces bien. Hay que mantener cierta distancia con lo que sucede en el mundo. Yo prefiero leer sobre las cosas cuando ya han pasado. Las noticias del momento nos dan la falsa impresión de formar parte de ellas. Cuando dejan de ser nuevas, se revelan como lo que son: grandes acontecimientos que nunca tuvieron nada que ver con lo que sucedía en nuestras vidas.

«Los desatinos de la inmediatez», los llamó; y mencionó la presunción de vocear las propias opiniones, como si el mero hecho de tenerlas pudiera alterar el curso de hechos que están fuera de nuestro alcance.

—Los guardo sobre todo para el fuego—dijo entonces, y no era un desafío, sino una apreciación práctica de para qué servían los fajos de diarios que guardaba junto a la estufa de leña y la mojigatería de manifestarse tan ávidamente respecto a hechos que quedan fuera de nuestro alcance—. Así leídas, cuando alguna capta tu atención, es como leer una buena historia, una que tú has elegido.

Aún era temprano y la luz lo bastante oblicua para que las fronteras entre las manchas de sol y la sombra no parecieran tan cinceladas como cuando el sol caía a plomo.

—Ahí está tu tórtola.

Erietta sonrió como si no recordara la forma tajante con la que me había respondido la noche anterior. Pero no era que lo hubiera olvidado, sino que algo en ella se había atemperado.

—A esta hora sí se las oye, antes de que el calor las haga dudar de su melancolía. Aggeliki aún no ha llegado, y me alegro. Eso significa que ya no está tan preocupada por mí, o quizá por todo.

No recuerdo de qué hablamos, sólo ese cambio en ella, y que antes de hablar escuchaba. Ambas lo hacíamos desde lugares lejanos y antiguos; sin embargo, nunca estuvimos tan cerca como esa mañana. Conversábamos con la serenidad de quienes se escriben, destilando para el otro lo que descubrimos en las pausas que la prisa por responder invade y a menudo distorsiona.

Aún no sé si esa forma de hablarse es una manera de construir una imagen engañosa, no de lo que somos sino de cómo querríamos vernos, o si es en la reflexión que propicia la escucha donde podemos dar con aquello que a solas no nos confesamos.

—No es que molestaran, pero no deja de ser un alivio que se hayan ido—dijo en algún momento Erietta.

No sé qué la llevó a decirlo. La casa de Paul estaba cerrada, aún en sombra; el sol llegaba más tarde a ese lado de la playa. Y Erietta sonreía, otra vez sin rastro de mordacidad.

—Nada habría sucedido de la misma manera si hubiéramos sido más jóvenes. —El plural me sorprendió, y al darse cuenta rectificó—. Pero si no fueras tan joven, puede que no te hubieras atrevido a dejar a tu marido.

Me acordé de Gilles, y sugerí que tal vez le gustaría verlo ahora que se encontraba mejor.

—Me temo que es tarde para eso. Se fue a los pocos días de que tu desinterés se hiciera manifiesto. Es prueba de tu juventud, querida—añadió, suavizando los hechos con esa palabra afectuosa—. Nunca dejes de conservar ese espacio, de hacer sitio para que otros lleguen, aunque sigas equivocando algunos rostros por el camino. Yo lo cerré hace muchos años y sólo ahora…

Bajó la vista y dejó que el remordimiento que traslucían sus palabras se licuara plácidamente en sus facciones.

La cabeza de Aggeliki apareció en lo alto de la escalera que subía desde la playa. Dejó la bolsa con las provisiones que traía todas las mañanas, fue hasta el rincón en sombra donde crecían las hortensias y cortó dos ramas floridas de la parte de atrás, donde la vista no las echaría en falta.

Erietta la observaba.

—Esa casa del puerto de la que te hablé era alegre y pequeña—dijo antes de que la niña nos viera—, y en ella fuimos felices, a pesar de todo. Entonces habría podido prestarte libros, pero quizá allí no nos habríamos encontrado. Los ojos de otros a veces apartan a las personas que deberían conocerse.

Aggeliki, aún de espaldas, juntaba las ramas con cuidado, y al darse la vuelta vio a Erietta. Su cara se iluminó como las luces de un pueblo vistas desde el mar al anochecer, y su mano era una bandera ondeando en el aire desde donde estaba. Iba hacia nosotras, y me acordé de Gilles subiendo la cuesta del puerto hacia el olivar, y luego en la barquita, llevándome hasta la playa, tímido y vacilante sobre el agua.

—¡Estás levantada!—Aggeliki le echó los brazos al cuello, sujetando aún las hortensias, que se desplumaron azules y rosadas alrededor de la silla—. Qué pronto, qué bien, ¿ya estás curada?—dijo, desatando el temor de que ese momento no llegara a cumplirse.

Erietta reía, una risa joven y clara que recorría la fragilidad de su cuerpo delgado como una brisa agitando los juncos olvidados en las orillas de un río.

—Iré a la escuela, Erietta—dijo solemnemente Aggeliki—. Ya lo he decidido.

—Muy bien. Giorgi y yo te acompañaremos. Y también Fiona. —Y al escucharla me di cuenta de lo lejano que veía el día que yo ya no estaría; el regreso, la ciudad y el otoño, todo lo que estando allí postergaba, como una historia que ya no era la mía y que, sin embargo, me esperaba para resolverse.

—Pero antes iremos las tres al mar—dijo Erietta, y Aggeliki la miró sorprendida.

—¡Sí! Estoy preparada—exclamó, saltando de una pierna a otra y levantándose la falda para mostrarnos el bañador en el que nadaban grupos de pececillos turquesas, naranjas y amarillos.

Yo había llevado frambuesas; bajamos una silla para Erietta y pasamos el resto de la mañana en la calita que había frente a la casa, a la sombra de los pinos. Las confidencias de Aggeliki de la noche anterior eran una pesadilla que una vez contada se desvanece; sólo al verla llevarse las frutas a la boca y aplastarlas contra el paladar me acordaba de las cosas que me había contado y de los claroscuros que cruzaban su rostro mientras lo hacía.

Recuerdo, en esos instantes intensamente felices, el deseo de que no acabaran nunca, como cuando de niña me contaban un cuento o me llevaban al cine, y algo en mi interior se apretaba para que ese lugar no tuviera fin y yo pudiera permanecer siempre en él.

Aggeliki y yo nos bañamos muchas veces, y Erietta nos miraba desde la orilla. En el agua, el olor de Aggeliki a caminos polvorientos y a los alisos que crecen en sus márgenes se mezclaba con el sabor a sal y la textura de la arena. Eran las mismas sensaciones de mis veranos de infancia, y al experimentarlas de nuevo, al deslizarnos intentando alterar la superficie lo menos posible, volvía a invadirme la congoja de lo que para ella era aún desconocido.

Erietta parecía haberse recuperado, pero pequeñas alteraciones en el orden acostumbrado indicaban que algo había cambiado. Hacíamos algo distinto cada día, las tres juntas, como si veraneáramos. Bajábamos a la calita, recogíamos guijarros para la colección de Erietta y recorríamos el jardín con la curiosidad del visitante que lo descubre por primera vez. Aggeliki escuchaba sus explicaciones sobre las necesidades de las plantas con un interés que no había mostrado antes, cuando se limitaba a regarlas mientras Erietta no podía hacerlo.

—Acuérdate de cómo se hace, con cuidado, pero sin miedo a cortar demasiado. Si no, no florecen—la instruía Erietta frente al rosal—. Y que la camelia es caprichosa, si la riegas demasiado se pondrá oscura, y si tiene sed verás que los capullos están ahí pero siguen cerrados. —El jazmín que trepaba alrededor de la ventana de su habitación estaba en flor, y Erietta le advirtió que

si en invierno parecía muerto no se alarmara—. Sólo quítale las hojas secas, pero nada más. Con la lluvia le basta, y verás que cuando el sol empiece a calentar saldrán los primeros brotes, como dientes nuevos.

Y por primera vez vi a Erietta fuera del radio familiar de la casa, el jardín y la calita en la que solía bañarse. Habíamos acordado cenar en mi casa, pero antes subimos la cuesta para ver la playa de guijarros blancos, Aggeliki un poco por delante de ella para que pudiera apoyarse en su hombro. La excursión la fatigó, pero al llegar arriba se la notaba exultante.

—Hacía tantos años que no venía aquí…—dijo, maravillada de que todo siguiera en el mismo sitio, envolviéndose con la rebeca que llevaba encima del vestido para protegerse del viento, y alisándose los cabellos que se le escapaban del moño como si alguien pudiera verla de lejos—. Hans solía llegar doblando ese cabo. El viento viene casi siempre de ese lado y lo empujaba hasta aquí. —Aggeliki se había alejado a donde crecían los arbustos de retama para hacer un ramo—. Humboldt, el que vio en el cementerio. —Y de nuevo, a su modo elusivo, añadió—: Una lástima. Hay personas que parecen condenadas a llegar permanentemente tarde a su propia vida.

—¿Como Gilles…?—pregunté.

—Quizá como Gilles, sí—dijo, agarrándose a mi brazo para alcanzar a Aggeliki—. Si supiera que a veces basta con tener el valor de probar otra cosa...

Al llegar a la portezuela de mi casa, Erietta se detuvo.

—No, Erietta, está todo preparado—imploró Aggeliki, adivinando su reticencia—. Y tenemos que ser las tres; si no, no vale.

Erietta sonrió resignada. Algo en ella se había atenuado, como si la voluntad de hacer la hubiera dejado cansada y tanteara la posibilidad de dejarse llevar, o, al menos, de no imponerse.

Erietta se quedó en el jardín, de pie junto al muro que daba a la playa. La veía desde la ventana mientras Aggeliki me ayudaba a llevar los platos a la mesa y abría los armarios de la cocina buscando un jarrón para las flores. Encontró uno, demasiado grande, y las colocó tal cual llegaban del monte, desgreñadas y en alturas irregulares, como habría sido ella de haber sido un ramo. Erietta miraba hacia su casa, donde resplandecía la luz del patio que quedaba siempre encendida, y sentí su extrañeza al verse lejos de ella. Fui a buscarla; Aggeliki nos llamaba impaciente desde la mesa, y me pareció ver el brillo de las lágrimas en sus ojos.

—Ahí vivo—dijo, volviendo el rostro, y era como si la hubiera alcanzado la certeza de que nunca vería otro lugar.

Erietta alabó los dolmades que había preparado siguiendo su receta, y al sacar el postre Aggeliki mostró orgullosa las frambuesas con las que había decorado la misma tarta que habíamos compartido la mañana después de que Paul no se presentara. Pero Erietta estaba inquieta, apenas probó el vino y cada tanto miraba hacia su casa, como si temiera que algo sucediera mientras estaba fuera de ella.

Aggeliki se daba cuenta de que su atención no era la de siempre, de que a ratos parecía casi ausente.

—Es por Giorgi—me dijo en un momento en que me ayudaba en la cocina —. Teme que se preocupe si no la encuentra en casa. Él va y viene cuando quiere, pero está acostumbrado a que ella siempre lo espere.

En su forma de decirlo había esa tristeza un poco resentida del que se siente de pronto desplazado. Aggeliki ya no acudía a su casa a primera hora. Me di cuenta porque varios días seguidos fue a la mía muy temprano, algunos antes de que yo llegara de la playa. Juntas repasábamos las plantas del jardín, y ella parecía haber puesto en suspenso la inutilidad de cuidar algo que nunca le pertenecería.

—Este jardín es distinto a todos—dijo un día que descansábamos a la sombra después de deshierbar el parterre de la parte trasera, donde las flores más delicadas quedaban protegidas del sol y el aire salado—. Es la manera en que están colocadas las plantas. Ordenadas, pero sin que los tiestos decidan hasta dónde pueden crecer, como si fueran ramos que salen directamente del suelo.

Habíamos observado lo mismo. Sin haber estado nunca en un jardín inglés, Aggeliki percibía esa diferencia que había hecho que enseguida me sintiera como en casa. Entre los libros que otros inquilinos habían dejado en las estanterías, había uno de jardines de distintos lugares que había hojeado los primeros días, cuando me acostumbraba a mis cenas solitarias. Entré a buscarlo y le mostré el capítulo dedicado a las islas británicas. Aggeliki pasaba las páginas, señalando los senderos apretados entre los grupos de plantas que crecían en distintas alturas y colores, avanzando y retrocediendo de una fotografía a otra mientras decidía cuál era el jardín que más le gustaba. Se detuvo en uno que arropaba un *cottage* con tejado de paja. Las conejeras

asomaban por encima de los rizos de los guisantes de olor, en los mismos tonos malva y morados, y de unos arbustos con flores azules que parecían abetos en miniatura.

—Éstas tienen flores con cara de conejo—dije, señalando los tallos rectos y alargados—. Cuando las aprietas por el centro, parece que abran la boca.

—Como si pidieran agua—dijo Aggeliki, acariciando el papel satinado—. Yo querría un jardín así. Si achinas los ojos, parece que sea todo una misma tela.

Ese día, Aggeliki se quedó toda la mañana. Cuando nos dimos cuenta de la hora que era, el sol estaba alto, y en la orilla había dos barquitas con familias que habían ido a pasar el domingo. Le recordé que no había ido aún a ver a Erietta y que quizá la estaría esperando.

—Ya no—respondió—. Se ha acostumbrado, y ya no me necesita tanto.

—¿Acostumbrado a qué?, ¿a estar sola?—Al principio no sabía a qué se refería, pero al no contestar entendí que era a Giorgi—. No digas eso, Aggeliki. No es cierto.

Pero Aggeliki tenía la mirada clavada en el suelo, y con las manos bajo los muslos balanceaba las piernas en el borde de la silla. Encogía y estiraba los dedos de los pies bajo las tiras de sus viejas sandalias, que le quedaban grandes, como pequeños le iban los dos vestidos que alternaba.

—Sí, es verdad, y tú lo sabes.

—No lo sé. En realidad, nunca sabemos...—Habría querido, más que nada en el mundo, que me creyera, que supiera que cuando más superfluos nos creemos, más pueden necesitarnos las personas que nos rodean—. Nunca sabemos—repetí, esta vez más convencida, y Aggeliki pareció concederme, al menos, el beneficio de la duda.

—Iré—dijo con la misma convicción que había mostrado al comunicarle a Erietta su decisión de ir a la escuela—. Pero ¿puedo quedarme a comer contigo?

Después del almuerzo, aún se demoró un rato, y al despedirla presentí el vacío de la tarde. Ya no acudía regularmente a casa de Erietta al final de día, y a la vuelta de mi paseo, volvía a experimentar la sensación de estar dando pasos en falso, de una mudanza inconclusa. Imaginar que ésa era mi casa, que Erietta y yo éramos vecinas todas las estaciones del año y que la luz de su patio era la única que parpadeaba en el aire frío de la playa desierta había dejado de ser un juego.

Echaba de menos la vista desde las ventanas de mi casa en la ciudad, ver iluminarse las de los edificios al otro lado del patio de manzana, como regalos que uno decidía no abrir; y también a las personas que me habían despedido, seguramente intranquilas por verme marchar sola. Por una ecuación irracional de los afectos, me sentí culpable por haber suspendido esa añoranza y por haberla depositado en otras personas a las que hacía muy poco que conocía.

Aggeliki se alejaba bordeando los pinos por la arena, y antes de que estuviera demasiado lejos para oírme la llamé:

—¡Aggeliki, podríamos ir juntas al puerto una tarde!

—¡Mañana!—respondió ella, ahuecando las manos alrededor de la boca.

Corrió el resto del camino, y en el primer peldaño de la escalera que subía al patio de Erietta se dio la vuelta para decirme adiós con la mano.

18

Hasta esa tarde, nunca habíamos ido juntas al puerto. El calor era el mismo, pero se notaba la llegada del otoño. Hacía apenas dos semanas, a esa hora en las terrazas y la playa se mezclaban los turistas con los niños del pueblo, que alargaban sus juegos al pie de los restaurantes y en la orilla. Pero en pocos días el puerto parecía haberse vaciado, y cuando entramos en la tienda de Olympia no había más clientes. Olympia se limaba las uñas detrás de la caja registradora y su marido ocupaba una silla demasiado pequeña en el extremo del mostrador, junto a la entrada. Era la primera vez que lo veía sentado y a ella callada.

Nos dio las buenas tardes, dirigiéndose sólo a mí con su mirada impávida y el «señora» al que no conseguía acostumbrarme. En el triunfo perezoso del apelativo había una especie de sorna lo bastante contenida para desactivar cualquier respuesta por mi parte.

Pero esa tarde, no sé si porque la tienda estaba vacía o porque Aggeliki estaba conmigo, parecía dispuesta a provocarnos.

—Se ha ahorrado el escándalo de hace un rato. Llega a venir un poco antes y lo habría presenciado todo. Un espanto.

La Olympia de la fotografía, con la borla del birrete negro colgando sobre la mejilla izquierda y sujetando el diploma con las dos manos, me miraba por

encima de su cabeza rubia. Allí habría aprendido esas palabras, que en ella sonaban cursis e impostadas.

—Nuestro querido Giorgi ha vuelto a montar una escena—prosiguió, y ahora se dirigía inequívocamente a Aggeliki, que se demoraba junto a carta de los helados.

Sus manos se crisparon alrededor del asa de la nevera y vi cómo las orejas se le enrojecían, pero permaneció de espaldas a nosotras, y yo me abstuve de responder, molesta por el tono de Olympia y por la forma en que había ignorado a la niña para luego desafiarla. Me acerqué hasta donde estaba y abrí la nevera, preguntándole cuál quería.

—El que me gusta nunca lo tienen—respondió ella, revolviendo entre las cajas de cartón del interior. Eligió un cucurucho grande con tapa transparente que dejaba ver la nata adornada con hilos de chocolate negro.

—Dos.

Dejé el dinero en el mostrador y Olympia empezó a contar el cambio.

—Llegó una carta para usted—dijo mientras contaba—. Hace ya algunos días.

Me entregó el sobre y, sin mirarlo, lo doblé y lo guardé en el bolsillo.

El encuentro con Olympia había roto el ánimo festivo con el que habíamos salido de casa. Abrimos los helados en silencio y recorrimos los pocos metros hasta la plaza con pasos lentos e indecisos.

—Es una estúpida, se cree dueña de todo.

Aggeliki lamía el helado con rabia, rebañando el borde cuando sobresalía por los lados. Le pregunté si conocía a Giorgi.

—Claro, todos lo conocen. Pero ella se alegra de todo lo malo que le pasa. Y odia a Erietta.

—¿La odia?—pregunté, sorprendida.

—Como su abuelo sí es dueño de todo, se cree que ella también lo es.

—¿El abuelo de Giorgi?

Sólo decirlo me di cuenta de que era imposible que el abuelo de Giorgi aún viviera, pero la rabia de Aggeliki parecía abrirse paso en la oscuridad que separaba los retazos de conversación que en el aislamiento de los últimos días había olvidado.

—¿Son familia?—insistí.

—Son primos, o algo así. También de mi madre, pero más lejanos—respondió vagamente.

Vi entonces que Aggeliki tampoco sabía. Se movía a tientas en esas historias que la precedían y que sólo le llegaban a través de los silencios y las reacciones hirientes de los que habían formado parte de ellas. Seguimos andando sin rumbo fijo, pero con el deseo de alejarnos de la tienda y de todo lo que tuviera que ver con ella. Pasamos junto a un grupo de mujeres frente al puesto de hortalizas que a esa hora estaban desmontando, y una de ellas retuvo a Aggeliki. Le hablaba seguido, intercalando preguntas como haría una madre o una tía que apremia a un chiquillo a recoger el cuarto o a terminar las tareas. Aggeliki miraba el suelo sin responder mientras la mujer le ajustaba el cuello del vestido.

Desde donde la esperaba, vi repetirse la llegada del viejo y su mujer al restaurante, él unos metros por delante de ella, que llevaba de la mano a una niña de la edad de Aggeliki. El hombre de mediana edad que hacía las funciones de *maître* y al que también había visto repartiendo órdenes en el muelle salió a su encuentro y besó a la mujer en la mejilla. La niña miraba al frente como una muñeca engalanada, con el mismo pelo que Olympia, sólo que recogido en una coleta alta y muy prieta. Se dirigieron a la mesa de la esquina, y hasta que la niña estuvo sentada su abuela siguió sujetándola por el hombro con la firmeza de una garra enjoyada.

Llegamos a la playa donde había conocido a Gilles; al igual que esa tarde, había un grupo de niños alborotados en la plataforma de cemento del embarcadero, pero no parecía que pescaran ni que estuvieran ocupados en ningún otro juego. En los alrededores, al borde del arenal y en la curva que daba a la playa, había también algunos corros de adultos. Hablaban entre ellos, y cada tanto uno se dirigía a los niños que gritaban excitados alrededor de algo que colgaba de la cuerda entre los postes del sombrajo, frente a la barraca. Todo tenía un aire de final de verbena, cuando la música cesa y los asistentes merodean bajo el entoldado entre los restos de la animación y de una luz que de pronto parece demasiado estridente y cruda.

Un chico con una mata de pelo cobrizo, cargado con una espuerta de la que sobresalían colas grisáceas de pescado, pasó junto a nosotras y le dijo adiós a Aggeliki, pero ella siguió andando sin levantar la vista del suelo. Al llegar a la curva, vi que de la cuerda colgaba una fila de prendas, indefensas como calcetines de niño, respecto a las que discutían los pequeños chillando y con tonos más flemáticos los mayores. Obedeciendo a una curiosidad que yo

misma sentía morbosa, quise acercarme un poco más a la playa, pero Aggeliki se paró en seco y me agarró de la mano.

—No vayamos—dijo—. Vámonos a casa, por favor—añadió, al borde de las lágrimas.

Regresamos en silencio, atajando por las calles traseras hasta las últimas casas, donde acababan las escaleras que subían desde el puerto; sólo allí, desde donde ya se veían las luces de la casa de Erietta, de la mía y, en la penumbra, el porche de la que había ocupado Paul, volvió a hablarme.

—Lo hacen siempre, es uno de sus juegos. Les echan restos de pescado para que se junten a comer y entonces, entre unos cuantos, les tiran una de las redes de pescar para atraparlos. Los pulpos se quedan como atontados, por el peso y porque no saben qué está pasando. Pero nunca los habían colgado así, delante de todos. Otras veces dejan uno en la puerta de la casa de Giorgi, o si están seguros de que él no está hasta se atreven a entrar y lo tiran encima de la cama. —Aggeliki relataba los hechos ordenadamente, como si nombrarlos por separado pudiera atenuar la brutalidad de su propósito—. Tú tampoco lo entiendes, ¿verdad?

Negué con la cabeza, sobrecogida por la imagen de la cuerda y la colada esperpéntica que pendía de ella, cercada por el bullicio que empezaba a revelarse en todo su ensañamiento.

—Les divierte oírle gritar. Giorgi no habla, pero cuando algo le duele o le enfada mucho encuentra la voz. —Aggeliki se estremeció, como si la atravesara una corriente helada, y me apretó la mano antes de soltarla—. Tengo que irme —dijo, apartándose de mí—, pero gracias por el helado, y por todo.

Mientras la veía alejarse por la calle hacia las afueras del pueblo, resuelta y frágil dentro de su vestido, con sus sandalias demasiado grandes guiándola hasta donde su madre la esperaba, la brisa que se levantaba al anochecer volvió a dispersar los fragmentos de esa genealogía que había vislumbrado. Como otras veces, Aggeliki se dio la vuelta para decirme algo más antes de desaparecer.

—No vayas a casa de Erietta hoy. Ya se habrá enterado y no querrá ver a nadie.

Y, otra vez, nuestra despedida era la banderita que temblaba unos instantes sobre todo lo que no llegábamos a decir antes de separarnos y quedar nuevamente varadas en islas separadas.

No volvimos a hablar de lo sucedido, tampoco con Erietta. Pero pasados unos días supe que Aggeliki tenía razón al decir que ella lo sabría. La niña había ido con su madre a visitar a unos familiares al otro lado de la isla, y estábamos sentadas en el patio las dos solas. Erietta mencionó su carácter obstinado y cómo esa rebeldía se mezclaba con el deseo de ser aceptada.

—Me preocupa que esté siempre tan sola y que no quiera ir a la escuela. Sé que en gran parte es culpa mía, que lo que ella ve en mí no es siempre una buena influencia. Porque Aggeliki tiene que vivir aquí; difícilmente encontrará la forma de hacerlo en otra parte.

Se quedó pensativa y, igual que los días que había estado enferma, pareció regresar a un pasado que le resultaba al mismo tiempo extraño y doloroso, como si sólo en parte le perteneciera.

—Cuando decidí trasladarme a esta casa, sentí que no podía hacer otra cosa. Las miradas, los murmullos llegaron a hacerse insoportables, y la idea de que mi hijo tuviera que vivir con eso me horrorizaba. Viniendo aquí, lo aparté para siempre del tipo de vida que me habían dado mis padres. —Erietta tenía las manos dobladas en el regazo, como las alas de un pájaro dormido—. Nunca te he preguntado si tienes hijos—dijo entonces.

Negué con la cabeza, apartando el recuerdo de cómo Claudio había eludido mi pregunta de si algún día querría tenerlos.

—Quizá aún los tengas, en el momento menos pensado. —Más que una afirmación, era una necesidad de expresar aquello que el pudor le impedía explicar, pero esperaba que yo entendiera—. Entonces descubrirás que los hijos son lo único capaz de romperte el corazón todos los días. —Se miraba las manos, y en su quietud yacía una pregunta sin respuesta, una angustia contenida que había visto asomar otras veces, cuando no se sentía observada—. Con ellos se vuelve a sentir toda la ociosidad del mundo, esos actos de puro aburrimiento. Con Giorgi, nuestro aislamiento se convirtió en un motivo más de crueldad hacia él. Los otros niños le hacían la vida imposible. —Su expresión, hasta ese momento serena, se contrajo en una mueca de desagrado —. Los años de colegio fueron un infierno. Llegaba, yo le daba la merienda en la mesa de la cocina y él, sin mirarme, tardaba un tiempo en recomponerse mientras masticaba, el pan y todo lo que no podía contarme pero que yo sabía. Porque uno les entiende siempre, suceda lo que suceda, hagan lo que hagan.

Lo que les pasa a ellos vuelve a pasarnos a nosotros multiplicado por la imposibilidad de defenderlos.

Erietta se quedó callada unos segundos, y luego hizo algo insólito. Me pidió un cigarrillo.

—Hace años que no fumo. Figúrate, ahora, que es cuando menos debiera. —Aspiraba el humo en caladas pequeñas, sin tragárselo, y lo dejaba salir lentamente, como si con él sacara humores que habían permanecido encerrados dentro de ella—. Mi padre quiso comprar la casa, pero la familia de él se opuso. Era suya, como todo lo demás, y las mujeres se vengan de sus renuncias con los hijos varones.

Regresó entonces la imagen del viejo del restaurante y de su mujer, esperando que el hijo retirara la silla para sentarse; y de nuevo el haz de luz abriéndose paso en la geografía deshilachada de viejos rencores que sobrevivían al paso de los años y a la edad que iba postrando a sus habitantes.

—Mi padre me rogó que volviéramos con él a Inglaterra, pero yo me negué. Fue entonces cuando decidí arreglar esta casa, aunque nunca fuera a ser mía. Era raro el día que Giorgi no se escondía en alguna parte y yo tenía que buscarlo, a veces hasta pasada la hora de la cena. Lo encontraba agazapado en algún rincón del jardín, muerto de frío cuando era invierno; o, después de horas llamándolo, salía de debajo de la cama, como si su propia ausencia lo hubiera asustado. Al principio lo regañaba, pero al cabo de un tiempo dejé de enfadarme con él. Le entendía; yo habría hecho lo mismo. —Me miró, y en sus ojos flotaba de nuevo esa inquietud azulada, como una barquita perdida que extrañaba la costa, aunque supiera que ya nunca llegaría a ella—. Y ahora lleva tres días sin aparecer.

No veía cómo consolarla, pero Erietta no esperaba que lo hiciera. Sabía que Giorgi volvería, como lo hacía siempre, y que para lo que acababa de contarme no había consuelo posible porque eran las elecciones de toda una vida. Nuestra educación, tan parecida, hacía que rehuyéramos las escenas melodramáticas; la contención y la reserva sólo dejaban espacio para el silencio, y en él nos recompusimos, lentamente, yo de mi verano experimental, ella de una confesión que había postergado durante años.

—Tienes que ayudarme a conseguir que Aggeliki vaya a la escuela—dijo al fin—. Se acerca el día, pero ella puede ponerse tozuda hasta el último momento, y su madre no tiene especial interés en que vaya. Prométeme que me ayudarás. —Mientras hablaba hacía girar el anillo, como si recordara

consejos que ella había desoído—. A ti te escucha, aunque no te lo parezca. Desde tu llegada ha cambiado; la conozco bien y observo esas pequeñas mutaciones que provocan las personas que nos abren ventanas a otros lugares. Yo ya soy demasiado vieja para eso, para que nadie vea en mí algo que esperance. ¿Lo harás?

—Te lo prometo—respondí.

Y en el momento que lo decía me prometí acordarme siempre de ella, de todas las cosas que me había dicho y de la lucha contra la banalidad del mundo que la había hecho como era. El precio que había pagado era altísimo, la delgadez de sus días lo atestiguaba. Pero ese fulgor que se resistía a disolverse en el reproche o la melancolía, incluso cuando era sólo un centelleo afilado y fugaz, iluminaba todo lo que tocaba con la prueba de una voluntad inconmovible y pura.

19

En otro tiempo, la carta que dejó Claudio me habría ocupado el pensamiento durante días. Solía hacerlo los años que estuvimos casados. Claudio redactaba largos escritos que dejaba en mi escritorio o en la cómoda del baño. Al principio, yo los abría con la anticipación de leer algo íntimo y meditado que en el día a día no encontraba la manera de expresar. Pero pronto me di cuenta de que era una ocasión más para hablar de él, y una forma bizantina de señalar algún rasgo mío que le resultaba decepcionante. Nunca pasábamos más de dos o tres días separados, y sin embargo la solemnidad de esas misivas abría un abismo entre nosotros, aunque él, a dos calles de allí, en su despacho, lo ignorara.

En la carta me hablaba de una excursión a la playa del barco hundido. Se entretenía en las bondades del paisaje y los locales, en particular del Cuervo, del que tantas veces nos habíamos reído. Gracias a él habían resuelto el problema del transporte, al ofrecerles la motocicleta del joven taciturno que ayudaba a la mujer siempre bien dispuesta que regentaba la tienda. «Son familia», apuntaba vagamente, y me instaba a aprovechar la generosidad tosca pero auténtica que me rodeaba.

La leí deprisa, impacientándome con los lugares comunes y los apartes que sacaban a relucir todo aquello en lo que no había reparado cuando era yo quien lo acompañaba. Hasta llegar a la parte que siguió retumbando en mi cabeza.

Me di cuenta de que el desinterés de Rita te sorprendía. Te conozco, y sé que dejaste que su indiferencia te hiriera; lo vi al despedirte. No se lo tengas en cuenta. A veces, los otros aprecian en nosotros cosas que nosotros mismos elegimos no ver. La presencia de Paul, tan evidentemente seductor, y las asociaciones propias de una mujer como ella, convencional y atrincherada en la seguridad de un matrimonio de toda la vida. Puede que yo haya tenido que ver en su juicio respecto a tu decisión de venir aquí sola, o aparentemente sola. Ya sabes que la separación fue difícil para todos y que la gente interpreta con sangre todo lo que en esos momentos tristes se dice del otro.

«Todo lo que en esos momentos tristes se dice del otro». Tuve entonces la certeza de que Claudio había hablado de mí injustamente a los que en un tiempo también creí que eran mis amigos.

Un domingo almorzábamos en la cocina de la casa de la ciudad. No era frecuente que estuviéramos solos, salvo los fines de semana. Ese día hablábamos de unos conocidos que se estaban separando. Todo hacía creer que eran una pareja bien avenida, y Claudio especulaba sobre las posibles razones de ella para decidir poner fin al matrimonio. Solía tomar partido por las mujeres, con la explicación recurrente de que sus maridos se habían entibiado y ya no las miraban «como una mujer desea que la miren», decía, librándose de ese descuido que a mí me parecía superfluo e incomprensible.

En un momento de la conversación dijo que no había nada peor que te dejaran sin otro motivo que no fuera que ya no querían estar contigo. Le pregunté si no era siempre ésa la razón, y si no le parecía peor que además te dejaran por otra persona. Claudio no dudó en responder que no; si uno se va porque se enamora de otro, no dice nada del que es dejado, mientras que lo otro indica claramente que eligen la soledad por encima de tu compañía. Su respuesta me dejó helada.

—Entonces ¿preferirías que yo te dejara por otro?

—Claro. Sólo que eso es imposible. Tú no podrías estar con nadie que no fuera yo.

«No podrías estar con nadie que no fuera yo»; la frase que acostumbraba a pronunciar como una prueba irrefutable de amor quedó suspendida en los rayos de sol que entraban por los ventanales y bañaban las tazas de café usadas.

Buscando la calidez del aire, me levanté para abrir uno de ellos, y por él entró el chillido de las golondrinas que sobrevolaban el patio de manzana. En las enredaderas de los jardines desiertos de las plantas bajas brotaban las primeras flores de la primavera.

20

Los días transcurrían apacibles, pero con el presagio de una ausencia que ahora podía precisar, en Erietta y Aggeliki, incluso en Giorgi, con sus idas y venidas fantasmales. Además de en casa de Erietta, seguía encontrándome con él en mis paseos. El único cambio en nuestra relación era que ahora, al cruzarnos, me atrevía a tocarle. Él seguía oscilando entre la mancha azul del cielo en la que se imprimía su figura y el polvo que cubría sus alpargatas, con la mirada fija en algún punto entre la mía y el suelo, como si calculara sus movimientos para que el contacto no frenara la marcha hacia nuestros respectivos destinos. Pero yo ya sentía que lo conocía, y esa familiaridad hacía que buscara un entendimiento que nuestra incomunicación verbal impedía.

Ponía la mano en su hombro, el tiempo que duraba el cruce de caminos, y en una ocasión, al verle de lejos, me apresuré a alcanzarlo. Estábamos llegando a lo alto de una de las colinas, donde el sendero se bifurcaba para bajar de nuevo a la costa o hacia el barranco donde él tenía su cabaña. Al rozarle la espalda se sobresaltó, se dio la vuelta y durante unos segundos me miró directamente a los ojos. Era como si quisiera expresar algo y, al no poder, buscara que lo rescatase, que le diera un signo de que comprendía. Pero fue sólo un instante. Luego emprendió apresuradamente el camino que bajaba hacia el barranco y, antes de que desapareciera en el arco que formaban las encinas donde la vegetación se hacía más densa, lo vi agacharse para recoger algo del suelo.

Esa tarde, yo me dirigía a casa de Erietta, y al volver a la mía al anochecer encontré una pluma de abubilla en la mesa del patio. Sobre el cálamo había un guijarro blanco, perfectamente redondo, con una protuberancia gris en un extremo. No era grande, apenas habría abultado en el bolsillo de un pantalón ancho. Giorgi llevaba los suyos sujetos con una cuerda por debajo de la cintura, como Andrés, el hombre que atendía el huerto de mis abuelos.

Mientras me miraba, Giorgi movía la mano en el interior de uno de los bolsillos.

Las horas de luz se acortaban, como se acortaban los días que me quedaban en la isla. Movida por la prisa del tiempo que se acaba, empecé a explorar los lugares a los que no podía llegar a pie. Tomé un autobús hasta la ermita que había en el punto más alto de la isla. Aparte de mí, en él iba sólo una pareja de franceses que habían recorrido la ruta de los monasterios en la península.

«Pas grand-chose», dijo la mujer mientras esperábamos sentadas en el patio a que su marido finalizara la visita, acompañado por el monje que estaba a su cargo. A las mujeres no les estaba permitida la entrada y ninguna de las dos tenía ánimo para discutir; ella, porque debía de estar harta de hacerlo en otros monumentos más significativos; yo, aliviada por no tener que defender una modernidad que a Claudio le habría divertido reivindicar frente al joven, que bastante tenía con soportar las intrusiones de extraños con los que no podía comunicarse más que con signos.

No había un transporte previsto para ir a la costa sur de la isla. Carecía de acceso a las playas y la línea continua de acantilados miraba a mar abierto. Era uno de los lugares de los que me había hablado Gilles, aventurando que me gustaría.

«Tendríamos que ir por tierra; por mar hay que bordear toda la costa, y mis dotes de marinero resultarían claramente insuficientes. Pero la excursión merece la pena si uno siente predilección por la belleza inhóspita de los paisajes vacíos», había dicho cuando aún parecía que habría ocasión de visitarlos juntos.

Llegué a pie, siguiendo la carretera que arrancaba en la gasolinera en dirección opuesta a la que habíamos tomado para regresar al puerto la tarde que nos conocimos. La carretera bajaba hasta casi llegar a la otra población de la isla, acostada entre dos riscos y sin aparente salida al mar; pero pasaba de largo, bordeando uno de los cerros hacia el este. Desde la cima se veía que sí tenía un pequeño puerto con una docena de embarcaciones de juguete, todas azules, todas de pesca, y detrás de las últimas casas, un damero de huertos que se adentraba en el valle. Formaba un mundo aparte, celoso de proteger su modesta prosperidad de los extranjeros. En una de esas casas debía de vivir la amiga de Erietta.

La carretera terminaba abruptamente en una explanada, como si al construirla hubiera existido una idea que luego se desechara. En las grietas del asfalto y los bordes, tan deteriorados que se confundían con la tierra, crecían penachos de hierba quemada por el sol, y desde uno de esos lindes salía la continuación de lo que había sido el antiguo camino. La línea del horizonte quedaba suspendida sobre el abismo que se intuía; no reposaba ni en el mar ni en la tierra.

Me asomé al acantilado y allí estaban, los restos del barco hundido, varado frente a la cueva que se abría en la roca y se unía a la playa de arena blanca que los turistas fotografiaban desde los barcos de línea que vendían el recorrido completo de la costa. Sólo podía accederse a la playa por mar, y desde allí no se vería el edificio en ruinas que había en lo alto, un poco retirado de la caída: el viejo sanatorio que nadie visitaba. Ése era el paraje al que se había referido Gilles, expuesto y ventoso, con una única huella humana, olvidada por todos.

Había retomado mi antigua costumbre de llevar la cámara de fotos. En nuestros viajes, era siempre Claudio quien se encargaba de registrar y archivar nuestros itinerarios. Luego pasaba horas revisando y retocando las fotografías, ordenándolas en reportajes que veíamos juntos o que proyectaba para los invitados. Cuando estábamos solos, no me costaba sumarme al placer que le producía vernos como los protagonistas de una historia que despertaría la envidia de todos; pero cuando había público, esas sesiones se me hacían interminables, y me esforzaba por disimular la desazón que me causaba esa épica de nosotros mismos. No sabía explicarle que en sus encuadres perfectos faltaba lo que había visto yo en los ratos que me desviaba del recorrido: un gato calentándose al sol con los ojos entrecerrados, una mujer malhumorada al verse sorprendida por la presencia de unos intrusos que se asomaban al patio de su casa, o el contraste de un atardecer aterciopelado con los plásticos multicolores diseminados por el camino que transitábamos.

La fotografía, para mí, era una forma de captar lo que escapaba al ojo desnudo; lo contrario del afán sistemático del turista de llevarse aquello por lo que había pagado. Era un azar, que tanto podía regalarte una profusión de imágenes como hacer que volvieras a casa con las manos vacías. A veces no llegaba a destapar el objetivo, cuando la visión era demasiado amplia para que pudiera encuadrarse en una instantánea o porque el recuerdo ya estaba trabajando en el momento que sucedía y no quería contenerlo en imágenes fijas.

El viejo sanatorio era una sucesión de omisiones, todo él una proyección ignorada. Dejado de la mano de Dios: esa expresión, tan gráfica, tan rara, allí se volvía diáfana.

La antigua presencia de los pacientes se hacía notar en las estancias destartaladas. El peso de sus cuerpos permanecía en las fundas de rayas grises y rojizas descoloridas de los colchones. La lana apelmazada por la humedad brotaba allí donde la tela se había rasgado, y los orinales, algunos tumbados por el tráfago de las ratas y los gatos salvajes, seguían debajo de las camas de hierro.

Los pájaros entraban por las ventanas del inmenso vestíbulo en el que sólo quedaban algunas sillas desvencijadas y el mostrador, pequeño y protegido por un marco de madera que en su día debió de sostener un vidrio. Entraban por una y salían por otra, tentando la penumbra hasta encontrar la boca de luz por la que emergían, aturdidos al recobrar la libertad del cielo.

En la parte trasera había una estructura de hierro en la que aún brillaban restos del vidrio que había cubierto el esqueleto de lo que seguramente había sido un invernadero. Allí los pájaros trazaban sus arabescos sin riesgo de chocar contra nada sólido que los hiriera, salvo los afilados dientes de cristal, que sorteaban con una precisión milagrosa, pese a la velocidad y el atolondramiento de su vuelo.

En el trayecto de vuelta, en el tramo de carretera que pasaba más cerca del pueblo, el conductor de una camioneta que transportaba cajas de hortalizas se ofreció a llevarme al puerto. Desde allí recorrí el camino hasta la playa deprisa, ansiosa por llegar a casa de Erietta antes de que se retirara. La necesidad de hablar en voz alta de lo que había visto y fotografiado avivaba mi paso, embriagada aún por la atmósfera de abandono que infundía el lugar, satisfecha por haberlo visitado, insegura de si habría logrado captarlo en imágenes que no fueran meras postales.

Pero ese día a Erietta no le impresionaron mis vuelos poéticos. Guardó silencio mientras le hablaba de las fotografías que había tomado con un brillo de impaciencia en los ojos, o mirándose las manos, como una tejedora que aguarda el fin de una distracción para retomar su labor. Me di cuenta de que en el patio todo estaba recogido, y que seguramente había salido al oírme llegar. Me excusé por la hora, pero cuando estaba a punto de levantarme interrumpió mis disculpas.

—Ese hálito de misterio un poco siniestro que describes me parece incompatible con el calor, francamente.

Tenía razón. Es posible que jugara a anticipar el frío desde la bonanza de la estación, imaginando una realidad que nada tenía que ver conmigo. En unas semanas, ese paraje sería un lugar igual de desolado, pero yo ya no estaría allí para ver cómo la ceniza de la noche caía sobre él, ni para escuchar el sonido seco de los plásticos azotados por el viento y la lluvia.

—Dudo que las almas que estaban confinadas en ese horrible edificio vieran la mínima belleza en nada de lo que las rodeaba. Ni siquiera en el invernadero, puesto allí para que se distrajeran con las flores.

Me quedé callada. Erietta tenía ese efecto en mí, el mismo que experimenté cuando afirmó que el canto que había oído no podía ser el de una tórtola. Sus apreciaciones resultaban algo intempestivas en relación con la relativa inocencia de las mías, pero no eran arbitrarias. Era su aversión por la fatuidad la que hablaba; una alerta respecto a las presunciones a las que recurrimos para llenar con palabras aquello que desconocemos. Fue entonces cuando me habló de Hans.

—Cuando me preguntaste por esa tumba que viste en el cementerio, la del alemán, no te dije que habíamos sido amigos. Me cuesta hablar de las personas que me han sido cercanas. Quizá porque los tratos con el corazón son muy privados, algo que se departe en silencio. Pero durante un tiempo fuimos muy amigos.

Hans había salido de Hamburgo con destino a Argelia, pero nunca llegó a la costa africana. Había ahorrado suficiente dinero para vivir modestamente sin trabajar nunca más.

—Venía de paso, para repostar carburante, pero le cogió gusto a la isla. Vivía en el barco, y al principio pasaba días enteros sin pisar tierra. Prefería estar fondeado en el centro de la bahía que la proximidad de los amarres; el pequeño bote de goma que mantenía atado a la popa le bastaba para bajar a puerto. Fue allí donde lo conocí; entonces yo aún vivía en el pueblo.

Hice mis cálculos, y Erietta debía de tener entonces más o menos mi edad, y Giorgi, la de Aggeliki.

Al parecer, el refugio de Giorgi había sido obra suya. Se habían conocido en la misma playa donde habíamos presenciado el episodio de los pulpos con Aggeliki, y fue Giorgi quien lo llevó a casa de su madre. Hasta ese día, Hans y ella sólo se habían encontrado en la tienda de comestibles.

—Tendrías que haber visto la mirada de la vieja. «Hechos el uno para el otro», parecía decir. Nada la complacía más que la idea de dos náufragos

hundiéndose juntos ante la indiferencia del mundo; del suyo, pequeño, mezquino y bien arraigado. Giorgi lo miraba como quien contempla a un dios bajado a la tierra. Un día se fueron nada más terminar de comer. Luego supe que hacía semanas que habían iniciado la reconstrucción de la cuadra abandonada. Giorgi estaba transformado, Hans empezó a venir a casa con más frecuencia, y las tardes se alargaban hasta la hora de la cena.

Imaginé la novedad de la compañía en las largas veladas después de que Giorgi se acostara. A Erietta joven, incisiva, con un interlocutor que pudiera comprender algo de lo que era su vida.

—«Yo también tengo una hija», me dijo un día. Pero su madre y él se habían distanciado hacía años. No hizo falta que dijera nada más. Con eso entendí que arrastraba una larga y pesada carga. El sueño de Hans había sido siempre jubilarse en el barco, y cuando pudo dejar de trabajar, puso rumbo a la ciudad donde había crecido su escritor preferido. Una empresa absurda, pero que éste habría aprobado. «Todos somos absurdos»; solía repetirlo a menudo, y a mí me exasperaba esa idea de vivir sin un propósito, sin una dirección.

No consigo recordar qué dijo exactamente a continuación. No fue «Me di cuenta tarde», ni «Sólo cuando ya no estaba», pero me pareció que ése era el significado que traslucían sus palabras.

—Hans era una bella persona, un alma extraviada. Esa parte de él que no era visible, la que andaba a su lado, afloraba cuando tocaba la guitarra, acompañando las estrofas de canciones que recordaba sólo fragmentariamente, y cuando observaba los pájaros. No conocía sus nombres, tampoco en alemán, pero imitaba sus cantos. Giorgi lo aprendió de él; en Hans encontró la primera persona cuya vida le interesaba. De hecho, no creo que haya encontrado otra, salvo Aggeliki, pero eso es distinto.

»Una vez llegó a casa tarde, cuando ya habíamos cenado. Hacía días que no pasaba por aquí, cuando ya teníamos la costumbre de reunirnos prácticamente a diario. Venía del antiguo sanatorio. Se sentó y, como tú, me habló de la belleza del lugar, de los pájaros entrando y saliendo del edificio. Hans tenía un hermano. Había muerto joven, nunca me contó cómo, ni yo se lo pregunté. Pero había algo en ese paraje que le recordaba a él. "No podemos comprender el sufrimiento de otros", me dijo ese día. "Hacemos como si lo entendiéramos, pero no es cierto, y en el caso de una persona enferma, es imposible". Yo estaba cansada y molesta por su ausencia, y le respondí con un rencor inmerecido. Hans se quedó callado, encerrado en un silencio abatido. Si hubiera sido un

edificio, su aspecto habría sido igual de triste y remoto que el del viejo hospital. Nunca me lo he perdonado.

Cuando volvió a hablar, fue para preguntarme por Gilles.

—¿Fue él quien te habló de ese sitio?

Gilles me había contado que tenía una hija a la que veía poco desde que se había separado de su madre y, animada por la semejanza con el pasado de Hans, elucubré despreocupadamente sobre sus razones.

—Le pesaba haberse equivocado, la duda de si las cosas habrían podido ser de otra manera—dije.

Erietta me regaló una mirada gélida.

—Algo parecido le dije a Hans: «Lo siento, no puedo compartir tus desgracias. Menos aún tus muertos; ésos son de cada uno».

Permanecimos un rato en silencio, envueltas en la oscuridad que reinaba alrededor del halo de luz en el que estábamos sentadas. Erietta se levantó despacio, con cuidado de no perturbar a aquellos que la habitaban; entró en casa y volvió con una hoja de papel.

—La mañana que vino a despedirse llegó muy acalorado, supongo que de tu casa. Yo ya había desayunado y no quiso aceptar más que un vaso de agua. Se marchaba al día siguiente en el primer ferri. Dejó una dirección. No dijo que fuera para ti, pero no hacía falta.

Dobló la hoja antes de dármela, y en el gesto de unir las dos mitades por el centro me pareció que me entregaba algo más que unas señas.

—Sé que no le escribirás, no ahora. Quizá nunca lo hagas, pero no te confundas. Gilles vino para despedirse de ti; fue la única forma que encontró de hacerlo. Nos pasamos la vida tratando de ser amables con personas que no nos quieren; en cambio, desatendemos a aquellas que anhelan nuestra compañía, que nos necesitan.

Aggeliki y yo no volvimos a ir juntas al puerto. Comprendí que para ella nada de lo sucedido era nuevo, como tampoco lo era la violencia soterrada que habíamos presenciado en la playa. La escena en la tienda de Olympia había dejado un resquemor en ambas, que hacía imposible disimular que lo que había en el fondo del trato que dispensaban a Aggeliki y a Giorgi no era otra cosa que una sordera ancestral; una manera de alcanzar a la persona a la que querían herir.

Erietta había hecho su vida allí, pero apartada de todo cuanto la rodeaba, y su marginalidad la hacía sospechosa de algo imperdonable. En su imposibilidad de defenderse veía la mía, presuntuosamente, puesto que a mí nadie me atacaba. Pero había algo más. No era sólo saber que se acortaba el tiempo hasta el momento de despedirme de ella, y del paisaje que, sin pertenecer a él, me había adoptado como un hogar transitorio. Era como si temiera que, al separarme físicamente de ella, fuera a perder una integridad que sólo había empezado a conquistar lejos de todo cuanto me era conocido.

Presentía ese cambio en visiones concretas del regreso. Claudio entrando en mi casa como si aún fuera la suya, opinando sobre la disposición de los muebles o el desorden en mi mesa de trabajo; y la pretensión de ser buenos amigos, cuando ambos sabíamos que no éramos capaces de interesarnos por la vida del otro si ya no formábamos parte de ella.

Recordaba mi encuentro con Paul como algo lejano, pero seguía doliéndome, como si presintiera la posibilidad de que se repitiera algo parecido; la reaparición de la misma esperanza errante, mal depositada, y los sucesivos desencantos para los que ya no podría encontrar justificación. Las palabras de Claudio resonaban como un eco determinante que, aun sabiendo que era sólo eso, un eco, me atrapaba como una red de medias verdades tejidas cuidadosamente a plena luz.

Me asaltaba la incomodidad de haber pospuesto algo a lo que debía enfrentarme, y esa demora se me aparecía ahora como una huida. Se lo confesé a Erietta, con palabras parecidas a propósito de la carta.

—¿Puedo leerte una parte?

Erietta asintió, arqueando levemente las cejas al ver que la llevaba en el bolsillo.

—Tendrás que afrontarlo, de la forma que te resulte más liviana—dijo después de leerle las frases en las que Claudio apuntaba, sin reconocerlo, una parte de responsabilidad en la frialdad de nuestros amigos hacia mí—. Verás, es posible que esas personas no fueran nunca amigas de verdad. Lo eran a través de Claudio, por curiosidad o por conveniencia. Pero te han sustituido, Fiona. —Pronunció mi nombre con una suavidad desacostumbrada, atenta al efecto de sus palabras.

—Y Claudio… Él fue el primero en hacerlo.

—Es cierto, pero tú lo dispusiste así. Nunca quisiste estar allí del todo, y un día te marchaste. Al final encontraste la fuerza para abandonar aquello que no

deseabas, y Claudio lo aceptó, relativamente bien, sin resistencia. Al fin y al cabo, seguís siendo amigos.

Relativamente bien, sin resistencia; Erietta tenía razón. Pero seguía sin comprender por qué, si éramos amigos, había sembrado el rumor de que le había sido infiel.

—Tú decidiste irte, pero fuiste ingenua al pensar que podrías conservarlo todo como estaba, y que Claudio no buscaría el camino más fácil para dejar atrás esa vida. Hay cosas que elegimos no ver durante mucho tiempo, pero que nos acaban alcanzando, y cuando lo hacen, es mejor abrirles la puerta que seguir viviendo a oscuras. —Erietta se detuvo al darse cuenta de que todo aquello amanecía en mí por primera vez y, como si por un instante dudara de si rectificar, añadió—: Perdóname, no quería ser brusca contigo…

Mi confusión me azoraba, como el día que mi abuela me había sorprendido llorando en el patio trasero de casa; más aún, porque sentía que, si no hubiéramos sido dos mujeres adultas, si yo hubiera sido una niña, Erietta habría podido preguntarme: «Pero ¿qué te pasa, criatura?».

—Discúlpame—repitió Erietta—. Te entiendo, pero me resulta todo tan lejano… No podemos cambiar la forma en que nos ven aquellos que ya se han hecho una idea de cómo somos. Es inútil tratar de modificar la imagen que se antepone a nuestros actos. Y en las separaciones esa diferencia se amplifica, por necesidad, porque todos tenemos que contarnos la historia de manera que podamos seguir viviendo con ella.

En un instante, los años nos alcanzaron, inexorablemente, pero con la suavidad de un manto que nos cobijaba a ambas; a ella, varada en ese lugar remoto en el que la voluntad y el tiempo le habían permitido alejarse de todo; a mí, en el borde del abismo futuro que volvía a atemorizarme. El rostro de Erietta parecía haberse arrugado de golpe sobre unas líneas que ya estaban, pero que su viveza habitual disimulaba, y las piernas que asomaban por debajo de mi vestido no eran ya las de una niña que, rodeada de su familia, podía eludir el vacío que le causaba lo desconocido.

—Perdóname—dijo aún una tercera vez. Oímos entonces el canto de la tórtola, y Erietta sonrió con una tristeza infinita—. También por lo que te dije. Sí cantan, aunque sea de noche.

Y yo le conté que en la isla donde solía pasar los veranos, los gallos cantaban caprichosamente a todas horas.

21

Llegó el día de despedir a Aggeliki en el muelle. Acudimos temprano, mucho antes de la hora de salida. Erietta me había pedido que fuera a buscarla con tiempo para hacer el camino a pie desde su casa. Hasta la noche anterior traté de convencerla de que nos recogiera un coche, pero no quería ni oír hablar de ello.

—Recorreré ese camino andando hasta el día que me muera—dijo, asegurándose de que la portezuela del patio quedaba bien cerrada.

Tardamos casi una hora, Erietta agarrada del brazo de Giorgi, yo acelerando el paso para adelantarme en algunos tramos, en otros quedándome rezagada para dejar espacio suficiente para que ellos pasaran. Erietta iba vestida como siempre, pero esa mañana se había puesto pendientes, unas perlas de oriente dorado, ligeramente irregulares, sujetas por una piedra oscura.

—¿Qué te parecen?—Al hablar, la piedra captaba la luz y devolvía un destello fugaz que con el siguiente movimiento de la cabeza desaparecía—. Hace años que no los llevo, por una promesa que hice por algo que ni recuerdo. —Y rio, ajustándose el moño en la nuca, y mostrándome luego la mano en la que llevaba puesto el anillo—. Estamos listos—añadió con decisión.

La sentía anciana y frágil, con su hijo crecido flanqueándola por el otro lado. Si a Erietta aquel lugar le traía recuerdos de una vida anterior, no dio ninguna señal de ello.

Para llegar al muelle teníamos que pasar forzosamente por el tramo de la playa donde descansaban las mesas vacías del restaurante del Cuervo, con las sillas apoyadas contra sus bordes para evitar que la humedad de la noche las empapara. Erietta pasó junto a ellas como si no estuvieran, atenta a sus pasos sobre la arena, y permaneció de cara al mar todo el tiempo que esperamos, como si la actividad que empezaba a desperezarse detrás de nosotros sucediera en otra parte.

Aggeliki llegó por el lado opuesto, desde el callejón donde colocaban el puesto de frutas y verduras. Como sucede a veces, tuve la intuición de una presencia que se acerca, y al darme la vuelta, aún pude verla andar desde la plaza hasta donde estábamos. Llegaba sola, con uno de sus vestiditos floreados

y la aureola de cabello oscuro que flotaba alrededor de su cara, con sus pasos rápidos y un brinco cada tantos.

—Ya viene—dije en voz alta.

Erietta se volvió para verla, soltándose del brazo de Giorgi y abriendo los suyos para recibirla.

Aggeliki la rodeó brevemente con los brazos por la cintura; luego se apartó, quedándose frente a nosotros con las piernas un poco separadas, los pies ligeramente abiertos y la mochila colgada a la espalda. «Estoy lista», parecía decir también ella, aunque su expresión delataba la lucha que aún tenía lugar para cumplir la promesa que había hecho.

—Estás lista—dijo Erietta, y en ese instante me di cuenta de que ese grupo singular que formábamos estaba allí por ella, como un racimo de uvas apretadas en un plato que había quedado inmenso y vacío.

Fueron llegando los otros niños, pocos, en grupos pequeños de dos o tres, algunos con sus madres; y según se agrupaban, Aggeliki parecía separarse de nosotros, no sé si físicamente o si era sólo el efecto de estar transitando hacia un lugar que no nos incluía.

Una vez en el ferri, Aggeliki se asomó a la cubierta, y allí, agarrada a la borda, la veía como unos minutos antes, de pie en el muelle, con los rasgos que hacían que fuera ella y no cualquier otra niña. Me pregunto si de no haberla conocido me habría llamado la atención algo en su postura, en la distancia que la separaba del resto, o si habría visto sólo a un grupo de chiquillos que se dirigían a su primer día de escuela en un colegio nuevo. Juraría que la vi achinar los ojos, como había hecho al mirar las fotografías de los jardines ingleses, pero estaba demasiado lejos para que eso fuera posible.

El día que despedimos a Aggeliki, Giorgi almorzó con nosotras. Fue la única vez que me senté con él a la mesa. Los imaginé a él y a Erietta cenando en la cocina, o calentándose con el sol de invierno mientras comían en silencio. Retirando luego las cosas de la mesa y entrando, al palidecer la luz deprisa, para refugiarse en el interior de la casa. Quizá para ellos los días de verano fueran los más desabridos, cuando las tardes se alargaban interminablemente hasta el momento de recogerse a la espera de una nueva luz. Nunca sabemos cómo son en su totalidad los lugares en los que no vivimos. En la memoria son como las

estancias de una casa parcialmente iluminada por un recuerdo, cuya planta no sabríamos dibujar, sólo algunas partes de su arquitectura.

Ese día, Giorgi llevó una lechuza envuelta en un paño. Conservo una imagen clara de él abriendo el hatillo, y de sus ojos rasgados y planos al descubrirla. Pero soy incapaz de situar el momento en que sucedió, si fue en el muelle para enseñársela a Aggeliki o ya de vuelta en casa de Erietta. Nada rodea ese recuerdo, ni la mirada atenta de Aggeliki ni el sobrio reconocimiento de Erietta. En la imagen está sólo Giorgi, a la vez luminoso y opaco por todo aquello que quedaba encerrado dentro de él y encontraba sólo silencio, con el fajo de trapos viejos entre las manos y una expresión de vigilancia y ternura, como la que se ve en las madres con sus recién nacidos.

Eran las manos de Erietta, con los mismos dedos largos y pausados, sólo que más anchas y fibrosas, como las de un campesino sujetando la empuñadura de una azada. Cuando me encontraba con él en los caminos, eran la pala de un remo inerte al final de sus brazos cubiertos de blanco; pero la última vez que lo vi, reposaban en sus rodillas y cimbreaban con ese aleteo casi imperceptible que había visto en las de su madre.

La víspera de mi partida bajé hasta el puerto al atardecer. Quería preservarlo en la memoria a la hora del día que más me gustaba, también mi preferida cuando había viajado a la isla con Claudio, aunque nunca nos quedábamos tan avanzado el verano; antes de que apareciera el primer signo de la estación siguiente, ya íbamos camino de otro puerto, acelerando el regreso.

Las terrazas estaban casi vacías, y en el paseo sólo quedaban algunas parejas de turistas, los últimos del verano, ya sin niños. La placita donde nos habíamos detenido con Aggeliki estaba desierta, y el puesto de frutas y hortalizas, recogido. Dudé de si tomar la calle empinada que subía hasta el cementerio para despedirme de la tumba de Humboldt, pero el recuerdo de los gatos apurando los restos de carne frente a la ermita me entristecía. Prefería el de mi encuentro con Gilles, aunque me hiciera rememorar el estado de esperanza en el que había llegado a la isla.

Le había escrito una postal formal y afectuosa, a la que no había respondido. Quizá lo haría a la dirección de casa, que había apuntado con el pretexto de invitarlo a vernos si algo lo llevaba por allí. Las respuestas no suelen llegar acompasadas con el tiempo de la espera; se adelantan o se demoran, y navegamos alrededor de ellas pescando en la noche, con una lucecita que avisa de nuestra presencia sin que nadie esté atento a ella. Giorgi estaba sentado en el

borde del porche de la barraca frente a la que Gilles solía amarrar la barca los días que estuvo allí. Sus alpargatas viejas descansaban en la arena, sus manos en las rodillas, de espaldas a los postes y la cuerda que colgaba entre ambos. Siguió mirando al frente mientras yo me acercaba por la orilla, como si en ese punto lejano hubiera algo que debía seguir guardando.

Me quedé de pie junto al escalón de cemento que separaba el porche de la playa, y entonces, cuando llevaba así unos minutos, Giorgi me agarró por el codo para que me sentara a su lado. Con el movimiento, el olor a pescado seco de las redes se unió al suyo, y, hombro con hombro, vimos oscurecerse la línea del horizonte, los malvas y azules del mar duplicados en el cielo, interrumpidos por el perfil incandescente de las montañas al otro lado del estrecho. Los restos de las estelas de las barcas que salían a pescar al anochecer aguantaban la respiración en los surcos de la arena un segundo antes de rendirse y recular. Y mientras a nuestro alrededor la noche se iba apoderando de las formas familiares, vislumbré la frágil esperanza de los animales vagabundos, entregados a una fe ciega en que nada malo sucederá antes de que acabe el día.

22

Los últimos días reviví las sensaciones de los septiembres de mi infancia. Llegaron los higos, y las almendras, que al partirlas sobre los muros de pared seca aún se dejaban pelar fácilmente, aunque en los bordes de la piel amarilla ya había aparecido esa línea parda que se pega a la carne blanca y tierna.

En la casa, a la vuelta de mi paseo o de visitar a Erietta, me esperaba el desorden de los objetos por recoger o recolocar en el sitio que ocupaban a mi llegada. Hojeaba los libros que había traído conmigo, dudando de si llevármelos o si eran lecturas a las que ya no regresaría, y el armario del dormitorio se iba vaciando de las prendas que no volvería a ponerme. Las piedras y conchas que había ido recolectando se agrupaban en clasificaciones variables según el cálculo provisional del espacio que quedaría en la maleta o mi estado de ánimo al verlas en las mesas y las estanterías.

«Éste puedes dejarlo—decía mi abuela al depositar los guijarros, las piñas y los esqueletos de erizo de mar en el interior de la caja donde guardaba mis tesoros—. Una vez en casa no sabrás qué hacer con él, y cuando volvamos el

verano que viene te gustará encontrarlo aquí, esperándote, como si fuera nuevo».

Tenía razón, aunque cuando el año siguiente levantaba la tapa los viera más pequeños y deslucidos que cuando me había desprendido de ellos. Pero ella se acordaba de por qué estaban allí, del día que los habíamos encontrado o de cómo yo los había llevado en los bolsillos atiborrados de mis vestidos. Ése era uno de los mejores momentos del verano, cuando abríamos la casa, y las habitaciones húmedas daban la bienvenida al calor seco que entraba por las ventanas anunciando días y días iguales, como un bostezo infinito sin otoño. La impaciencia por quitarme la ropa de ciudad y sacar las bolsas de playa, salpicadas de la cal que soltaban las paredes mientras la casa estaba cerrada, era el reverso de la recogida de los últimos días, cuando mi hermano y yo protestábamos porque el salabre, el catalejo y las sandalias de goma ya estaban guardados hasta el año siguiente.

El apremio de que todo quedara en su sitio, de evitar los olvidos de última hora—el cuaderno de los deberes del verano completado hacía semanas, los zapatos que habían quedado en el fondo del armario pero que servirían para los primeros días de colegio—no era algo de lo que se ocupaban otros. Lo que de niña vivía como la anticipación del cambio en los anocheceres al final del verano volvía entonces en forma de nostalgia y desasosiego.

Al regresar de casa de Erietta la última noche, acabé de ordenar la cocina, coloqué los libros que había apartado junto a los que estaban en la casa, y en el armario vacío del dormitorio dejé únicamente los pantalones y las sandalias que me pondría para el viaje. Todo lo que durante un tiempo había parecido eterno se condensó en el presentimiento de que no volvería, ni a la casa, ni a esa playa, ni a las emociones que había sentido la primera noche al acostarme, después de pasear por ella.

Habíamos cenado en el patio las dos solas. El aire tenía un filo casi otoñal, y la llama de las velas que Erietta había puesto en la mesa temblaban, a punto de extinguirse cada tanto. Pero resistieron hasta que terminamos; Erietta las apagó ahuecando la mano en la que llevaba puesto el anillo y permanecimos en silencio mientras el hilo titubeante de humo se desprendía de la mecha y desaparecía en la oscuridad alta del emparrado. Hice ademán de recoger los

platos que quedaban en la mesa, pero Erietta desechó el gesto negando con la cabeza.

—Mañana—dijo, poniendo su mano sobre la mía—. Mañana tendré todo el tiempo del mundo. Ahora invítame a un último cigarrillo.

Lo recibió en la palma de la mano, pero rechazó el encendedor que le tendía, como si el mínimo movimiento pudiera distraerla de aquello que se había propuesto antes de que fuera demasiado tarde.

—Nunca te conté qué fue de Hans. Después de esa noche que vino del viejo hospital, dejó de visitarme. Giorgi llegaba tarde y solo, y si cenaba, lo hacía de pie y de cualquier manera. Era su forma de hacerme saber que estaba enfadado, disconforme con cosas que lo herían, pero contra las que no podía hacer nada. Y entonces, en pleno invierno, se ausentó durante varios días. Hans había vuelto a pasar todo el tiempo en el barco, y en el pueblo se rumoreaba que lo estaba arreglando para zarpar de nuevo. Me enteré también de que veían a Giorgi merodeando por el puerto a horas intempestivas. Notaron la ausencia de Hans cuando dejó de ir a la taberna varias noches seguidas. En el pueblo lo apreciaban, las buenas propinas compensaban el hecho de que hubiera congeniado conmigo y que tratara a Giorgi como si fuera...—Las palabras «hijo suyo» o «un chico como los demás» dichas en voz alta habrían supuesto una traición a los que no estaban presentes—. Encontraron su cuerpo enredado en el cabo con que sujetaba la lancha auxiliar a la popa, entre la embarcación y la escalera. Acusaron a Giorgi de haberlo visto todo y no haber pedido ayuda. Giorgi pidiendo auxilio… Eso es realmente no saber nada de las personas.

El cigarrillo había permanecido intacto entre sus dedos mientras hablaba, y lo dejó en la mesa como si se desprendiera de algo que ya no necesitaba.

Erietta no dijo que Giorgi sería incapaz de algo así, ni adujo que era imposible saber qué había sucedido, puesto que no hubo testigos.

—Si así fue, lo hizo para protegerme de la única manera que sabía—dijo, simplemente—. Ésa es la historia. —Se puso en pie y anduvimos despacio, juntas pero sin tocarnos, hacia la puerta.

No queríamos despedirnos, todo era tan igual al día que nos habíamos conocido… La primera vez que la vi salir del agua me había parecido una figura sin edad. También al sortear el enfurruñamiento de Aggeliki, sentada con las piernas alrededor del fardo donde el mochuelo se resistía, como ella se

resistía a ir a la escuela. Sólo en presencia de su hijo tenía sus años, y habían sido pocas las veces que los había visto juntos.

Estaba demasiado oscuro para que las flores sirvieran de excusa para demorarnos más, todo habría parecido un pretexto demasiado evidente. Al llegar a la entrada nos abrazamos. Quería decirle que la admiraba, que esas semanas con ella habían sido como una pequeña vida que haría que la larga, la que se cierra a nuestro paso y vuelve a abrirse como la estela de un barco invertida, fuera para siempre distinta. Pero en los instantes de más sincera estima no es posible decir las cosas que sentimos, tal vez por lo que hemos escuchado o leído en otra parte.

No recuerdo qué palabras acabamos pronunciando, seguramente ninguna, hasta que Erietta dijo:

—No digas nada, no es necesario decir nada.

El cuerpo que estrechaba era la plegaria de un pájaro que pide un instante más de resguardo antes de que el viento lo empuje a abandonar el lugar en el que se ha refugiado. Al separarnos, Erietta se había quitado el anillo y me lo puso en la palma de la mano.

—Quiero que te lo quedes—dijo, cerrándome la mano alrededor del metal y la piedra calientes.

La casa me esperaba, vaciada de mi presencia, y al despertarme con la luz gris del alba era como si ya me hubiera ido. Me vi desde fuera, con los ojos de la que ya estaba en otra parte, enfundándome el traje de baño, empujando un mechón de pelo bajo el gorro de goma, decidida a cumplir con mi recorrido pese a que el día había amanecido fresco y nublado. Recordé las palabras de Erietta respecto a las personas que siempre parecen llegar tarde a su propia vida, y entendí que no se referían únicamente a Gilles, ni al alemán errante enterrado en el cementerio. Sentí la urgencia de decirle todo lo que no había expresado; sobre todo, que no me había pasado inadvertida la belleza que nos roza mientras vivimos distraídos por aquello que creemos echar de menos y que en realidad ya no queremos. Erietta me había ofrecido cuanto tenía; sin embargo, yo había sido parca en mis manifestaciones, lenta en corresponder a la hospitalidad que me había brindado desde el primer día.

Me vestí deprisa, cerré la casa y dejé el equipaje junto a la puerta, como si acabara de llegar y fuera a recoger las llaves que había olvidado. Cuando un

impulso amanece inesperadamente en nuestro interior, no atiende a los signos externos; a la hora del día, a la inoportunidad de actuar bajo el efecto de esa pulsión impostergable; a lo que menos, al estado en el que puede hallarse la persona hacia la que nos movemos atropelladamente. Avanzaba por el sendero, repitiendo a media voz las frases que le diría. Imaginaba su sonrisa, un poco sorprendida, y cómo la despedida tomaría entonces un tono menos sombrío y definitivo. Abrí la portezuela y tuve que retroceder para cerrarla, tal era la prisa por consumar el instante imaginado.

Una vez en el patio, vi que la casa aún estaba cerrada. Las copas y las velas de la noche anterior seguían en la mesa, y al detenerme junto a la puerta vi a Erietta a través de la ventana, inclinada frente al fogón, con la cabellera gris suelta sobre los hombros, esperando a que el agua hirviera.

La luz que colgaba encima de la mesa estaba encendida, el resto de la estancia, en penumbra, y en el esmalte azul de la tetera brillaban las oscilaciones cálidas del fuego. Vertió el agua, esperó unos segundos, calentándose las manos sobre la loza, y luego desapareció por la puerta del dormitorio. Cuando volvió a la cocina, llevaba puesta la rebeca negra sobre el camisón largo de hilo y se había recogido el pelo. Se sirvió una taza, dejó en la mesa el libro que había cogido y se sentó, de cara a la ventana.

No la vi abrirlo. La dejé mirando hacia la playa, donde el suave oleaje empezaba a entrar desde fuera de la bahía. Fue la última vez que la vi, sola y en silencio, con las manos vacías sobre las tapas del libro, sin atreverme a entrar. La última imagen que conservo de la isla es el puerto agazapado al pie de la colina, envuelto en las brumas perladas de la mañana, y un sol que era una luna llena levantándose por encima de la silueta de la capilla del cementerio.

II

1

14 *de octubre*

Querida Fiona:

Los últimos veraneantes se han ido, y con ellos, el barullo que conociste en la isla. Las otras dos casas de la playa están cerradas, también los restaurantes y las tiendas del puerto; sólo está abierto el colmado. Los días se acortan y la vida se repliega en las pocas casas que quedan habitadas. Así fue al final del verano que llegué aquí, y yo me replegué en la mía, encima de la tienda que entonces regentaba la bisabuela de Olympia. El goteo de los parientes que venían a pasar el día desde el continente se fue secando hasta que en el ferri llegaban sólo las provisiones de la semana y los dos hombres que ayudaban a descargarlas. Giorgi nació un año después, el 31 de octubre.

Te gustaría verla ahora. Las islas son lugares extraños cuando el verano acaba; he tenido años para comprobarlo, en distintas tonalidades. Con Giorgi pequeño, eran las del ansia y la esperanza. Ahora se acompasan con las que vierte el cielo sobre la bahía al final del día, grises y nacarados como el interior de una ostra, de un rosa ensangrentado cuando el día ha sido muy claro.

Giorgi viene todas las tardes, como si también él notara el vacío y no quisiera que lo alcanzara lejos de casa. A veces salimos a pasear hasta la cima desde donde se ve la playa de cantos rodados. Giorgi mira un punto fijo, hacia el islote que hay en el extremo más alejado. Parece un ángel custodio, recto como una escoba. Y si ese día vemos pasar un carguero, deslizándose por la costura entre el cielo y la tierra, busca el contacto de mi hombro, sin dejar de mirar las luces, hasta que las de popa desaparecen como un accidente mecánico en un horizonte cada vez más tenue. Si guarda algún recuerdo de lo que hay al otro lado del estrecho, no puede ser bueno.

Nunca jugó con otros niños. Se saltó la infancia, luego la adolescencia, y después todas las edades quedaron fundidas en una única edad indefinida. No le preocupaba que lo aceptaran y supo encontrar modelos para su rebeldía. De Hans aprendió a liberar los pájaros. Algunos aquí tienen la costumbre de

enjaularlos, no sólo a las palomas, también a las aves que sienten la llamada del frío. Es terrible verlas estrellarse contra las mallas metálicas para seguir a las que son libres.

Giorgi no tenía más de nueve o diez años cuando Hans lo llevó con él para abrir las jaulas. Yo me enteré después, en el pueblo, y supe que habían sido ellos porque fue el día que Giorgi lo trajo a casa. Ya entonces era incapaz de regañarle por aquello que estaba mal pero que en el fondo aplaudía; y ahora que soy vieja, a veces me parece que él es el padre.

De regreso a casa se oye el balido de los cabritos llamando a sus madres, y las nubes replican las copas de los olivos en su versión celeste. El mundo se aparece entonces como un espejo en el que mirarse, y la imagen que te devuelve es amable.

Giorgi y yo salíamos de la isla los primeros años para visitar a mis padres cuando aún vivían. Pronto desistieron en su empeño de que nos quedáramos con ellos; mi madre, porque ya estaba cansada, y mi padre, porque creo que a través de mí vivía parte de la aventura que le había faltado. «Nunca es tarde», solía decir; «Nunca te lo creas», eso dicen los tontos. Siempre es tarde, para casi todo, pero siempre existe una alternativa. No deseaba para nosotros la vida que habríamos tenido en Inglaterra.

Mi padre murió una noche de agosto, en el momento más caluroso del verano. Esa noche soñé que estaba sentado en mi cama, como cuando de niña iba a mi habitación a darme las buenas noches. Hablaba y hablaba y nunca se impacientaba con las preguntas que yo le hacía para retenerlo. Me desperté antes de que amaneciera y toqué la colcha donde había estado en sueños; quería decirle algo más, pero entonces supe que nos había dejado.

Giorgi imita el canto de las tórtolas a la perfección, tanto que es imposible distinguir el suyo del de las parejas que se llaman, cuando la luz declina o antes de que el calor las haga enmudecer. Era yo la que estaba confundida esa noche, cuando quisiste ser amable conmigo. Cantan a todas horas, pero esa noche yo esperaba a Giorgi y todo lo que no fuera eso, en mi estado, me impacientaba.

A los padres no se nos pide más que eso: que estemos cuando los hijos llegan del lugar al que sea que se han ido.

Con todo mi afecto,

ERIETTA

2

24 de octubre

Querida Fiona:

Siento haber tardado tanto en escribirte desde la postal que te enviamos al poco de despedirte. Elegimos una con la vista del puerto porque es el sitio donde te vi por última vez. De la playa donde está tu casa y la de Erietta no hay ninguna. Ésa habría sido perfecta, porque allí todos los recuerdos son buenos, además de que es donde nos conocimos. Me gusta imaginarla en tu mesa y que la ves mientras escribes. En realidad, los colores no son los del puerto. En la postal, los amarillos son más amarillos, los azules más fuertes, y nunca he visto esa cantidad de flores blancas y moradas al mismo tiempo. Erietta dice que las pintan para que los sitios se vean más bonitos, más *pintorescos*, y que eso hace que todos los puertos se parezcan a los que buscan los turistas.

Hoy hace un mes que te fuiste y he pensado que no debía esperar más para escribirte. Si fuera al revés, si fuera el día que habías llegado, sería una carta de aniversario. Pero no sé si los aniversarios cuentan cuando no hay nada que celebrar. Tú tenías que irte, yo tenía que empezar la escuela, y ninguna de las dos teníamos muchas ganas de ir a donde íbamos. Pero puede ser una carta de celebración de cuando regreses y la escuela haya terminado. Falta mucho para eso, pero si uno tiene un *propósito*, todo pasa más ligero. Eso dice Erietta.

Se lo había oído decir otras veces, pero hasta ahora no lo había entendido. Un propósito es aquello a lo que quieres llegar para que todo lo que te separa de él suceda más deprisa. Antes no tenía, pero ahora sí: es acabar el curso y poder volver a la vida como era antes.

Luego vendrán tres más, pero prefiero no pensar en eso. No me gusta la idea de desear que todo pase deprisa para llegar a un sitio que no imagino. Me acuerdo de ti cuando estabas aquí y no me parecía que tuvieras prisa por estar en otra parte. Quizá tú ya has pasado por el tiempo de los propósitos y por eso se te veía tranquila.

Desde que empezó la escuela sueño mucho. Algunos sueños son horribles, uno en especial. Estoy en el patio de la escuela y los demás niños se apartan de mí. Uno, un chico, les dice a los otros: «Es ella», y todos se apiñan a su alrededor y me dan la espalda.

Pero el de esta noche ha sido bueno. He soñado que me bañaba con un pulpo. Yo le acariciaba la cabeza y él se enredaba en mi brazo con todas sus

patas. Me recordaba a cuando los gatos arquean la espalda para que les pases la mano por el lomo y te hacen cosquillas con la cola. El tacto de sus patas era pegajoso pero agradable. No había ningún sonido y estábamos rodeados de algas de colores que se movían con la corriente. Era de esos sueños de los que no quieres despertarte. Es raro que puedas soñar con un sitio en el que nunca has estado. En realidad, con un sitio imposible. Lo único que era real es que si pudiera respirar bajo el agua, es justo lo que haría, y que seguramente el pulpo se dejaría acariciar, como los gatos y los perros cuando no tienen miedo.

No le he contado el sueño a Erietta, pero cuando le dije que soñaba más que antes, dijo que las cosas que nos preocupan a veces aparecen en sueños. Supongo que he soñado con el pulpo por lo que pasó con Giorgi. Odia el mar, pero ver los pulpos colgados como si fueran ropa tendida debió de desesperarle. Me pregunto qué soñará él y si en sus sueños oye.

Ahora lo veo menos, y eso hace que a veces parezca enfadado. Debería ser al contrario, que al vernos menos tuviera más ganas de estar conmigo y aprovechar para hacer cosas juntos. En eso se parece a Erietta. Ella también se enfada cuando espera que alguien la visite y no lo hace. No ahora; ahora sabe que es porque no puedo ir siempre que quiero y es especialmente amable conmigo. A veces me da un poco de pena, porque ella también se ha quedado más sola. Aunque creo que Giorgi va a verla a menudo, quizá por lo que pasó con los pulpos.

Desde que empecé la escuela tiene que ir más al pueblo y se entera de las cosas que dicen de ella y de Giorgi. Espero que Giorgi se dé cuenta y vaya con más cuidado, al menos hasta que llegue el verano y la gente tenga otras cosas con que distraerse.

Muchas gracias por tu carta y por las fotografías. Nunca he estado en esa parte de la isla. En el pueblo sí, con mi madre, para visitar a una tía suya. No se llevan bien, pero este verano murió su marido y mi madre dice que hay que acompañar a las viudas, al menos al principio. Le enseñé las fotografías y me dijo que era un sitio «maldito». Ella tampoco ha estado, pero se acuerda de ver bajar del barco a los pacientes que llevaban allí para que se curaran. Dice que nunca se curó ninguno, porque nunca los vio subirse al barco para volver al lugar de donde habían venido. No le pregunté más. Ya vi que si quería conocer ese lugar, tendría que ir sola.

Me gustó especialmente la fotografía de la casa vacía con un pájaro que volaba entre los hierros. Bueno, no es una casa, es un invernadero, eso me dijo

Erietta. A ella también le gustó la fotografía, pero porque la habías hecho tú, no por el sitio. Era como si lo viera a través de un recuerdo al que no quería regresar. Si no los tienes, puedes mirar las cosas con ojos nuevos, viendo lo que hay de bonito en ellos. Ojalá yo pueda hacer como tú algún día, estrenar sitios que nada ha estropeado todavía.

En esta época del año llegan las bandadas de estorninos. Se posan todos juntos en un campo cualquiera, y parece que la tierra tiemble con el movimiento de millones de hormigas. Cuando alzan el vuelo, son tantos que es como si una nube de moscas inmensas se levantara del suelo. No se quedan mucho. Hace una semana estaba lleno; ahora no queda ninguno.

Hasta la próxima,

AGGELIKI

3

24 de diciembre

Querida Fiona:

Confío en que mi última carta no resultara demasiado sombría. He recibido las tuyas con inmensa alegría, pero lo que podía mandarte como respuesta me parecía insuficiente. Es extraño escribir a alguien con quien has tenido contacto seguido, o yo he perdido la costumbre. Escribí infinidad de cartas en mi juventud, de amor sobre todo; las otras siempre me han parecido una forma refinada de tedio, para el que las manda y para el que las recibe. Y las de amor, pues qué voy a contarte de eso que no sepas. Los pensamientos que en una intimidad compartida surgen de manera natural escritos se vuelven solemnes y redundantes hasta que una se ve metida en una urna de la que sólo se sale con más palabras o con el silencio.

En fin, una pésima disculpa, más porque tu ausencia hace que estés más presente que nunca. Fiona diría, Fiona haría, te acuerdas de cuando Fiona… Así estás en nuestras conversaciones con la pequeña Aggeliki desde que te marchaste y te llevaste el verano contigo. Tú fuiste para nosotros la novedad que se convirtió en acontecimiento, y en los lugares remotos, el acontecimiento permanece más tiempo; se hace un sitio en las repeticiones cotidianas.

Aggeliki está bien, pero estos meses han sido difíciles para ella. Nunca me lo reprocha, pero sé que una parte de ella me culpa por haberla empujado a seguir estudiando y descubrir aquello sin lo que había vivido tranquila hasta ahora. Ya

no menciona a Giorgi como referencia, amargamente, como hacía durante el verano, imagino que con la esperanza de que algo hiciera desaparecer mi insistencia. Entonces era fácil hacer oídos sordos a sus quejas de niña; pero ahora, cuando la veo llegar alicaída al final de la semana, frustrada con la disciplina y el anonimato de la escuela secundaria, me pregunto si hice bien, si no será todo el ardid de una vieja obstinada.

Desde que empezó la escuela voy al pueblo con más frecuencia, una o dos veces por semana, cuando antes podía pasar quincenas enteras sin pisarlo. No puedo decir que eso me agrade, pero las cuestiones prosaicas me han obligado a romper mi voto de aislamiento. Por poco que una consuma, algo hay que comer, las bombillas se funden, los fósforos se acaban, y no hay que perder la facultad del habla, aunque sea en su forma más elemental.

He vuelto a tratar a la bruja de Olympia, la réplica joven y enérgica de su abuela, y he rememorado la pesadez de verme obligada a participar de la tediosa sociabilidad de las mañanas. Nunca imaginé que volvería a sentarme a tomar «aunque sea sólo un café» con las mujeres del pueblo. Todas las que yo conocía ya tienen nietos crecidos, y las que ahora son madres en mi recuerdo aún son chiquillas. En soledad ajustamos el tiempo a la medida de nuestros recuerdos, eliminamos sus tramas, y somos libres para desechar aquellos que nos estorban.

Nada que reseñar de esas conversaciones, que consisten en repasar lo sucedido la víspera, en las horas que no se han visto, y en monosílabos de asentimiento; nada ha cambiado; yo tampoco, sólo he envejecido. Si una ventaja tiene la vejez y el aislamiento es que ya no despierto la mínima curiosidad entre ellas. Cierta compasión, si acaso, por «mi cruz», que se guardan de nombrar cuando estoy delante. No se lo reprocho. Ellas viven aferradas a la suyas y es su manera de incluirme en el camino de espinas que, según ellas, soportamos las mujeres.

Una de esas mañanas se acercó a servirnos el mismísimo Cuervo. Así lo bautizaste. Pintaste su imagen exacta después de tu cena de postín en su restaurante; siempre discreta y prudente, no me preguntaste por él. El viejo Cuervo y su mujer, la Urraca; una vida amasando dinero y soportando la carga de hijos torpes. Olympia, al menos, habrá salido a su gusto.

No te conté ese día cómo lo había conocido, antes de convertirse en ese hombre enjuto y avaro. Fue la primera persona con la que hablé al llegar aquí, una tarde de junio, en el único ferri que cubría el trayecto a diario desde el

continente, sin un lugar donde dormir y ningún conocido en la isla. Le pregunté dónde podía alojarme, y él pasó por alto mi falta de previsión como si fuera la cosa más natural del mundo. Me preguntó si tenía hambre y, sin esperar respuesta, me llevó a una de las mesas y me invitó a sentarme. El alojamiento estaba resuelto; respondía a mis protestas con una seguridad arrolladora, y yo me dejé servir, un plato, luego otro, y antes de que vaciara la copa, él la rellenaba con más vino.

Entre plato y plato se sentaba conmigo y conversábamos en inglés. Manifesté mi sorpresa por verme tan bien acogida siendo una extraña, y él dijo algo que no he olvidado: «¿Qué quiere? Somos mediterráneos y aquí somos hospitalarios. Ya lo descubrirá con el tiempo, querida mía». Querida mía, *my dear*; era una fórmula hecha, aprendida en los libros y usada muchas veces con los pocos turistas que en aquel tiempo venían a la isla. Pero esa frase me impresionó, y aún hoy sigo desentrañando su significado. ¿Son hospitalarios? ¿Cómo habría sido mi llegada a la isla de Skye o a un pueblo remoto de Cornualles?

Entonces no me hice esas preguntas. En ese recibimiento encontré aquello que había imaginado al partir: una nueva vida en el sur. Tampoco entonces registré la mirada hostil de la mujer que nos observaba a distancia desde el interior del restaurante.

«No está lejos», me dijo él al verme cansada. El alojamiento estaba allí mismo, en la casa contigua, propiedad de la misma familia. La mujer que le tiraba de la manga mientras apuntaba mi nombre en el registro de huéspedes era su madre.

No deja de sorprenderme hasta qué punto mandan aquí las mujeres. La forma implacable en que interfieren en todo aquello que según ellas les concierne. La familia, la familia, con eso justifican hasta las intromisiones más inexcusables; y quien no la tiene es un ser excéntrico y deplorable, digno de compasión o desconfianza.

Pero el Cuervo no fue siempre como tú lo viste. Kostas era apuesto y gentil, y es de esos rudimentos prometedores de los que nos enamoramos las mujeres. Cuando nació Giorgi solía dejar pequeños obsequios para él en el zaguán de la casa del puerto donde vivíamos entonces. Un gorrito amarillo de lana con dos borlas que eran dos abejas tejidas con la misma lana entreverada de negro: ése fue el último, la víspera de Navidad. Aún lo conservo, como prueba de un

tiempo que fue feliz. Es conveniente perdonar a quienes nos han herido: no sólo los salvamos a ellos, sino también a nosotros mismos.

Hoy es Nochebuena. En casa de mis padres la celebrábamos con regalos y una gran cena. Aquí, la celebración importante es mañana; la víspera se acude a la pequeña capilla del cementerio para un oficio interminable. Yo tengo mi liturgia privada, que consiste en hacer lo mismo que todos los días: retirarme pronto y acostarme tarde.

Mañana vendrán a comer Aggeliki y su madre, y Giorgi, que llegará a última hora y aún dudará antes de entrar, disuadido por la mesa festiva y el cubierto de más. Así fue contigo; a saber cuántas veces dio media vuelta sin que lo viéramos antes de animarse a entrar y unirse a nosotras.

Te aprecia, lo veo en pequeños signos, en remembranzas que no puede expresar, pero que viven en él. Ha adoptado tu costumbre de traerme ramos; aparece de improviso cuando el tiempo es bueno, y él mismo los dispone en el jarrón en el que solía poner los tuyos. Los homenajes de Giorgi en su mundo silencioso.

Mis mejores deseos para la Navidad llegarán tarde a la fecha señalada, pero la previsión nunca fue mi fuerte. Espero que estés ahora con tus seres queridos o, como yo, esperando verlos mañana. Feliz año, querida mía, y que sus inicios sean el preludio de una nueva visita tuya. Si conservas la postal, búscanos en sus colores desleídos y ten por seguro que esperamos tu regreso como un renovado acontecimiento.

Con todo mi afecto,

ERIETTA

4

29 de abril

Querida Fiona:

Hoy he estado en tu casa. Voy algunas veces de camino a la de Erietta, aunque ella no lo sabe. Sé que me regañaría por entrar en las casas de los demás sin haber sido invitada. Pero hoy ha sido Giorgi el que me ha llevado. Era raro estar allí con él porque nunca habíamos ido juntos cuando tú estabas. Se movía por el jardín como si lo conociera bien. Inspeccionaba las plantas y arrancaba las malas hierbas que Yannis no se molesta en quitar. Yo no me habría

atrevido, pero Giorgi es así. Ahí por donde pasa, se fija en las cosas y cuida de ellas. Es el jardinero secreto de la isla.

Nos hemos sentado un rato en el banco donde tú solías sentarte. No me extraña que fuera tu lugar preferido. Desde allí ves la casa de Erietta a la derecha, y en la otra punta de la playa, la que alquiló ese señor para el que preparaste la cena. Iba a decir «tu amigo», pero luego me he acordado de la tarta de limón. ¿Qué amigo te dejaría esperando después de haberte tomado todo ese trabajo?

La vista es perfecta. Quedas protegida por los tamarindos que hacen de frontera entre el jardín y la playa, y nadie te ve a menos que se asome al jardín desde la entrada. Nadie lo hace ahora porque aún no hay bañistas en la playa, y la única razón para pasar por allí sería para ir a casa de Erietta.

La hemos visto desde donde estábamos sentados. Ha bajado hasta la playa y se ha metido en el agua hasta la cintura. Justo entonces ha aparecido el gato, ¿te acuerdas?, ese rubio con las patas blancas al que le ponías comida. Se ha subido al banco y maullaba reclamando su plato amarillo con las sobras. Sólo que lo que le dabas tú no eran sobras. «Nunca tengo—me dijiste—, así que le doy lo mismo que voy a comer yo». Al final se ha contentado con que le rascara detrás de las orejas, pero cuando he intentado cogerlo en brazos no se ha dejado.

Erietta dice que los gatos siempre encuentran a quien los alimente. Giorgi llevaba un pedazo de carne seca; siempre lleva cosas que no te esperas en los bolsillos. Al salir, el gato nos ha seguido un tramo, pero antes de llegar a casa de Erietta se ha desviado. Él sabe cuándo es la hora de las sobras, y que no sirve de nada adelantarse.

Erietta estaba muy animada. Después de comer ha ido a buscar el libro de las láminas, así lo llama, y sabe que es mi favorito. Ya no hacemos práctica de lectura como antes, al menos una vez por semana. Erietta repetía que debía mantenerme un paso *por delante*, pero supongo que era porque no estaba segura de que fuera a seguir con la escuela.

Es un alivio que eso ya no le preocupe, aunque no puedo decir que la escuela me guste. Erietta no me pregunta. Sólo de vez en cuando dice que para conseguir cosas hay que esforzarse, y que en el esfuerzo a veces se sufre. No sé si estoy de acuerdo con ella, porque veo a mi madre, que se esfuerza y sufre, pero eso no hace que llegue a ninguna parte donde esté más contenta.

Giorgi se ha quedado más tiempo de lo acostumbrado. También es su libro preferido. Lo sé porque tiene una de las hojas colgada en su casa, una en la que se ven unos pájaros inmensos sobrevolando una especie de pantano. Erietta sabe que esa hoja falta, pero siempre pasa deprisa a la siguiente. Cuando se trata de Giorgi, nunca dice nada, y tiene sentido. Él sólo se enfadaría y se golpearía las orejas como hace cuando no puede expresar lo que sea que está dentro de él.

Una de las láminas me recuerda a ti. Se ve un paisaje muy parecido al de aquí, sólo que la vegetación es más alta, más *abundante*. En una esquina se ve un ciervo con unos cuernos muy largos y rectos que parece que lleve un antifaz blanco, y en el centro hay una familia de leones. Erietta dice que así era la Tierra hace miles de años, antes de que llegara el frío. ¿Te imaginas encontrarte con un león en uno de tus paseos? Ahora tendrías que ir a África para verlos, o para ver cualquiera de esos animales. La Tierra debía de ser un lugar mucho más emocionante que ahora.

Erietta estaba contenta, pero en cuanto se ha ido el sol se notaba que tenía prisa por recoger. Aunque ya no haga frío, cuando anochece se encierra en casa, se retira a su África. Hoy es domingo y no podía quedarme con ella. Giorgi se ha marchado conmigo, y pensaba que a lo mejor quería enseñarme algo. Pero antes de llegar a la cima, se ha desviado por el camino que va a su casa, y yo he seguido sola hasta el pueblo.

Ahora que se acerca el verano me acuerdo de ti. «Un helado—dirías si estuvieras aquí—, nos falta un helado», y luego me acompañarías a casa sin que te importara que se estuviera haciendo de noche.

Te escribo antes de acostarme. Ahora tengo un pequeño escritorio en mi habitación, para el estudio, dice mi madre. Ya no siento el nudo que notaba en la barriga cuando pensaba que al día siguiente tenía que volver a la escuela. Mi madre se daba cuenta y eso lo empeoraba aún más. Tengo muchas ganas de que vuelva a ser verano. Ojalá todo sea igual que los veranos anteriores, que el último, sobre todo. Si no vienes, te echaremos de menos.

Un abrazo de tu amiga

AGGELIKI

Querida Fiona:

Recibimos el verano después de unas tormentas torrenciales. Hasta hace una semana no hacíamos otra cosa que recoger agua. Mi casa era una pequeña Venecia, una anarquía de gatos que se saltaban la norma de la comida y las caricias, fuera. Nunca imaginé hasta qué punto odian el agua; llegué a tenerlos sobre la almohada.

Una tarde apareció Rafaella, la mujer que viene a ayudarme a preparar la casa para el invierno. No hace ninguna falta, yo me arreglo perfectamente con todo, pero ella insiste. Llegó cuando empezaba a anochecer, y le desagrada tanto como a mí estar fuera de casa a esa hora, así que pensé que algo había ocurrido. No se hizo de rogar cuando la invité a pasar, cosa rara en ella, pues es una mujer discreta que nunca se impone si no es para ser de ayuda.

Hice té y nos sentamos en la cocina. Aceptó también el bizcocho que había horneado por si el fin de semana venía Aggeliki—era la noche del viernes—, el queso y la mermelada, y aquello empezó a tomar todo el aspecto de una merienda cena.

Se hacían largos silencios. Rafaella fue educada en la exquisita prudencia de preguntar poco y no contar mucho a menos que le preguntes; y yo no salía de mi asombro, pese a lo agradable de su compañía inesperada. Es uno de los privilegios de los huraños: nos sorprenden los placeres más nimios precisamente porque no esperamos tanto de nosotros mismos. Mientras, en una lejanía cada vez más cercana, retumbaban los truenos, y la isla vecina se iluminaba cada vez con más frecuencia.

Tuve la visión de las dos juntas deshaciendo el camino hasta el pueblo. Si hay una linterna en casa, no tengo la menor idea de dónde puede estar guardada; lo más probable es que si alguna vez la hubo, esté ahora en manos de Giorgi. Por otra parte, Rafaella jamás lo habría permitido, y allí estaba la respuesta al enigma. Cuando hubo dado buena cuenta del segundo trozo de bizcocho y apurado los restos de mermelada delicadamente con el dedo, se acercó a la ventana y, sin darse la vuelta, dijo que había venido por si yo tenía miedo.

Las primeras gotas gruesas empezaron a golpear las ventanas; resbalaban por el cristal como las lágrimas de una criatura perdida en la noche, y la visión mudó en la de dos mujeres entradas en años durmiendo en la misma cama. Rafaella retiró y lavó los platos mientras yo me agitaba con mis pensamientos estrafalarios, y cuando todo quedó recogido, sacó de su bolsa una almohada.

Dijo que no tenía de qué preocuparme, que me acostara y que ella se acomodaría en la cama turca que usa Aggeliki cuando se queda a pasar la noche; no me vi con ánimo de discutírselo, vistas las molestias que se había tomado. Rafaella creció con dos tías abuelas solteras que sólo salían de casa para acudir a misa los domingos. El resto de la semana, Rafaella limpiaba. Recuerdo verlas a las tres, las tías agarradas del brazo y ella, poco más que una chiquilla, andando un poco por detrás de ellas. A saber qué temores aprendió a albergar, enseñada por esas mujeres a las que era imposible imaginar con menos de ochenta años.

A medianoche me asomé a la puerta de la cocina para comprobar que dormía; Rafaella había dejado encendida la luz de la entrada y, sentada con la almohada en el regazo y la mirada fija en la ventana, se mecía como si acunara a un niño. En la soledad de una habitación silenciosa, el sonido de la lluvia se amplifica hasta volverse el correteo de un intruso espiando por las ventanas. Yo me acerco a la edad de esas mujeres entonces, y no es extraño que busquemos apaciguar nuestros miedos proyectándolos en los que imaginamos en otros. Eso hacen los padres, y así nos pasamos la vida, sobreviviendo a nuestras familias.

Llovió hasta la madrugada, y la perspectiva de otro día recogiendo agua no era alentadora. El sentido común dictaba descanso, pero yo empleé lo que quedaba de noche en bordar una de las fundas de las almohadas de mi cama con el nombre de Rafaella; en azul intenso el nombre y en un azul más pálido una paloma sujetando una rama de olivo en dos tonos de verde. Habría querido que fuera una gardenia, con las hojas verde oscuro y la flor blanca, pero no vi cómo representar el blanco sobre el blanco del lino.

Cuando salí de la habitación, Rafaella ya estaba levantada. Barría agua en el patio y no quiso desayunar. La despedí en el mismo sitio donde la había recibido la tarde anterior, y la vi marcharse agarrada a la bolsa con cuidado de no resbalar sobre la tierra enfangada.

Olvidé darle la funda. La tengo aquí, a mi lado, en la mesa, y no veo en qué momento me animaré a enseñársela. La idea que otros se forman de nosotros a veces se interpone en nuestras acciones; entre eso y la supuesta personalidad que nos forjamos, permanecemos mudos, con aquello que querríamos ofrecer cuidadosamente doblado en las manos.

En fin, si quiero corresponder a sus atenciones, debería acercarme a su casa el próximo día que amenace tormenta, pero para eso debería bordar otra funda con mi nombre y llevarla conmigo. Historias de vieja loca, eso es lo que puedo

contarte. Eso y que el jardín recibirá la estación en todo su esplendor, un esplendor raquítico en comparación con el de los jardines de otras tierras más húmedas.

Preparo una caja de deseos para dársela a Aggeliki el día de mi cumpleaños. Tengo la caja, pero aún no sé muy bien qué poner en ella. Sigue siendo la misma niña, pero hay signos visibles de esa prisa por dejar atrás la infancia; así es la adolescencia, un tránsito incierto y desconcertante.

En eso podrías aconsejarme; tú conservas el entusiasmo y las vacilaciones propios de esa edad. No los pierdas: la esperanza y el dolor son lo que nos mantiene vivos. Yo los recuerdo, pero frente a la caja vacía sólo puedo evocarlo, y temo que a los ojos de una niña su contenido sea como esos viejos herbarios de plantas secas: encomiables pero inútiles, traslúcidos y quebradizos como las momias.

Ha superado el enojo de verse arrancada de aquello a lo que estaba habituada, aunque le pesara. Sospecho que los primeros meses de escuela fueron un infierno, como ella misma anticipaba. El vacío entre ella y los otros chiquillos del pueblo se agrandó, y no tenía la presencia constante de Giorgi para compensar esa diferencia insalvable. El resultado es que se ha fortalecido, y aunque no cuenta mucho de su vida en la otra orilla, en ésta se la ve radiante y decidida.

Llega puntualmente los sábados, contenta de dejar atrás la semana, y los domingos ya no traen esa ansiedad de los primeros meses. Inmiscuirse en el destino ajeno no es cualquier cosa: las consecuencias no pueden barrerse con la misma ligereza que los propios errores. Espero verla aparecer cualquier día con la idea de ser médico o bióloga o tal vez profesora. Cualquier cosa será mejor que la desesperanza de verse reflejada en un destino que la aprisiona.

El tiempo pasa volando, otra de las grandes tonterías que se dan por buenas. Cuando echas la vista atrás, el tiempo ha volado, llevándose con él todos los años vividos. Pero si cuentas los días recientes, fijándote en las pequeñas dichas que los han llenado, se estira como las notas de esos conciertos que no acaban nunca; el tiempo se reanuda y las notas remontan o se atenúan, infinitas y menudas como los dientes nuevos que le han brotado al jazmín que me rodea mientras te escribo.

Las tardes se alargan, camino del día más largo del año. Mi padre y yo solíamos despedirlo con un baño de mar y fuegos artificiales.

Con todo mi afecto,

6

30 de septiembre

Querida Fiona:

Parece que por fin ha terminado el verano. En el pueblo todos se quejaban, como todos los años, como si el calor fuera una anomalía y no fuera el buen tiempo lo que atrae a los visitantes que les permiten llenarse los bolsillos. A mí me parece una delicia no tener que preocuparme de la ropa de abrigo, fuera y dentro de casa, y cuando vuelvo a sacarla en otoño, pienso que me ha sido dado un año más; un año más para ponerme el viejo jersey de lana con el que Giorgi aprendió algunos colores.

Las casas se han resentido de las lluvias que tuvimos en primavera. La cal se desprendía de las paredes y el techo, como el azúcar glas de los bollos. Me he pasado el verano pegada a la escoba, y ahora lo tengo todo patas arriba, con la escalera de mano en el centro de la cocina. La novedad es que este año, por primera vez y sin ninguna razón aparente, Giorgi ha decidido tomarme el relevo.

Cuando Hans vivía, era él quien me ayudaba. «Tiempo de empezar los experimentos», decía un buen día, y, como Giorgi ahora, no paraba hasta que había acabado. Le divertía mucho esa expresión, «hacer los experimentos»; así llaman aquí a la tarea de pintar los techos. Lo veo aún, largo y grande como era, retorcido sobre la escalera para alcanzar hasta el último rincón entre las vigas. Giorgi debía de observarlo sin que nos diéramos cuenta.

Replica sus mismos gestos con la brocha. La aplica con un brío casi desmedido, y de tanto en tanto se detiene para comprobar los resultados; e, igual que Hans, lo deja todo como si el tiempo fuera a detenerse antes de retomar el trabajo. La escalera en medio de la habitación, el recipiente con la cal destapado y la brocha en el último peldaño. Esa despreocupación solía desesperarme, pero el placer de revivir los experimentos de antaño me hace ciega a la falta de cuidado, muda para cualquier reproche. Así es: el pasado nos visita de la forma más inesperada.

Hans no se detenía hasta que la luz se volvía tan escasa que ya no veía bien dónde pintaba, y cuando bajaba de la escalera—resoplando, satisfecho y quejoso—, yo tenía preparadas las copas de vino. Era en esta época, cuando el

calor ya había amainado y la única luz en la bahía era la de mi casa. Cómo me gustan los experimentos, la recompensa de doblarse el cuello; Hans tenía un reír contagioso, que le nacía del estómago y le subía hasta los ojos en forma de agradecimiento.

El primer día que vino Giorgi, el viejo ritual se impuso con la naturalidad de esos versos que creíamos olvidados. Giorgi miró las copas con extrañeza y se fue sin probar bocado. Una de las copas permanece vacía, pero me resisto a desprenderme de esa costumbre, al menos mientras dure el tiempo de los experimentos.

Aggeliki ha empezado la escuela y este año lo hace más contenta que el anterior. No habla de ningún amigo o amiga en particular, pero ya no teme la posibilidad de que entre sus compañeros pueda haber enemigos. Ha crecido bajo la sombra de los miedos y los rencores de su madre, pero ha logrado zafarse de ellos. La amenaza de encontrarse con esa otra familia ha desaparecido, y ahora Aggeliki vive a pleno sol. Mejor vivir así que ofuscada por el pasado de otros.

«¿Qué harás tú allí, tan lejos de todo lo que te es conocido?». Esta pregunta estaba siempre presente en los tratos con mi madre, aunque no la enunciara. «Te arrepentirás», dijo cuando decidí quedarme aquí. Al final su vida y la mía no han sido tan distintas. Ella tuvo un marido ilustre y yo no he tenido ninguno. Nuestra diferencia está en las sombras. Tu padre, tu padre…, él definía las suyas; yo vivo en el teatro de las mías, pero no hay una en particular en la que pueda colgar mis desdichas.

Ahora que ya no existe la posibilidad de verla, me siento más cerca de ella que cuando vivía. No está para preguntarme si estoy bien, así que debo preguntármelo yo. La he relevado en las inquisiciones y en tantas otras cosas. Cuando desaparece aquello contra lo que nos rebelamos, nos quedamos de verdad solos. El silencio después de la batalla; qué absurdo. A Hans le habría gustado, me habría entendido. Como yo ahora lo entiendo más a él.

Al poco de llegar aquí, se fue desprendiendo de su afición al mar. El elemento en el que deseaba vivir cuando no le era posible hacerlo—por su trabajo, a causa de su familia, aunque nunca hablaba de eso—dejó de interesarle cuando fue libre para entregarse a él. Puede que Giorgi tuviera algo que ver con su desapego. Hans lo llevó en el barco algunas veces, cuando empezaban a hacerse amigos, pero a Giorgi no le gustaba. Tiene pavor al mar desde niño. Yo lo obligaba a adentrarse en el agua, quise enseñarle a nadar;

creía que a la fuerza perdería el miedo. Al empezar a salir con Hans, pensé que cambiaría, que le vería un sentido a vencerlo, aunque fuera para parecerse a él.

Dejé de preguntar cómo había ido; Hans negaba con la cabeza y se encogía de hombros. «No hay nada que hacer, lo odia, y algunas aversiones son tan profundas que es mejor no indagar en ellas», decía. Llega un día que hay que soltar a los hijos, y yo empecé a hacerlo entonces. Lo dejé en sus manos, y a Hans en las de Giorgi, sin saberlo. No sé nada de barcos, pero me gustaba que Hans navegara, que hubiera un sitio en el que era muy diestro y en el que yo no habría sabido hacer nada sola. Hans no logró contagiarle la gracia del mar a Giorgi, y al final ambos se quedaron en tierra.

Interrumpí la carta después de lo último que escribí hace dos días. Giorgi acabó de pintar los techos ayer, y esta mañana me he despertado con una vieja presencia en la habitación. En la silla en la que solías sentarte había un retrato de Hans como era cuando llegó a la isla. Giorgi lo ha dejado allí mientras yo dormía. Está enmarcado con las maderas de las cajas de fruta que usábamos para encender el fuego, sin vidrio, y eso hace que el papel ondee en los bordes creando una ilusión de vida en las facciones. Hans tenía la nariz torcida, y sus ojos, incluso al mirarte, parecía que buscasen más allá, que se fijaran en un punto que estaba detrás de ti. Así lo retrató Giorgi; hace tiempo, los trazos no son recientes y el papel amarillea. Hasta hoy no me lo había enseñado.

La vida con Giorgi es así, hermética y voluble. Es difícil saber qué siente, qué retiene y qué lo atraviesa sin dejar rastro. Sólo él puede mostrártelo, cuando quiere, como esas criaturas marinas de las que de pronto emergen burbujas y luego vuelven a hacerse indistinguibles de aquello que las rodea. Sucede tan deprisa que no hay tiempo para una respuesta; cuando aciertas a ver su origen, Giorgi ya está en otra parte.

Cuando mi padre nos enseñaba a usar los prismáticos, nos decía que nos fijáramos en un punto. «En esa rama, la del árbol que está más a la derecha, en la rama más alta hay una alondra, ¿la ves?». Con el ojo desnudo la veías, pero en cuanto tratabas de enfocarla, girando la ruedecita para que los dos círculos se unieran, la alondra había desaparecido. Así es con Giorgi: sólo entrevés el pájaro que hay en su interior un instante, entre la negrura de un círculo y la luz temblorosa del otro que busca su gemelo para captar la imagen.

No sé dónde guardó el dibujo de niño. En su arcón, supongo, con las cosas que se ha ido llevando desde que vive solo. Puede que el arcón ya esté vacío, o quizá no. Nunca lo he abierto, ni cuando era pequeño ni ahora; desde que se fue, no hay razón para subir al piso de arriba. Sus secretos de entonces y la migración de objetos de una casa a otra son uno de los puentes que nos unen.

Hans era un excelente fotógrafo, aunque, según él, no más que un aficionado. En una ocasión alquiló un coche y fuimos de excursión al sur de la isla. Era un domingo del mes de enero. «Ni tú ni yo tenemos un trabajo al que debamos acudir durante la semana, Giorgi no va a la escuela, pero somos gente de bien y guardamos los días festivos religiosamente», dijo mientras ascendíamos por las curvas de la carretera que llega hasta el santuario.

Ya entonces estaba desocupado; los últimos monjes hacía años que se habían trasladado a una comunidad del continente. Hans nos tomó una fotografía junto a la ermita que mira al este, esperando la salida del sol día tras día. Giorgi mira de frente al objetivo, como si buscara algo detrás de la mirada del fotógrafo; yo sonrío, mirando a la cámara, pero con la cabeza ladeada hacia él, como si temiera que algo se lo llevara.

Te hablaba antes de la forma extraña e inesperada que tiene de regresar el pasado. Lo entenderás cuando tengas mi edad. Todavía es pronto; a ti el pasado y el presente se te funden aún con el futuro. Cuando el futuro se estrecha, el pasado crece y el presente se hace más certero. Es el lugar donde nos encontramos con lo vivido y, despojados de la impaciencia del porvenir, lo alargamos.

Mi miedo a la desidia ha sido en realidad una rebelión permanente contra la indiferencia. Era lo que más me aterraba, o eso creía. Sin embargo, ahora vivo rodeada de ella. He vencido la curiosidad de los extraños, el juicio de los que creían conocerme, y esa indiferencia, la de los humanos o la de las estrellas, me parece ahora el menor de los males.

Giorgi ha guardado el retrato de Hans todos estos años, y yo, las fotografías que Hans dejó en mi casa. He puesto ésa en la que aparecemos los dos al pie de la ermita encima de la mesa de la cocina. Giorgi la verá mañana, y cuando me despierte ya no estará; Giorgi se la habrá llevado a esa casa que no conozco pero que es una extensión de ésta, en la que vivió conmigo. Los objetos migran de una a otra, ante la indiferencia de lo que nos rodea.

Con todo mi afecto,

ERIETTA

7

3 de octubre

Querida Fiona:

Gracias por tu carta y por las postales. ¿De verdad las tienes desde niña? Yo también he empezado a coleccionarlas. Ya tengo todas las que me gustan, así que tendré que esperar a que traigan nuevas. Me gustaría ordenarlas en un álbum, pero tengo que ver cómo hacer para que no queden pegadas para siempre, por si algún día quiero enviarte una. Así tú tendrías alguna más de aquí, como yo tengo las que me has mandado de la isla en la que pasabas los veranos con tus abuelos.

Se ve muy bonita y ordenada. Me gusta que no sean sólo de paisajes, que en algunas se vean cosas pequeñas en las que quizá no te fijarías, como la entrada de una casa o un árbol solo en medio de un campo o la cabeza de un burro que asoma por detrás de un muro. Me gusta especialmente la del prado que llega hasta el mar y las vacas un poco despistadas en la orilla. Aquí no hay vacas, sólo cabras, y nunca las he visto tan cerca del agua.

Las clases empezaron hace tres semanas. De los que íbamos en el ferri el año pasado sólo quedamos Andreas y yo. Sus padres son italianos y tienen el restaurante que está junto al del abuelo de Olympia. Ellos cierran cuando acaba el verano, y a veces la madre coge el mismo ferri que nosotros para pasar el día fuera. Andreas dice que se aburre si está demasiados días sin salir de la isla. A su padre no le importa el huerto, y las mejoras del restaurante lo mantienen ocupado.

Está construyendo un horno de leña que dará un *toque* especial a las pizzas. Es por la leña de olivo, que les da un sabor *ahumado*. No estoy segura de si las familias que salen a comer los fines de semana se darán cuenta, pero quizá los italianos que vienen en verano sí noten la diferencia.

Hoy he ayudado a Andreas y a su padre con la cosecha de los suyos, de los olivos. Tienen seis. La «técnica»—el padre de Andreas lo llama así—consiste en arañar las ramas con un rastrillo para no tener que coger las aceitunas de una en una. Las ramas están tan cargadas que basta con peinarlas sin hacer fuerza. Caen como granizo sobre la lona que ponen debajo del árbol, y los que no tienen rastrillo tiran de los extremos para juntarlas en el centro. Para alcanzar las de las ramas más altas hay que subirse a una escalera. En el primer árbol ha

subido el padre de Andreas, pero luego me ha mirado y ha dicho que tenía sentido que subiera yo porque era la más ligera.

Es gracioso oírle decir *la più leggera*, aunque a Andreas le molesta que use palabras italianas. Dice que lo hace para ser distinto, para que todo el mundo sepa que viene de Italia. Pero no creo que sea por eso. Creo que puede llegar a cansarte oír hablar siempre en una lengua que no es la tuya, y que a veces dice cosas en italiano para animarse.

Este año, mi asignatura preferida es el inglés. La profesora es una mujer alta y delgada con el pecho un poco hundido. Se llama miss Eve. De cara se parece a Erietta, o quizá me lo parece porque es la única mujer inglesa que conozco. Pero de cuerpo no, son distintas. Erietta no es tan alta y se mantiene siempre muy recta. Está de pie o agachada, pero nunca encorvada.

La profesora se ha dado cuenta de que me gusta su asignatura y algunos días me pide que me quede un rato después de clase. La primera vez me asusté. Pensé que era porque mi redacción no estaba lo bastante bien. Me sentí horrible porque la había escrito sin mucho esfuerzo. Pero no era eso, al contrario. Me felicitó y dijo que se notaba que tenía «un mundo propio». La redacción era sobre Giorgi y Erietta y las cosas que he aprendido con ellos.

Miss Eve se quedó «maravillada» con mis observaciones sobre los animales, y dijo que tal vez me gustaría estudiar para ser veterinaria. No supe qué contestarle porque la verdad es que no sé si sabría cuidar animales enfermos, ni si me gustaría. A Giorgi sí se le da bien. Es una lástima que no haya podido estudiar, habría sido un buen veterinario. Aunque, a su manera, ya lo es, así que no creo que le importe. Después de leer la redacción, miss Eve creyó que Giorgi y Erietta eran hermanos. Tampoco se dio cuenta de que Giorgi no habla. No se lo aclaré; habría sido demasiado complicado.

Cuando subía la cuesta desde la casa de Andreas, me he cruzado con Nicolaos. Es el chico pelirrojo que te enseñé esa tarde en el puerto. En realidad, no sé si llegué a enseñártelo. Entre lo que había dicho Olympia y lo que pasó luego en la playa, creo que estaba demasiado furiosa. Quizá te acuerdes porque me preguntaste por qué no lo saludaba si éramos amigos. Lo éramos, supongo, pero él es bastante mayor que yo y ahora se ha casado. Bajaba por la cuesta en su coche nuevo, su mujer iba sentada a su lado y en el asiento trasero iba la madre de ella.

Es domingo, el único día de la semana que Nicolaos no trabaja, y habrán aprovechado el día de fiesta para dar un paseo y tal vez comer fuera. Su mujer está embarazada, se le nota al andar. Camina con las piernas separadas, y cuando se para a hablar con alguien se toca la barriga. Las mujeres la miran con una especie de pena, como si tuviera algún mal que ellas también han sufrido.

Durante un tiempo creí que estaba enamorada de él. Me gustaba sobre todo su pelo, y que cuando no estaba ayudando a su padre, en lugar de irse con los demás chicos, prefería estar solo. Lo veía a veces, en el muelle, pero nunca me atreví a hablar con él, aunque cuando nos cruzábamos en el pueblo siempre era amable conmigo. Imaginaba que un día pasearía por el pueblo cogida de su brazo y que él estaría muy orgulloso de mí. Creía que sería el momento más feliz de mi vida.

Al pasar, levantó la mano del volante para saludarme y dijo: «¡Adiós, Aggeliki!». Cuando le oí decir mi nombre, sentí una soledad enorme porque yo andaba sola por la carretera. Pero también me dio pena que él tuviera que pasar su día de fiesta en el coche nuevo con su nueva mujer y su suegra.

Se casaron en agosto, cuando todo el mundo está más ocupado. Montaron mesas largas en el restaurante de Kostas, y si alguien se acercaba a preguntar si podían comer, su hijo salía rápidamente a decirles que no, que todas las mesas estaban reservadas. Todo estaba preparado para que fuera una gran celebración, pero antes de que se sentaran a la mesa, a los invitados ya se les veía cansados, como si tuvieran ganas de irse.

La novia se tocaba la barriga y durante el brindis se quedó sentada. Su familia y la de Kostas son amigas, o parientes. Espero que eso no obligue a Nicolaos a ser primo de Olympia, como mi madre y Giorgi. A ellos no les ha traído nada bueno.

Si alguna vez me caso, aunque no creo que lo haga, no quiero que sea en agosto. Espero que puedas venir, aunque sea fuera de temporada. Te avisaré con tiempo para estar segura. Quizá sea en octubre, como ahora. Es el mes en el que más te echo de menos.

Me recuerda a cuando te despedimos en el ferri con tu maleta pequeña. No imaginé que estaríamos tantos días sin vernos. Pasamos tanto tiempo juntas las tres que parecía imposible que al volver a casa de Erietta la tuya estuviera cerrada. Cuando paso por delante del jardín, te veo en él. Ya sé que es una tontería, pero es como si siguieras allí y yo pudiera hablar contigo.

Nunca te pregunté muchas cosas que ahora querría preguntarte. Cómo fue tu boda y si estabas contenta el día que te casaste. O qué escribías en tu diario cuando alguna vez te encontraba sentada en la mesa del jardín y no me oías llegar.

A mí me gustaría saber escribir para poder contar una historia, pero cuando lo intento sólo se me ocurren cosas pequeñas sin importancia. Entonces me pongo a pensar en las guerras y en las personas que salen en el libro de historia, y pienso que cómo voy a escribir yo si no tengo nada que contar que vaya a interesarle a nadie. Quizá deba esperar a que me hayan pasado más cosas, y ahora deseo que me pasen. Puede que por eso no me importe recoger aceitunas o ayudar a mi madre. Antes todo eso me fastidiaba porque no imaginaba nada distinto.

Erietta también te echa de menos. Cuando es fiesta y puedo ir a comer con ella, veo que piensa en ti al poner la mesa. Saca platos y cubiertos para las dos, y entonces me pide que lleve otra copa. «Para Fiona», dice, y mira hacia al centro de la bahía por donde tú solías nadar.

Dentro de una semana es mi cumpleaños. No espero regalos. Erietta los hace cuando es ella quien cumple años y ese día no acepta ninguno. Siguiendo su costumbre, éste es mi regalo, pequeño, porque no puedo mandarte nada de lo que hay aquí y que a lo mejor echas de menos. La encontré en el camino que va de la playa a casa de Erietta. Es de abubilla, mi pájaro favorito junto con los petirrojos.

Cuando Giorgi encuentra una pluma en el camino, la recoge y la pone donde nadie pueda pisarla. Con los pájaros muertos, busca un sitio seguro y les hace una tumba, pero sin enterrarlos. Una vez lo hizo en el jardín de Erietta, donde están las hortensias. Buscaba las hojas grandes y las colocaba con tanto cuidado que pensé que era porque así el pájaro podría salir fácilmente si resucitaba.

Ahora ya sé que no es así. Ese día, yo me quedaba a dormir en casa de Erietta y me pasé la noche en vela, esperando a que amaneciera para salir a ver si el pájaro había volado. La tumba estaba como la había dejado Giorgi. Supongo que, como a él, no me gusta la idea de que se aplaste algo que tuvo vida.

Giorgi está bien. No puedo mandarte recuerdos suyos porque no sé cómo son para él los recuerdos. Tampoco sé qué cosas imagina ni si imagina alguna.

En realidad, observarle me sirve para practicar lo que dijo miss Eve que le gustó de mi redacción: «Muéstrame lo que *ves*, no lo que *crees* que sabes».

Hace una semana, encontramos una lechuza herida cerca de su casa, la de Giorgi, no la de miss Eve. Ella vive en el pueblo, en una de las que hay subiendo hacia el cementerio. La lechuza tenía un ala rota y la arrastraba como si ya cargara con la muerte. De noche aparecen de pronto, quietas o levantando el vuelo como un fantasma al que algo le ha molestado. O se llaman de un lado a otro de la oscuridad con un silbido que te hace apretar los dientes. Pero a plena luz dan mucha lástima. Giorgi la recogió del suelo y le dobló el ala como si fuera un paraguas que el viento hubiera puesto del revés. La lechuza buscaba su mano, furiosa y ciega, como si quisiera picarle por su dolor.

Giorgi la dejó sola en una esquina de la casa durante dos días y al tercero puso un cuenco con agua y otro con semillas. La lechuza sólo anda con unos pasos tristes de un lado a otro de la habitación, pero ya con el ala plegada. No sé si volverá a volar, y creo que Giorgi tampoco lo sabe.

He ido a verlos esta mañana, antes de ir a casa de Andreas. Giorgi estaba sentado en la cama, y la lechuza daba vueltas sobre sí misma en un rincón. De su cuerpo torcido salía un ruido parecido al de la noche, sólo que más suave, más bien un susurro, y Giorgi reía juntando las manos y tapándose la cara. Su risa suena como si alargara un bostezo, y la lechuza ladeaba la cabeza atenta al sonido que llegaba desde la cama. No sé dónde tienen los oídos las lechuzas ni si oyen lo mismo que los humanos, pero parecía que de alguna forma se entendían.

¿Ves?, al final no sé tantas cosas sobre los animales como cree miss Eve.

En tu libro sobre jardines había una fotografía de uno con muchos árboles y arbustos de distintos colores alrededor de un lago. Me gustaría poder escribir sobre un lugar así, pero para hacerlo tendría que verlo. Cuando me escribas, cuéntame si cerca de tu casa hay algún jardín como ése, donde las hojas cambian con las estaciones. Aquí tienen el mismo color todo el año y los árboles no las pierden.

Voy a seguir el consejo de miss Eve y a escribir sobre cosas que *sé*, no sobre las que me han contado, aunque ésas me gusta imaginarlas de todos modos. Es como estar viviendo en distintos sitios a la vez, y eso hace que viva aquí más contenta.

Este año, Olympia ha dejado la tienda a cargo de una prima suya. Ella y el bebé se han ido a la ciudad a pasar el invierno. Su marido se ha quedado y trabaja de albañil con su padre. No parece que le importe que Olympia no esté, hasta se lo ve aliviado. Le pregunté a su prima si se quedaría para siempre en la ciudad y me dijo que no, que es sólo para el invierno. Seguro que piensa que cuando vuelva Olympia seguirá trabajando en la tienda, pero ya veremos. De momento, se esfuerza por copiarla en todo, hasta se ha teñido el pelo como ella.

Ahora va Erietta a hacer la compra porque con la escuela ya no tengo tiempo para ayudarla con eso. Es gracioso cómo imita a la prima dando órdenes cuando traen las reposiciones, y en la caja registradora, tecleando con el dedo meñique levantado y mostrando las uñas pintadas. Antes nunca lo habría hecho, quizá porque quería asegurarse de que supiera que es de mal gusto imitar a los demás y que no puedes hacerlo con cualquiera. Pero me gusta poder reírme con ella. Las bromas la vuelven más joven. Aunque me dé escalofríos ver a la prima de Olympia tan segura, como si la tienda ya fuera suya.

Erietta te manda saludos. No le he preguntado, pero cuando le digo que te he escrito, siempre dice: «¿Le has mandado recuerdos de mi parte?». De todos modos, su carta de Navidad no tardará.

Te mando un abrazo y te escribiré de nuevo en cuanto tenga tiempo y cosas nuevas que contarte.

Tu amiga

AGGELIKI

8

15 *de diciembre*

Querida Fiona:

Espero que esta carta te encuentre bien. Aquí hemos tenido un otoño espléndido, suave y seco, más de lo que se puede pedir. Pasaron las lluvias de octubre, y desde el primero de noviembre no ha habido un solo día lluvioso. Sigo bañándome en el mar, y nado hasta el centro de la bahía, aunque en ningún caso pretendo competir contigo; en nuestro recuerdo no habrá ya otra nadadora como tú.

Hace unos días me acerqué al cementerio. Me recuerda a ti, al festín de los gatos, el que se perdió nuestro atontado vecino. Confío en que a estas alturas ese episodio te haga sonreír como a mí. Cuántas lágrimas vertidas y tiempo perdido esperando correspondencias que no llegan… Me alegra que al menos salvaras la tarta. Ahora la prepara Aggeliki, con un cuidado y un orgullo que te conmoverían.

Fui para visitar la tumba de Hans. Le llevé una fuente con dolmades; le gustaban más que las flores. Cuando se sentaba en este jardín que conoces, se divertía viéndome ocupada con las plantas. «En alta mar aprendes que nada dura—solía decir—. Aprendes que la calma vira de pronto a tormenta, y al revés: que después de la tormenta llega siempre la calma». Lo oigo ahora, desde donde estoy sentada, y aún me irritan sus palabras. Pero tenía razón: no hay mayor arte que el de tomar la vida como viene. Hoy habría cumplido noventa y seis años, veinte más de los que tengo ahora.

Esta semana he visto a la amiga que vive en la otra parte de la isla. La tarde que me trajiste el ramo, yo acababa de llegar del funeral de su marido. Es tía segunda de la madre de Aggeliki; de ahí surgió la relación con la chiquilla. «Tienes que tutelarla—me dijo cuando Aggeliki tenía apenas seis o siete años —. Hay algo en esa niña que su madre no comprende, y sólo tú puedes ayudarla. Yo vivo muy lejos, y, además, tengo mis diferencias con su madre». Eso me pidió y traté de cumplirlo.

En las islas, «muy lejos» son unos pocos kilómetros, y en los sitios pequeños tener diferencias significa no sólo no estar de acuerdo, sino poner mucho cuidado en que esa diferencia no estalle. Algo de eso viste mientras estabas aquí; seguro que de alguna forma te lo transmitimos.

Mi amiga tiende a la fantasía, como una jovencita que ha leído más de lo que ha vivido, aunque en su caso sea únicamente las Escrituras. Pero hace el bien, eso no puede negársele. Desde que enviudó, acude a la iglesia, y atiende su jardín y a su difunto marido. Sigue dejando un vaso de agua en la mesita de noche al otro lado de la cama para que él no tenga que levantarse si tiene sed a media noche. Los efectos de un largo matrimonio, sin duda, pero también la liberación que supone poder recordar a los que se han ido como siempre habríamos querido que fueran. Su marido era un buen hombre, aunque un déspota en todos los sentidos. Nunca tuvieron hijos, y no se pueden juzgar las formas que toma el afecto en las personas que no los han tenido.

Ahora, mi amiga vive entregada a una mujer anciana de su iglesia, también viuda. «La pobre vive en tiempo prestado», dice cuando habla de ella. Como si no viviéramos todos en un tiempo prestado. Nuestra especie es la única que tiene la audacia de hacer esa distinción: tiempo prestado y tiempo que nos pertenece, ¿qué tipo de tiempo sería ése? Figúrate una comunidad de cormoranes o de antílopes viviendo para tener esa discusión a una edad madura. Morir de viejo es un privilegio de los humanos. No nos damos cuenta, como de tantas cosas; así es: somos nuestro peor punto ciego.

Pero ¿cómo estás tú, mi joven y querida amiga? Dices que tu nueva casa es pequeña, pero no pierdas un minuto deseando otra cosa; nada de lo que no quepa en tus recuerdos merece ser trasladado. Las personas tenemos la fea costumbre de aferrarnos a las cosas que nos han hecho infelices, como si permanecer en ellas pudiera sanar lo que ya no tiene remedio. Entender ayuda, pero no basta. Hay que saber alzar el vuelo. Trasplantarnos en otro lugar nos transforma en formas insospechadas; y los objetos, si no sirven o no evocan nada, es mejor prescindir de ellos.

Una nueva casa, un nuevo país, un amor, si una tiene aún la capacidad para dejarse envolver por él; cualquiera sirve para reanudar la vida de manera distinta. Luego nacen nuevos apegos, es inevitable, pero en nuestra mano está que sea donde no transiten por la desdicha. Por pequeña que sea, asegúrate de disponer de una habitación para los invitados. Aunque uno de nuestros apegos sea la soledad, hay que vivir como si una tuviera amigos que pueden visitarnos en cualquier momento. Pienso en Aggeliki; me da ilusión pensar que un día pueda realizar el viaje hasta donde estás y pasar algún tiempo contigo.

Habla de ti constantemente. Y sí, esa niña es un misterio; cuando la tienes cerca, parece que no se dé cuenta de las cosas, que ande siempre preocupada por otras que no están a su alcance, pero absorbe todo cuanto la rodea. Caí en la cuenta cuando tú ya te habías ido. Recuerda hasta el mínimo detalle de tus gestos y costumbres, y de vuestras conversaciones; y ahora la vanidad me vence cuando repite algo que según ella le dije. «¿No te acuerdas?», pregunta con la impaciencia de los jóvenes. Pero lo cierto es que rara vez nos acordamos de lo que decimos. Son las palabras de otros las que se nos quedan grabadas.

Te tiene en gran estima, y lo que tú puedas mostrarle ahora de la vida tendrá más valor para su futuro que lo que pueda enseñarle yo, que pertenezco irremediablemente al pasado. Tenlo en cuenta cuando le escribas, lee tus cartas como quien lee la Biblia. Dios quiera que no se impregne demasiado de las

enseñanzas del libro sagrado: es el primero en saber del desequilibrio que ha habido en su educación en ese aspecto. Dios sabrá, Dios dirá, Dios hará más que nosotros. Figúrate, un Dios resolutivo.

Ya tengo encargados los regalos de Navidad. Para Aggeliki, unos pantalones, «como los que llevaba Fiona el día que la despedimos». Yo nunca me acostumbré a usarlos, por la fuerza del hábito o tal vez por algo que solía decir mi padre: «Si las mujeres supieran el descalabro que supone para un hombre verlas divididas de cintura para abajo, jamás usarían otra prenda que no fueran faldas o vestidos». Pero ésa ha sido la obsesión de Aggeliki: dejar de llevar los que le cosía su madre. Ya ves que eres en buena medida la responsable de su cambio de indumentaria, aunque el hecho de asistir a la escuela habrá influido.

El regalo de Giorgi ha llegado hoy en el correo: un libro sobre animales prehistóricos. En una de las viejas revistas encontré un artículo que lo reseñaba, *Los pájaros: los últimos dinosaurios*. La imagen que lo ilustraba era la reconstrucción de un esqueleto al que aún se adherían algunas partes blandas del animal, plumas y membranas. Al final de lo que serían las alas colgaban una especie de zarpas de una sola uña, y en el pico se apreciaban unos dientes minúsculos y afilados. He buscado la lámina en el libro nada más recibirlo y ahí está, perfectamente fotografiado a color. Es una criatura notable, y explica tantas cosas….

Cuando éramos niñas, mi padre nos prometió a mi hermana y a mí que nos enseñaría a volar. Nos hacía practicar batiendo los brazos en el salón de casa, y luego subíamos a la azotea para estudiar la salida. «¿Ya estamos listas?—preguntábamos a coro—. ¿Cuándo nos pondremos las alas?». A mi madre, esos juegos la exasperaban. Él sonreía; con ellos se vengaba de una monotonía que detestaba.

Giorgi nunca jugó a que volaba; era demasiado sagaz para eso. Sin embargo, se construyó un artilugio que consistía en dos palos a los que ató los hierros de dos viejas azadas que yo había desechado. Él solo dio con el recurso del antepasado de nuestros pájaros, con sus alas aún demasiado cortas para el vuelo. Tendrías que haberlo visto, corriendo delante de mí por los caminos; parecía que planeara. Aún conservo los bastones.

Ha pasado toda una vida absorbida en mis viejos libros de escuela y las láminas hurtadas para quién sabe qué. Éste será el primero que sea enteramente suyo. Qué lástima haber esperado tanto tiempo…, pero te contaré mis

impresiones cuando lo reciba. Con Giorgi no puedo hacer mucho más: observarlo y cubrirlo con una fina membrana que lo proteja mientras yo viva.

Tengo algo para ti también, lo guardo para tu próxima visita. No dejes de hacerlo, de visitarnos algún día, antes de que nos encuentres demasiado cambiados.

Con todo mi afecto,

ERIETTA

9

Sábado, 24 *de febrero*

Querida Fiona:

Hoy ha sucedido algo increíble y ha sido en tu jardín. El petirrojo de Giorgi estaba debajo del limonero. Primero me he quedado quieta y luego he ido muy despacio hacia el banco sin dejar de mirarlo. Él también me miraba, sin miedo, y luego ha volado hasta la mesa. Hay otros que se quedan aquí todo el año, pero éste no. Es el que lleva una arandela roja y azul en una pata con letras y números escritos en blanco. Cuando lo vimos el invierno pasado, Giorgi se puso muy nervioso, nervioso bien, como si verlo fuera un gran acontecimiento. Yo no entendía por qué, pero luego quiso que fuera con él a su casa para enseñarme en el mapa de dónde venía.

Lejísimos, de Noruega. Cómo lo sabía, no sé, pero Giorgi sabe cosas que es imposible saber dónde las ha aprendido.

En la clase de ciencias hemos estudiado las migraciones. La profesora nos ha explicado que los científicos marcan algunos de los pájaros para seguir sus recorridos, así saben cuántos llegan y cuántos se quedan por el camino. Y, sobre todo, pueden saber si los pájaros vuelven al mismo sitio del que salieron. Tu jardín debe de ser el lugar al que regresa éste cuando vuelve de Noruega, y si no lo había visto allí antes de que fuera tu casa es porque nunca había entrado. Se lo he contado a Erietta, como si lo hubiera visto por casualidad al pasar por allí, pero no le ha dado mucha importancia. Me ha dicho que le preguntara a Giorgi, como si eso fuera tan sencillo.

He hecho un dibujo para enseñárselo, aunque lo que me habría gustado es tener una cámara fotográfica para que lo viera tal como era. Es un poco más grande que los que se ven todo el año y la mancha encarnada del pecho lo

ocupa todo, desde los ojos hasta casi las patas. La profesora nos explicó que sólo los más resistentes sobreviven al viaje.

Así hemos estado un buen rato, yo sentada en el banco y el petirrojo dando saltos por la mesa. Con los gatos es más fácil adivinar qué esperan: o quieren sobras o, si no hay, se conforman con que los acaricies. Pero con los pájaros todo sucede tan deprisa que, aunque estés muy atenta, de pronto alzan el vuelo y los pierdes. Me he quedado un poco más después de que se marchara.

De los petirrojos me gusta que siempre van solos, y que cuando ves uno de cerca, parece que te esté mirando a ti y que cante sólo para ti. Giorgi sabe imitar muy bien su canto, como el de las tórtolas; cómo, no sé.

Tu casa es un refugio para los pájaros, hoy lo he visto claro. Es un sitio ordenado y allí nadie les molesta. Si te quedas quieta y callada, sólo se oye el oleaje de la playa. En las casas del pueblo siempre se oye algún otro ruido, las voces de alguien que habla en la casa de al lado o el canto de un gallo llamando a las gallinas cuando lo dejan solo para poner los huevos. En la tuya no, y donde vive Giorgi tampoco. «La casa del jardín», así me dijiste que la llamabas antes de vivir en ella. Si yo fuera pájaro, es el lugar que elegiría.

Me pregunto si habrá petirrojos en el parque que hay frente a tu casa. ¿Te imaginas que apareciera uno con la misma arandela? Eso significaría que vuela de aquí a allá todos los años. Pensándolo, me hago un lío. En el capítulo de las migraciones no entendí bien cuándo viajaban de norte a sur y de sur a norte, ni qué viaje era el de ida y cuándo sabías que estaban de vuelta. Supongo que su casa es allí donde anidan.

Espero que los inquilinos del año pasado no vuelvan este año. Sería una pena que los pájaros tuvieran que buscar otro sitio. A mí ahora me gusta éste más que cualquier otro. Erietta se enfadaría si me oyera pensarlo. Mi refugio hasta ahora era su casa y sé que los cambios le duelen. A mí no tanto, o quizá no me doy tanta cuenta porque hay otros más grandes a los que tendré que acostumbrarme. A la nueva escuela no. Ahora ya sé cómo es, y ya no tengo ese sueño en el que los otros niños me señalaban.

Mi madre ha dejado de preguntarme por ellos, no por los sueños, por los otros niños. Quería saber sus apellidos y si alguno tenía el mismo que yo. Preguntaba como si tuviera que protegerme del daño que podían hacerme. Creo que ese miedo tiene que ver con mi padre, pero ella no habla nunca de él y prefiero no preguntarle. Cuando llegaba de la escuela los primeros días, parecía que esperase que yo lo trajera de vuelta, o al menos alguna noticia de él.

No sé cómo se pueden traer noticias de alguien que no conoces. Es como mirar las estrellas y tratar de encontrar algún significado en el mapa del cielo. Lo intentas, y lo único que consigues es que te duela el cuello de tanto mirarlo porque no logras entender algo importante.

Erietta me regaló unos pantalones por Navidad. Son marrones, muy suaves y largos hasta los pies. Me siento muy bien con ellos. Me gustaría tener unos para el verano. Mi madre dice que parezco un chico, pero la he convencido para que me haga unos iguales con una tela más fresca para el verano. Yo creo que me hacen parecer mayor, y eso me gusta; ya era hora.

Un abrazo de tu amiga

AGGELIKI

10

1.º de junio

Querida Fiona:

Hoy he recibido tu carta en la que decías que te gustaría volver este verano. He ido a casa de Erietta después de la escuela para contárselo enseguida, pero ella ya lo sabía. No me había dicho nada porque quería que fuera una sorpresa. Avísanos antes si puedes, iremos juntas a recibirte en el puerto. Hazlo por telegrama, a la dirección de la tienda llegan el mismo día. Intenta que sea en festivo, dentro de una semana empiezan los exámenes y no podré saltarme las clases. Los exámenes duran una semana, así que si vienes a finales de mes ya puedo ir cualquier día.

Es una pena que tu casa esté ocupada, pero en la otra estarías bien. No tiene jardín, pero podríamos hacer para que quedase tan bonita como si lo tuviera. Además, cuando no tienes jardín o el que tienes es pequeño, eso te anima a buscarlos fuera. Yo tengo algunos favoritos que siempre están allí y que siempre me esperan; te los mostraré. Uno está en el punto más alto del camino que va desde casa de Erietta hasta la playa de piedras blancas desde la que se ve el *continente*.

Si andas deprisa, pasas de largo, no te das cuenta de que es un jardín. Tú andas tan rápido que puede que se te haya pasado. Para encontrarlo, tienes que pararte y torcer un poco a la izquierda, como si no quisieras seguir el camino. Nadie lo hace, los turistas van directos a la playa.

Hay más jardines secretos en algunos sitios que están muy cerca del mar pero escondidos de las playas. Son como mundos en miniatura hechos para personas mucho más pequeñas que nosotros. Cuando estoy en ellos, me imagino del tamaño de un erizo y busco el sitio donde haría mi casa. No me invento que tiene muebles ni juego a preparar la comida. Me imagino viviendo allí, nada más. Creo que eso es lo que de verdad me gusta de los jardines, las posibilidades. Ni planificarlos ni cuidarlos, sólo estar en ellos.

La fotografía que me enviaste en tu última carta es preciosa. Me pregunto cómo será estar bajo uno de esos árboles inmensos y ver el cielo a través de sus hojas, que parecen manos. ¿Se llaman «castaños de Indias» porque vienen de la India? Pensaba que la India era un lugar seco y lleno de gente. Se me hace raro que allí puedan crecer árboles tan majestuosos y con flores tan delicadas.

En la casa donde podrías quedarte hay un pino altísimo, ¿lo recuerdas? Fui hace unos días para ver las vistas desde el patio. El pino da una buena sombra, y desde allí se ve la casa de Erietta de frente. Podrías salir nadando desde el embarcadero y venir a desayunar con nosotras si quieres.

Estoy deseando que llegue ese día porque significará que tú estás aquí y que las clases habrán terminado. No olvides traer tu cámara de fotos. No le presté mucha atención cuando te ofreciste a enseñarme a usarla, pero ahora me gustaría aprender. Creo que entonces estaba demasiado enfadada con todo lo que fuera distinto y nuevo, pero era porque me asustaba empezar la escuela y lo que me encontraría allí. Lo peor era que mi madre me preguntara todos los días por los otros niños y si alguno me miraba de manera extraña. Ahora sé que era por su temor a que fueran *familia*.

Ya conozco esa historia, así que no tienes que preocuparte por eso. Erietta me la contó. Fue una mañana que había estado en el pueblo y alguien debió de decirle algo de Giorgi que la enfureció. «Pobre chico, como si no tuviera bastante con su *tara* para encima tener que crecer sin padre», dijo una. «Sin padre, sin padre…»; Erietta lo repitió varias veces muy enfadada. Fue entonces cuando le pregunté si sabía algo del mío.

Erietta se quedó callada y me obligó a sentarme en su regazo. Cuando hace eso, siempre me asusta, como si lo que va a decirme fuera tan terrible que hará que nos arrepintamos de algo que ninguna de las dos puede arreglar. Pero dijo que no se había marchado por nada que tuviera que ver conmigo, y que por eso no debía dejar que su ausencia me entristeciera.

Ausencia es una palabra extraña. Es el tiempo en el que alguien no está. Que no está ¿dónde?, ¿en qué lugar? Porque está en alguna parte, sólo que no es la nuestra. A Erietta también le dije que no se preocupara, que la ausencia de mi padre no era algo a lo que tuviera que acostumbrarme. Tampoco a que tenga otra familia, si la tiene. Yo ya he hecho la mía, con mi madre, con Erietta, con Giorgi, y ahora contigo.

Cuando escribes dices cosas que en persona no te atreverías a contar. Miss Eve dice que las personas que escriben hablan menos porque «reservan» cosas para la escritura. Pero yo creo que escribir sirve para contar aquello que no podemos compartir con las personas que nos conocen mucho porque si supieran lo que pensamos y sentimos de verdad ya no podrían mirarnos de la misma manera.

Dentro de unos días es el cumpleaños de Erietta, el 21. Ya tiene preparados todos los regalos.

Un abrazo adelantado de tu amiga

AGGELIKI

11

21 *de junio*

Querida Fiona:

Hace unos días recibí la visita inesperada de tu amigo Gilles. Vino por mar, hasta la playa, en una lanchita, alquilada, se apresuró a aclararme antes de que le preguntara. Llegó hace una semana y tiene intención de quedarse indefinidamente, aunque ya sabes que su idea de «indefinidamente» es voluble.

Se aloja en la misma pensión, y después de darme muchas explicaciones sobre su ausencia el año pasado—no, el anterior, ya han pasado dos—, me ha preguntado por ti. Indirectamente, claro, pero con la tímida y clara esperanza de encontrarte aquí. Le he dado tus señas y no creo que se demore mucho en escribirte. Si quieres hacerlo tú no tardes, no es hombre que soporte bien las decepciones.

El movimiento este año se ha adelantado. Tu casa la ocupa la misma pareja de alemanes que el verano pasado. Empezaron a venir a finales de abril, primero solos, pero las últimas dos semanas las idas y venidas de sus invitados se han intensificado. Comienzan los viernes por la mañana y no cesan hasta el lunes. Algunas veces, vienen todos juntos, pero cuando lo hacen escalonados

supone un tráfico constante de lanchas de motor durante el fin de semana. Imagino que algunos vendrán en el ferri, como todo el mundo, pero ninguno hace el camino a pie hasta la casa, y la pareja nunca se queda más de dos o tres días cuando no tienen invitados.

En verano es cuando más te das cuenta de que sobra gente en la tierra. Si se estuvieran quietos en el sitio donde viven, si se ocuparan de las cosas de las que se ocupan habitualmente, no se notaría tanto; es el movimiento frenético, el deseo de estar en todas partes lo que no permite estar realmente en ninguna.

Han sembrado un recuadro de césped frente al porche, la cancela por la que se accedía a la playa es ahora un artilugio metálico que se abre desde el interior, y lo flanquean dos grandes tiestos con arbustos con forma de piruleta que nadie riega. De pésimo gusto todo; cómodo, eso sí, como si la comodidad fuera el remedio a todos nuestros males.

La casa de enfrente, la del embarcadero, también se ha abierto más pronto este año. No tiene propiamente un solo inquilino, la ocupa un grupo cambiante de dos o tres parejas y algún visitante ocasional. A éstos los veo pasar por el camino hacia la playa de guijarros, arrastrando su soltería en busca de unas vistas más estimulantes que la modorra y el tedio que ofrecen los que ya están emparejados. No sé cómo deben de arreglárselas para dormir; la casa no es grande. Se levantan tarde y dejan las luces encendidas hasta la madrugada; aún lo están algunos días cuando salgo al patio por la mañana.

Ponen música, pero no molesta. La oigo de lejos, demasiado para descifrar las letras que cantan esas voces de hombre o mujer que siempre parecen estar quejándose de algo que no se cumple o que les quitaron. Antes de entrar en casa al anochecer, me llegan las notas dispersas mezcladas con alguna voz que pregunta o da instrucciones, y me recuerda todo aquello que ha ido quedando lejos, que ni me alcanza ni alcanzo.

«Qué hermoso es el fuego que se levanta | al quemar uno sus propias naves»; eso dice uno de mis poetas preferidos. En invierno es más fácil evocar ese instante de verdad, rodeada de oscuridad con el crepitar de la estufa encendida en la cocina. Entonces la soledad indescifrable, sin naves en el horizonte, se aparece como algo natural. Sólo llega el vislumbre fugaz de otras vidas que el oleaje deja en tu orilla; restos dispersos de un naufragio, el recuerdo distante de caminos que no tomaste. «El desarraigo del nómada», decía Hans. El verano lo difumina y distorsiona todo, pero con cuánta belleza cuando los días se alargan y la luz no desaparece, sino que se apaga lentamente.

Aggeliki terminó las clases hace una semana y desde entonces viene todos los días. Me ayuda con el jardín; con las cosas de casa no, no lo permito. Ella protesta, pero sé que no le gusta y no son las tareas que deseo para ella; bastante tiene con prestarle ayuda a su madre y con suplir ausencias que en nada le incumben.

Siempre tuve la ilusión de que Aggeliki pudiera quedarse con esta casa, pero lo veo cada vez como una posibilidad más remota. La madre del Cuervo se encargó de que no fuera nunca mía, aunque mi padre se ofreció a comprársela. Llegado el momento, Olympia no será menos, y Aggeliki tendrá menos que yo; yo tuve, al menos, un padre que me protegía.

Tengo listos los regalos para la celebración de esta tarde. Pero nada de cajas este año; Aggeliki se ha hecho mayor para eso y sospecho que a Giorgi la profusión siempre le resultó innecesaria. El libro de poemas es para ella; le será de más provecho que a mí ahora, que al leerlo me recuerda demasiado a un tiempo que para mí ya ha pasado. Pero qué hermosa es la poesía cuando te habla de cosas que aún no han llegado y que pueden cumplirse todavía; ese hormigueo doloroso en las puntas de los dedos y en el alma nueva que sabe de lo que aún no ha conocido.

Para Giorgi, un fósil con la impronta perfecta de una hoja de helecho. Lo trajo mi padre de uno de sus viajes de arqueólogo aficionado; sí, para desesperación de mi madre, también le interesaba la arqueología. «Imaginaos abrir una piedra y descubrir la imagen de algo que estuvo vivo hace miles de años», decía cuando nos mostraba sus tesoros. Giorgi no ha visto nunca un helecho al natural, aquí no los hay. Pero lo pondrá junto a las láminas que se ha ido llevando y encontrará la forma de recomponer ese mundo lejano a su manera.

He leído en el periódico que dos jóvenes entraron en el museo de Historia Natural de Londres y se llevaron una colección entera de aves disecadas, el legado de un célebre naturalista. Años de trabajo y los cuidados de un siglo servirán ahora para la pesca a la mosca. Para eso las robaron; parece que las plumas de colores son las más codiciadas. Fue durante las Navidades, cuando la vigilancia de los edificios públicos es más laxa por los días festivos. ¿Y quién se acuerda de eso ahora? Nadie, pero Giorgi se fijará en esa noticia cuando la encuentre entre los viejos periódicos al preparar el fuego. No todo es seguro, no todo puede ser supervisado. Un alivio, según se mire.

Este año, las hortensias han sido una fiesta; también las gardenias, florecieron todas. Ambas están en las últimas y en unos días se retirarán a su anonimato habitual. Dudé de si preservar el testimonio de su abundancia en un ramo y llevárselo a Hans, pero no me gustan las flores secas, y sobre una tumba son de una redundancia indebida. Las gardenias le encantaban, decía que dulcificaban su aspereza nórdica. Áspero no era.

Queda la camelia blanca, la que crece a la sombra del pino de la entrada, donde solíamos despedirnos. «¿Volverás mañana, querida Fiona?», te preguntaba. Dos veranos la he visto florecer acordándome de ti, mi flor rara. En la vejez he aprendido a dominar el sentimiento de abandono cuando las personas a las que esperaba no llegaban en el momento que a mí me parecía oportuno. La casa debe estar siempre abierta, siempre lista para recibir a aquellos a los que queremos o que nos necesitan.

Y procura tener siempre limones. Hay un momento del año en que en su árbol conviven las tres edades: los limones viejos con los maduros y las flores de las que nacerán los nuevos. Para la corteza, los más nuevos, que aún conservan su sabor en la superficie; los viejos son los que dan el mejor zumo.

Te apunto aquí las señas de la pensión, por si quieres escribir a Gilles.

Con todo mi afecto,

ERIETTA

III

Desde la ventana veo los árboles aún vacíos del parque. Los puños diminutos de los brotes nuevos se preparan para abrirse en las ramas de los plátanos y los castaños, y en las partes más frondosas, donde crecen los arbustos que no pierden la hoja, cuelgan los farolillos rojos de las camelias. Son las más apreciadas, pero si una blanca floreciera a su lado, se las vería como una flor cualquiera. Quizá porque las rojas crecen solas, sin que nadie cuide de ellas. En esta época llueve casi todos los días, y cuando el sol se abre paso entre los arrecifes de nubes todo brilla como si el verano ya asomara y nada fuera a interponerse en su llegada.

También aquí amanezco con el canto de los mirlos. Antes de abrir los ojos trato de aislarlo del gorjeo de los gorriones y del arrullo de las palomas que se desperezan en los alféizares de las ventanas, reteniendo la imagen de la pareja que se respondía en el limonero de la casa que fue mía durante un verano. Pero en las ciudades todo se difumina, como en las islas cuando el tráfico de los que están de paso invade la quietud de sus días y llena las noches de una festividad efímera.

Durante el día, los mirlos se refugian en la espesura, donde sólo sus picos naranjas son visibles; sólo al entrar en casa al anochecer veo alguno, siempre solo, en los márgenes de las aceras.

Ese verano tampoco regresé. Tenía intención de hacerlo cuando escribí a Erietta y a Aggeliki, pero no calculé bien los tiempos, y cuando quise alquilar una de las dos casas, ambas estaban apalabradas. Barajé la posibilidad de alojarme unos días en la pensión a la que solía ir Gilles, pero no podía imaginarme viviendo entre desconocidos, ni yendo todas las tardes al salón de té, cansada de deambular, sin tener otro sitio mejor adonde ir.

Ésa fue la verdadera razón de que no fuera, aunque la excusa que me di a mí misma fue que no podía no ir a la casa de mis padres. Se hacían mayores, y era injusto que mi madre tuviera que cargar con la aceptación de una herencia que ella no deseaba más que para mí y mi hermano.

En casa de mis padres nunca se hablaba de dinero, tampoco Erietta lo hacía. Pero había estado presente, aunque fuera oblicuamente, en algunas de nuestras

conversaciones. Su padre había querido comprar la casa en la que vivía, y ella había albergado la ilusión de dejársela a Aggeliki; y cuando dijo que su decisión de quedarse en la isla había privado a Giorgi de las holguras que a ella le habían sido dadas, se refería en buena medida a la falta de medios.

«Como a mí, te educaron para desentenderte de los aspectos prosaicos de la vida», dijo cuando habló de la conveniencia de cultivar ciertas amistades y la facilidad de prescindir de otras. Pero lo vulgar y prosaico está en el fondo de muchas de las acciones humanas. Esa parte la había olvidado. Y cuando mi madre, al ver que dudaba, me preguntó qué haría allí sola, entre personas que no eran nada mío, me pregunté si no estaría haciendo aquello sobre lo que Erietta me había advertido: ignorar hechos que durante mucho tiempo había elegido no ver y que ahora me alcanzaban.

Mis recuerdos más felices pertenecían a la casa de mis abuelos; mi infancia, al patio en el que las dos macrocarpas que lo flanqueaban levantaban las losas del suelo. En el jardín de Erietta regresé a la casa que había añorado durante años; y fue allí donde las palabras de mi padre cobraron un nuevo sentido: «Cuando te sientas feliz, recuerda que esa felicidad ya estaba, no se la debes a nadie». Y silenciosamente, sin darme cuenta entonces, comprendí la sabiduría amarga de mi madre al expresar tan claramente que no soportaría vivir apartada de todo cuanto amaba, por tenue e irresoluto que fuera.

A la vuelta del verano, Claudio seguía viniendo a verme con frecuencia y hablaba de sus días en la isla como si nuestra vida juntos no se hubiera interrumpido. Sus visitas se han ido espaciando y ya no entra en mi nuevo apartamento como si fuera suyo. Es un principio, pero no basta para que pueda mostrarle la gratitud que espera de mí y que yo aún no siento.

«¿Te ha llamado Rita?», pregunta. Me dice que ella lo ha hecho varias veces, pero que yo no atiendo el teléfono. No sé si Claudio sabe que es mentira, que es su forma de indicarme que debería llamarla yo para corregir el enfriamiento que él mismo propició. «Nunca le fui infiel; él estaba dolido, y eso hizo que todo acabara siendo difícil para todos». Con esas palabras, Rita se ablandaría, aunque dudo que me creyese.

Erietta dijo algo sobre la despensa de los afectos, y que no hay mejor antídoto contra la nostalgia que seguir tratando a quienes podrían provocarla para recordar cómo son y dejar de soñar con correspondencias que sólo

existieron en nuestro deseo. Con algunas personas nos damos cuenta de que el amor que un día sentimos se ha acabado, como se acaba la sal o la harina; hay que vivir con ello y aprender a colocarlas en un lugar donde ya no nos duela. Erietta dominaba ese arte, y quizá un día Claudio y yo logremos deshacer ese malentendido.

Lo más valioso que me queda de él es el lugar en el que me dejó. Si no me hubiera llevado a esa isla en nuestros años felices, si al descubrir que yo no era la imagen de la que se había enamorado hubiera esperado un poco más antes de abandonar el lugar al que esa revelación le abocaba, yo nunca habría conocido a Erietta. Habría permanecido en mi memoria como una mujer sola en una isla remota que, a sus años, seguía nadando todas las mañanas; una visión de aquello en lo que habría podido convertirme si, como ella, hubiera elegido lo adverso y desconocido.

Yo creí tantearlo con Paul, el comerciante que posaba de artista. Si Paul hubiera acudido a la cena que preparé con tanto esmero, Erietta se habría guardado de manifestar lo que ese encuentro le evocaba: una promesa marchita. Ella trató de avisarme acerca de ese vacío, no el que simulaba explorar Paul, sino el de todos. Paul y sus dos hijos pequeños, el dinero de su suegro…, nos define el espacio que nos rodea.

«Entiendo que te confundieras, la estupidez humana se extiende hasta límites insospechados; la de los animales es sólo instintiva». No recuerdo cuándo lo dijo, pero si Paul me hubiera prestado la atención que en ese momento anhelaba, Erietta no habría aventurado un juicio tan severo. No obstante, en la distancia, se guardó de precisar si la pareja que recibía visitas en la casa del embarcadero eran Paul y su mujer, de la que supuestamente se había separado.

Con Gilles fue siempre más benévola, tal vez por su deseo de atreverse a hacer algo nuevo; o quizá porque le recordaba a Hans, que en la madurez seguía llegando tarde a su propia vida.

La carta que le envié llegó devuelta con un sello de «Se ausentó». No he vuelto a leerla; no quiero acordarme ahora de lo que sentía cuando la escribí. En ella le hablaba de los sitios en los que habíamos estado juntos, le contaba que fui al antiguo sanatorio y que mientras bordeaba el acantilado me acordé de cuando me había acompañado en su barquita hasta la playa.

En el sobre están las fotografías que elegí para él: una vista del puerto que tomé desde lo alto del cementerio, en la que de lejos, en el límite del encuadre, se ve la playa donde nos conocimos; y la imagen de un pájaro entre los vidrios

rotos del invernadero que se agarran a la estructura de hierro oxidado. En una de las aristas se refleja el sol justo antes de ponerse. Si el pájaro sigue allí antes de que desaparezca el rayo de luz, volveremos a vernos, si no… Pero, de alguna manera, yo también le había dicho que los muertos son de cada uno.

El sobre cerrado es el recordatorio de que llegué tarde. «No es hombre que soporte bien las decepciones», dijo Erietta. Quizá yo tampoco, y mientras sea así prefiero dejar el sobre sin abrir. En el centro abultan las hojas de ginkgo que recogí en el parque. Las que caen en el estanque flotan como abanicos amarillos en miniatura entre los círculos naranja que dibujan las carpas. Erietta echaba de menos los colores del otoño, en esa isla donde los árboles conservan las hojas todo el año.

La encontré en el lugar en el que la había dejado alguna de las personas que habían transitado por su vida, no sé si porque las amó o por no haberlas amado suficiente. Creo que ella misma vivía con la duda; sólo a su padre y a Giorgi, y a la pequeña Aggeliki, que no era nada suyo, los había querido sin reservas. El Cuervo irrumpió en la calma de los pretendientes que le regalaban flores y veían en ella el vehículo hacia la poesía.

Nació Giorgi, en la casa del puerto en la que vivía entonces, y Erietta eligió preservar intacto el recuerdo del joven gentil y asustado que dejaba pequeños obsequios para su hijo a escondidas. Un gorrito de lana con dos borlas tejidas en amarillo y negro, que debían de moverse como si de verdad fueran abejas cuando las mañanas de invierno salía a pasear con él en brazos antes de que las miradas hostiles se hicieran insoportables. «Creo que nunca quise ser la esposa de nadie…». No recuerdo si llegó a pronunciar las palabras, pero cuando dijo que me entendía, pese a que todo le resultaba demasiado lejano, me estaba invitando a revisar mis propios anhelos. O quizá era lo que se decía para perdonar al hombre que la había herido y salvar el tiempo feliz que habían compartido.

Erietta dijo que lo que deseamos ardientemente de muy jóvenes acaba cumpliéndose en la edad tardía; basta con recordar el ardor de ese deseo para entender que ése era nuestro destino. Pero antes hay que atravesar una larga y titubeante edad intermedia. Es la edad en la que me encuentro ahora, la que

tenía Erietta cuando Hans llegó a la isla. No sé nada de los años que siguieron a su muerte, ni si él fue una de las naves que quemó para discernir la belleza del fuego que se levanta cuando arden. Pero en la tumba de Hans había enterrados más que los restos de un alemán triste que vivió una guerra; la otra vida que no vivimos, demasiado ocupados en cumplir aquello que nos imponemos, o tal vez el descubrimiento de que algunas personas sólo se sienten libres cuando están internamente solas.

Puede que Erietta fuera una de ellas, y que por eso insistiera en la importancia de ser hospitalario. Acogiendo a otros descubrimos que nuestra autonomía tiene fisuras, y que por ellas entran los soplos de vida que hacen habitable la soledad a la que estamos destinadas. Como Aggeliki con las migraciones, me hago un lío; no sé si voy de norte a sur, ni si estoy aún en el viaje de ida.

Para el zumo, Erietta usaba los limones que habían perdido su tersura, los que en el árbol parecen marchitos y nadie quiere. Lo recuerdo cuando al acostarme me veo las rodillas y siento que he extraviado mi juventud y que algo en mí se ha secado. En Erietta, como en mi abuela, convivían las tres edades. Ambas me dejaron en una tierra hermosa, llena de posibilidades, pero ninguna de las dos está aquí para enseñarme a habitarla.

En esta edad intermedia, el pasado aún apremia al futuro a no cometer los mismos errores, y el temor a equivocarnos puede hacer que el presente se nos escurra entre las manos. «Ella era la causa de su propio invierno», dijo Erietta cuando me habló de su madre, que bordaba pájaros de hilo y postergaba el momento de abrir las cartas que le enviaba su marido. Aggeliki intuía la soledad de las mujeres en el llanto oculto de la suya, en el aislamiento de Erietta y en las miradas de conmiseración que señalaban a la recién casada.

Recibí la carta de Aggeliki el primero de noviembre, cuando todo había pasado. «Fue como cuando tú estabas, sólo que esta vez estaba acostada», escribió. Erietta no había llegado al final del verano; no había visto vaciarse la playa ni había tenido ocasión de retomar sus paseos vespertinos del brazo de Giorgi. En la carta siguiente, pasado el Año Nuevo, Aggeliki me contaba que Giorgi cenaba con ellas en casa de su madre:

Recoge la mesa y me ayuda a fregar los platos, y cuando acaba no tiene prisa por irse. Supongo que ya no le gusta tanto estar solo, porque ahora se ha quedado solo de verdad. Los chicos lo dejan en paz y los adultos lo ignoran. El daño que le hacían ya no puede alcanzar a Erietta, así que no les serviría de nada. Mi madre está contenta de que seamos tres a la mesa. Ahora, cuando habla de Giorgi lo llama *el hombre de la casa*. Algunos domingos vamos juntas al cementerio para llevarle flores a Erietta. En una esquina de la tumba hay siempre una pluma. Las deja Giorgi, con una piedra encima para que no se las lleve el viento; un ramo, a su manera. Lleva siempre con él el último regalo que le hizo Erietta, y cuando cenamos lo deja sobre la mesa junto a su plato para que mi madre y yo también podamos verlo.

Lo imagino tomando el camino a oscuras después de la cena, solo de verdad bajo la mudez de las estrellas, el cuello de la camisa blanca captando la luz las noches que hay luna, repitiendo los cantos de los pájaros para hacerse compañía; o muy temprano por la mañana, entrando en el cementerio con la pluma en la mano, palpando la superficie lisa del guijarro que lleva en el bolsillo. De pie frente a la tumba de Erietta, es el ángel silencioso que custodia su sueño, los brazos pegados al cuerpo como dos remos que todos los días reanudan su movimiento con rumbo incierto.

Aggeliki me cuenta que es raro no ir nunca a casa de Erietta.

Es porque siempre pensé que sería para siempre. Me imaginaba de mayor, estando allí con ella. Sólo que Erietta no envejecía, seguía siendo la misma mientras yo crecía. Sé que eso es imposible, pero así sucedía en mi cabeza. Miss Eve dice que son las trampas del tiempo. Que aquellas cosas que amamos querríamos detenerlas para que nunca dejen de ser como son. Me anima a escribir sobre eso, pero ahora sólo me da tristeza por todo el tiempo que pasé en casa de Erietta y que ese tiempo se haya acabado.

Un día te pregunté si no era raro cuidar un jardín que sabías que nunca sería tuyo, y ahora me pasa a mí. El marido de Olympia va todos los días. Riega y hace ver que quita las malas hierbas, y un domingo vi a Olympia asomada a la ventana de la cocina. Me da rabia verla allí, con su cara fea y sus aires de poderosa, como si todo le perteneciera. Erietta ya no está allí, así que no debería importarme. Pero es como si la traicionara dejando de ir a su casa y permitiendo que otros que nunca la quisieron entren en ella. Y siento vergüenza por lo que dije de cuidar los jardines, porque es como si, sin saberlo, hubiera esperado que un día el de Erietta fuera a ser mío.

Giorgi ha cubierto la pared sin ventanas de su cabaña con cosas que le recuerdan a ella. Láminas coloreadas de cómo era la tierra antes de que llegaran los humanos—de la prehistoria —, el retrato de un hombre con cara de haberse perdido, y algunos recortes de periódico. Vamos juntos algunas veces. No es que me guste especialmente ir a su casa, pero allí hay

muchas cosas que me recuerdan a Erietta, y yo soy la única persona con la que Giorgi puede compartir su ausencia.

Uno de los recortes es la noticia del robo de los pájaros en el museo. Aggeliki cita el titular en la misma carta. «A Giorgi debe de resultarle extraño que alguien tenga que robar algo que él encuentra todos los días sin estar robando a nadie». Erietta tenía razón; la noticia captó su atención y la ha conservado. Nunca menospreciaba las capacidades de las personas a las que quería; la dureza que aparentaba era su forma de infundirles la confianza de que encontrarían la forma de valerse por sí mismas.

Al principio, mi madre se quejaba de que la ayudaba menos en casa, decía que ya no ponía interés en nada. No entendía que la escuela es más que ir a la escuela: es como abrir una puerta. Con una ventana es distinto. Miras lo que hay al otro lado, pero te quedas donde estás. Con las puertas, si te atreves a cruzarlas, te encuentras con lo que habías imaginado pero que todavía no has vivido. Y cuando descubres que existe, las cosas que te eran conocidas se vuelven pequeñas, tan pequeñas que podrías guardarlas en una caja como las que prepara Erietta en su cumpleaños. Eso mi madre no lo entiende, pero cuando gané el premio a la mejor poesía, se puso muy contenta. La ha hecho enmarcar, y la ha colgado sobre la cómoda de su habitación. Dice que así me tendrá siempre como soy ahora. No sé cómo es esa forma de ser que la hace sentirse orgullosa, sólo espero no decepcionarla si algún día soy de otra manera.

Aggeliki aún cambiará muchas veces, le quedan aún muchos años para descubrir que las incertidumbres de la juventud no llegan a resolverse del todo. Se agrandan en los rincones oscuros mientras vivimos, y sólo si un día, por azar o voluntariamente, nos asomamos a ellos, podemos empezar a transitarlos para reencontrarnos con aquello que habíamos descuidado. Espero que en esos cambios encuentre una mirada que la sostenga y le permita no retroceder hacia lo que cree que otros esperan de ella.

En su último cumpleaños, Erietta me regaló su libro de poemas, ése del que quería que me leyeras. No tuvimos tiempo, pero lo leo yo sola. Lo hago todas las noches antes de dormir para acordarme de ella y de las cosas que quería para mí. Es extraño recibir los mensajes de una persona que ya se ha ido. Como cuando en la mesa se habla mucho rato de alguien a quien no conoces, y uno de los que están allí dice de pasada que está muerta. Sería horrible si no fuera porque esa persona es Erietta. Te lo escribo aquí para que tú también puedas leerlo.

CONSEJO A UNA JOVEN

Nadie digno de ser poseído
puede ser poseído del todo;
pon eso en tu corazón,
mi joven y afligida niña;
pon esta verdad, esta piedra preciosa y dura,
en tu mejilla acalorada,
deja que esconda la lágrima que asoma.
Sostenla como un cristal
cuando estés sola
y contempla las profundidades de la piedra helada.
Contémplala largamente y serás bendecida:
nadie digno de ser poseído
puede ser poseído del todo.

Más que un consejo, es un apremio a sostener la verdad preciosa y dura que se revela al descubrir que nada de lo que deseamos realmente puede ser nuestro. Erietta quiso que lo leyéramos juntas. El regalo que dejó para mí eran los pendientes de la piedra oscura y la perla de los que se había privado por una promesa que no recordaba. Quizá un día, posada en la punta de un alfiler, con los ojos cerrados y apretando los puños, juró: «Si el pájaro sigue allí cuando los abra…».

Aggeliki los guarda en su estuche de terciopelo azul, un poco raído, donde los dedos dejan su marca al pulsar el cierre.

Para cuando vuelvas o cuando yo pueda ir a verte. Son preciosos y me alegro de haber cumplido mi promesa de ir a la escuela. Se los puso el primer día para despedirme. A veces parece que Erietta celebre las cosas malas, pero ahora sé que no es así. Sólo intenta animarte a que las veas de otra manera. Abro el estuche y me acuerdo de cuando no quería irme de su casa los domingos.

«Parece que celebre las cosas malas, pero no es sí. Sólo intenta animarte a que las veas de otra manera…». Aggeliki sigue hablando de Erietta en presente. También yo me resisto a soltarla. No puedo hablar de ella con nadie, no todavía. Hacerlo sería como estar sentada a una mesa en la que se habla largo rato de alguien para acabar diciendo que ya es tarde para conocerla. La guardo para mí, como un instante o un libro en el que hallamos algo que nos cambió y

que aún no comprendemos del todo. Querría parecerme a ella. ¿Querría parecerme a ella? Me habría gustado conocerla antes, conocerla mejor; lo que me queda es tan poco…, y, sin embargo, con el tiempo su figura se agranda.

Sigo conversando con ella, en silencio cuando recorro las calles cercanas a mi casa, en voz alta mientras preparo la cena. A veces me sorprendo frente a mí misma en la ventana oscurecida de la cocina, entre las sombras de los árboles y el reflejo de la luz que cuelga sobre la mesa. No sé entonces si la que estaba hablando era yo o Erietta, quién decía qué y qué era lo que queríamos comunicarnos. Mi imagen se transforma en la suya, mirando hacia la playa donde el suave oleaje empieza a entrar desde fuera de la bahía, sola y en silencio, con las manos vacías sobre las tapas del libro que aún no ha abierto.

Fue la última vez que la vi, y no me atreví a entrar. Creo que ya entonces temía perderla; que el tiempo que pasamos juntas no fuera suficiente para seguir practicando el camino que nos mantendría unidas en la distancia. Inesperadamente, el camino se convirtió en puente, y la distancia que nos separa es la que se abre entre los que seguimos aquí y los que han abandonado esta tierra. Erietta era experta en mantenerlos practicables.

Nunca hablamos de la existencia de Dios, pero algún dios estaba presente en la frágil incandescencia de sus liturgias cotidianas. Tal vez por eso nunca tuvo la mirada extraviada de los ancianos que sienten apagarse la vida privados de la esperanza de que su misterio resida en el tránsito entre los hechos y lo invisible.

Aquellos de los que cuidaba gravitaban hacia ella, seguros de que los acogería, a la hora que fuera del día y fuera cual fuera su estado de ánimo. Aceptaba ese lugar, no esperaba que su destino diera un giro. Sin embargo, seguía atenta a las señales de aquello que sucedía a su alrededor, al huésped inesperado; frente a él se desprendía de cuanto poseía. Erietta tenía la naturaleza de las personas inacabadas que aún pueden darle la bienvenida al fuego. Las «personas a medio hacer» de Claudio. Si le hubiera creído, si me hubiera dejado atemorizar por la posibilidad de no llegar a gran cosa en la vida, no la habría conocido.

En el recuerdo nos sitúo en el muelle donde despedimos a Aggeliki. Después de abrazar a Erietta, la niña se acerca a mí y, poniéndose de puntillas, estira los brazos para rodearme el cuello. Su pelo huele a las flores blancas que crecen en los márgenes de los caminos, a los alisos que Erietta buscaba en las cartas de su padre, y me dice al oído: «Adiós, Fiona».

Si dejo que la memoria continúe elaborando sus trampas benévolas, Gilles sigue en la cala cercana al puerto con el agua a media pierna, peleando con el motor de su barquita alquilada. Aún no le he conocido, tampoco a Paul, que recién abre las contraventanas de su casa y mira hacia la mía, preguntándose quién será la nueva inquilina. Erietta llega de su baño, sale del agua, se inclina para coger la toalla y, como si todo formara parte de un baile, se envuelve con su albornoz blanco, recomponiéndose el pelo.

Todo sigue en su sitio, fijado en el momento más feliz, antes de todo, y Giorgi planea sobre cada uno de los lugares, una presencia efímera pero constante. Con él me siento a ver caer el sol, codo con codo, como si de nosotros dependiera que nada malo sucediera antes de que acabe el día.

La memoria, como el crepúsculo, viste el cielo con colores que durante el día no eran visibles; al revés que el alba, que sucede sin ceremonia y permanece oculta a la mayoría que a esa hora duerme. Así es la memoria: en ella, los lugares que amamos permanecen como siempre fueron, y evocamos el canto de los que los poblaban para hacernos compañía. Mientras sientas la belleza del mundo, siempre tendrás una respuesta. Erietta no habría dicho algo así. Ella dijo que nada habría sucedido de la misma manera si hubiéramos sido más jóvenes, y que no dejara de conservar un espacio para que otros llegaran, aunque siguiera equivocando algunos rostros por el camino.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a Gabriel Magalhães, Patrick Stasny, José Ramón Monreal, Ignacio Orovio, Simón Torras y Ernesto Hernández Busto su paciente lectura de las versiones anteriores; sus valiosos comentarios me ayudaron a dar forma a la definitiva.

A Elisenda Julibert y a María Martínez Bengoa les debo los ojos que ven cuando los propios ya no ven nada, y la tranquilidad de salir al mundo bien acompañada.

A Sandra Ollo, su confianza al creer siempre que seré capaz de escribir una nueva historia.

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2026 by Clara Pastor Olives
© de esta edición, 2026 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 979-13-87964-52-8

PRIMERA EDICIÓN DIGITAL
mayo de 2026



Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.